

A woman with long, dark, wavy hair is sitting on a dark floor, leaning against a wall. She is wearing a dark long-sleeved shirt and dark pants. To her right is a large, dark bucket with a long, thin pole or stick sticking out of it. The background features a window with multiple panes, through which a bright light is visible. To the left of the woman, there is a dark shelf or counter with some items on it, including what looks like a potted plant. The overall color palette is dominated by dark blues and greys, with a strong yellow light source from the window creating a dramatic effect.

Un thriller doméstico
lleno de momentos
sobrecogedores

LA FRAGILIDAD DE LOS LOCOS

S O N I A F L O R E S

LA FRAGILIDAD DE LOS LOCOS

Sonia Flores

Copyright

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida toda distribución, reproducción, comunicación pública y transformación, ya sea total o parcial de esta publicación, así como su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright.

Copyright © 2024 Sonia Flores

Título: La fragilidad de los locos

Edición publicada en diciembre de 2024

Portada: Lluís Ortega (https://www.instagram.com/louis_masterss)

Corrección: Ana Vacarasu

Edición: Cruce de Caminos

Lector Beta: Enrique de la Cruz

Los hechos y los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

TABLA DE CONTENIDO

[Copyright](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[NOTA DE AUTORA](#)

[TU OPINIÓN ES IMPORTANTE](#)

[PEQUEÑA REFLEXIÓN Y AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE MÍ](#)

[MIS LIBROS](#)

[¿CÓMO SEGUIRME?](#)

Dedicada a mis padres.
Siempre han sido trabajadores honrados.

«¡Insolente! ¡Usted no tiene ningún derecho a hacerme preguntas! Usted debe limitarse a cumplir mis órdenes».

Estupor y temblores. Amélie Nothomb.

Una mañana, mientras te miras al espejo, decides frenar la vida. Ponerla en pausa, como si fuera una película o una canción. Decides que ya por hoy has tenido suficiente. Cierras los ojos. Todo se vuelve en blanco y negro. Respiras profundamente. Sin embargo, tu cuerpo se resiste a parar, quiere seguir de juerga, de un lado a otro, sin detenerse un instante. Tus pensamientos tampoco te lo ponen fácil, no dejan de decirte lo que tienes que hacer. Te has tomado un bote de antidepresivos junto a una botella de vino tinto.

Al fin, todo se silencia. Incluso tus pensamientos. Respiras de nuevo, tan profundo como si quisieras llegar al final de un pozo, pero no sacases agua. Te sientes como una hoja cayendo al suelo. Ya no hay nada más en lo que pensar. Tus recuerdos están dejando de existir, igual que tú.

Y te vas alejando poco a poco, alejando y alejando...

—Ring... Ring.

Hasta que suena el teléfono.

Intentas obviarlo, alejarlo de tu mente y tus oídos, pero la llamada sigue insistiendo.

—Ring... Ring.

De repente, tu instinto vuelve a la vida, sacando la cabeza como si de un delfín se tratara, y de forma automática te dice que tienes que cogerlo.

Algo aturdida aún, descuelgas el teléfono. Pones el manos libres. La voz del aparato suena por todo el baño.

—A ver, Mía, ¿se puede saber dónde te has metido? Tienes una cosa que se llama trabajo, ¿sabes? Llevo dos horas llamándote.

No consigues articular palabra. Tu estómago se revuelve en medio de un ciclón de flujos.

—He tenido que venir a sustituirte —prosigue la mujer al otro lado del teléfono, enfadada—. ¿Sabes lo humillante que ha sido tener que cambiar sábanas y limpiar baños llenos de mierda? ¡Tengo alergia a la lejía! Por tu culpa no paro de estor...

La mujer reproduce un estornudo de una gran contundencia.

—No paro de estornudar. ¡Joder! —sigue—, y toser. Y me pica toda la piel... Ah, ¡creo que me han salido unas ronchas por los brazos!

Te sale sangre por la nariz y de los nervios has tirado una de las botellas llenas de vino.

El cuarto parece una piscina de moscatel. Tu jefa continúa hablando:

—Pues vete olvidando de tener fiesta esta semana... ¿Vas a decir algo o vas a seguir callada?

Te limpias la nariz con la toalla y luego la estiras sobre las baldosas del suelo para que absorba el vino.

Sueltas un suspiro. Sientes como si se te hubiesen agarrotado las cuerdas vocales...

—Yo... Ahora voy —consigues decir, al fin, con algo de dificultad.

Flora te cuelga. Quien ha llamado es tu jefa: una tipa con una amabilidad aleatoria y una personalidad autoritaria, ambiciosa, déspota, narcisista, insensible y ególatra.

De repente, empiezas a sentir náuseas. Te viene a la memoria que has ingerido una cantidad desproporcionada de pastillas para la depresión y que tu cuerpo las está absorbiendo. Y ahora no vas a poder ir a trabajar. Tu responsabilidad con el trabajo es tan grande, que piensas en ello, antes que en tus propias decisiones, como el hecho de posponer la muerte, por ejemplo.

Llamas al hospital y preguntas qué debes hacer en esta desagradable situación. Enseguida te tranquilizan y mandan una ambulancia.

«¿Será posible que el puto trabajo me vaya a salvar la vida?»

Al poco, te despiertas en la habitación de un hospital. Lo último que recuerdas es que te estabas tragando tu propio vómito. Te hicieron un lavado de estómago y ahora estás en observación. Has intentado llamar a tu marido, pero no coge el teléfono. Tu jefa no ha parado de llamarte hasta que al final le has enviado un mensaje con tu ubicación. Quizás así pilla la indirecta.

Después de pasar casi un día entero en el hospital, por fin llegas a casa, ya de noche, y entras casi arrastrándote por la puerta. Tu casa está decorada con un gusto excelente de muebles marrones y blancos. Sería un paraíso idílico si no lo compartieras con un parásito.

—¿Dónde estabas? —te pregunta tu pareja desde el sofá, sin apartar la vista del partido de fútbol que están transmitiendo en la televisión.

Lleva puestas unas chanclas de piscina y un pantalón corto. Está haciendo un verano soporífero.

Mateo ha ido desmejorando con el paso de las estaciones. No solo en lo físico. Hace tiempo que le cuelga una barriga cervecera, le ha dado por dejarse una barba larga y descuidada como la de un rabino hippie, donde seguro que habitan toda clase de bacterias y microbios. Y la melena heavy que tanto lucía en su adolescencia se ha quedado en media bola de billar brillante sobre su cabeza. El paso de los años es ineludible y deja sus huellas en nosotros. Pero lo peor no es eso. Es ese descuido diario. El hecho de que te hayas convertido en un mueble más para él y que te mire como si fueras un jarrón al que a veces le quita el polvo. Así también es el sexo, casi como una obligación, al igual que uno debe quitar las pelusas de debajo del sofá y de vez en cuando sabe que hay que hacerlo. Quizás por eso te sientes sola y sin motivación todo el rato.

Te preguntas a menudo qué hacéis aún juntos. Si la respuesta fuera «por no estar sola», es que ya te sientes sola. Así que, ¿qué es lo que te mantiene unida a él? El miedo, quizás, será eso. El miedo, la inseguridad y la pereza. Tener que vender el piso. Pedir los papeles de divorcio. Porque hace diez años os casasteis, aunque tú no querías, pero él insistió que lo hacía por su familia, porque son creyentes. Y también hace cinco años que os comprasteis una casa que tampoco querías comprar, pero él ya le había echado el ojo y necesitaba tu firma. Siempre acaba manipulando tus decisiones. «*Menos mal que no me dio por tener hijos*».

—Te he llamado... —anuncias con apenas un hilo de voz, como si se te hubiera atascado el abecedario en la garganta.

—Ah, ya vi las llamadas... ¿Ha pasado alguna cosa? ¡Goooooooool! —te responde eufórico, sin apartar la vista del televisor.

Te sorprende la impasibilidad que muestra a veces y, en cambio, otras, que se comporte como un controlador obsesivo.

—Pues he estado en el hospital.

Por fin, aparta la vista del aparato y baja el volumen.

—¿En el hospital? —pregunta, incrédulo.

—Sí.

—¿Y por qué?

No te pregunta si estás bien, sino por qué. Tampoco se levanta del sofá.

—Me ha dado una reacción alérgica a algo —le mientes.

—Pues tienes un aspecto horrible —te contempla con cara de asco—. No sé... Igual deberías darte una ducha.

—Tu aspecto, en cambio, es como el de un gorila sin pelo y con chancletas ...

Mateo te mira pensativo, parece no haber entendido la ironía, y antes de que pueda reprocharte nada dices:

— Sí, tienes razón, me daré una buena ducha.

Te diriges hacia el baño y abres el grifo de la ducha.

—¡Mía! —grita Mateo desde el comedor.

—¡¿Qué?! —le contestas de la misma manera repugnante desde la ducha.

Él, sorprendido de tu reacción alterada, tarda unos segundos en contestar.

—¡No tardes mucho que tengo hambre!

—¿Puedes pedir algo para cenar?

Mateo vuelve a tardar un rato en contestar.

—¡Pero es que entre semana nunca pedimos nada! ¿No puedes hacer una tortilla con unos filetes?

Coges aliento un segundo, antes de contestarle mientras te cae el agua sobre la cara.

—¡Noooo! —le gritas hasta quedarte sin aliento.

Se oyen sus pasos agitados viniendo hacia ti. Entra de un portazo en el baño. No está acostumbrado a que le grites. Te ha adiestrado como a un perro fiel para que le digas que sí a todo y tengas dependencia emocional absoluta hacia él.

—¡Pero ¿qué te pasa?!

Lo miras como a una cucaracha moribunda. Curiosamente, ya no sientes miedo. No es como otras veces. Algo ha cambiado en ti. Es como si no pudieras evitar decir lo que piensas y eso es algo nuevo.

—¿Qué me pasa? *Que he estado en el hospital y no me apetece cocinar, ¿qué te parece?*
—le contestas mirándolo fríamente.

En otro momento, Mateo te enfrentaría, pidiéndote cuentas por haberle gritado. Te sacaría de la ducha a rastras y te haría ponerte de rodillas para que le pidieras perdón. Te llamaría holgazana, guarra y te prodigaría de otros insultos similares hasta quedarse sin aliento. Sin embargo, esta vez se ha achantado. Tu cara le ha debido impactar tanto que no ha sabido reaccionar. O quizás es que está de buen humor porque ha ganado su equipo de fútbol.

No te ha visto jamás así de enfadada, con esa insolencia. ¿Qué te ha hecho tener estas agallas? ¿Quizás ver la muerte tan de cerca? A lo mejor te estás empezando a dar cuenta que llevas demasiados años siendo sometida por más de una persona. A lo mejor hay que invertir las cosas.

—Vale, vale... Tranquila, ya pido algo en el *chino*, pero pagas tú, ¿eh? —te dice a modo de reprimenda.

—Menuda loca —suelta al irse sin importarle si lo has oído.

Mateo y tú os conocéis desde que cumpliste diecisiete años. Tú trabajabas los fines de semana en tu pueblo, Rabadás, del que nunca has salido, vendiendo entradas en la pequeña sala de cine «El cobijo». Nada que ver con la elegancia y grandeza de la sala Borne, un espacio de cine parecido a un templo de estilo novecentista de inspiración clasicista. Allí se proyectan películas especiales de autor e incluso se celebran cada año diversos festivales de terror y otros géneros.

Rabadás es un pueblo de pescadores, con mucho encanto, pero que con el tiempo se ha vuelto tan popular que es imposible caminar tranquila por la calle, por la cantidad de turistas que hay. De hecho, una cuarta parte de la población que vive ahora mismo allí es extranjera. En invierno, en cambio, el pueblo suele estar más tranquilo.

Él siempre iba acompañado de muchas chicas. A pesar de que era guapo, la clásica belleza de chico malo, no te llamaba la atención demasiado, quizás por su expresión chulesca, esa expresión del que sabe que puede tener a cualquier mujer cuando desee. Precisamente esa pose la detestas. Además, pensabas que jamás se fijaría en ti, una joven delgaducha, sin pecho y con poco garbo. En aquel momento creías que era un chico inalcanzable.

Pero un día, después del trabajo, te esperó y te pidió salir con él. Tú le dijiste que no, que te halagaba que hubiera pensado en ti, pero que estabas muy centrada en tus estudios de cocina.

Por entonces, estudiabas cursos de repostería que te pagaba tu padre. Siempre te ha gustado la gastronomía, sobre todo la parte más dulce.

Todo el mundo se preguntaba por qué no salías con Mateo. «¿Con qué derecho te permites rechazar a alguien como él?», te decían.

Mateo no se dio por vencido. Para él se volvió un reto conquistarte. Igual que un vampiro con su presa. Cuanto más difícil era seducirte, más lo excitaba. Casi te viste en la obligación de darle una oportunidad. No entendías qué podía ver en ti. «¿*De verdad le gusto?*» Te mirabas al espejo y no veías la razón de esa fijación. A su alrededor podía disponer de cualquier pibón exuberante. No entendías como un chico así de guapo, de cuerpo atlético, había puesto los ojos en ti. Lo único que tenías bonito, según tu parecer, era una melena larga y morena. Sin embargo, más tarde te revelaría el motivo: «costaba encontrar a una mujer que supiera cocinar como las de antes». En ese momento lo tomaste como un halago, pero acabó siendo tu sentencia. Él no te eligió como mujer, sino como sirvienta a tiempo completo.

Al principio se mostraba atento, cariñoso, generoso y detallista contigo. Los dos primeros años fueron los de una relación normal, se puede decir que hasta había amor.

Pero luego vinieron los reproches y el control. Cada vez que salías de casa tenías que enviarle un mensaje y al volver también. Si te ibas con alguna amiga debías avisarle dónde y a qué hora habías quedado. Pronto te puso algunas normas sobre con quién podías y no podías

quedar. Dejaste de ver a tus mejores amigos porque según él, estos estudiaban en la universidad y te llenaban la cabeza de ideas feministas y absurdas. Solo te dejaba quedar con Verónica, una amiga con la que no tenías tanto roce.

También te decía el tipo de ropa que debías ponerte. Dejaste de maquillarte. Solo podías hacerlo si salías con él.

Tú creías que te controlaba porque estaba enamorado de ti y eso solo eran muestras de amor. No podías estar más equivocada. Un día lo descubriste mirando tus mensajes de móvil y espiándote después del trabajo, para saber hacia dónde ibas. Porque te había dicho que no podías salir con ninguna amiga sin su permiso. Y tú te saltaste sus normas. Se puso furioso. Ese día sí te pegó. Te dejó marcados sus dedos en la cara.

Te amenazó que no podrías contárselo a nadie. Escondiste tus heridas bajo jerséis anchos y una buena base de maquillaje en las mejillas. Al día siguiente te pidió perdón y dijo que cambiaría, que eras el amor de su vida. Tú le diste otra oportunidad, pero al poco volvió a suceder el mismo patrón: amenaza, daño, arrepentimiento, perdón y vuelta a empezar.

Intentaste pedir ayuda, pero esa fue tu condena. Hubo un día en que volvió a hurgar entre tus mensajes y te esperó después del trabajo, para humillarte, pidiéndote explicaciones de una conversación antigua con un viejo amigo, Iago, donde ponía:

«Mía, si necesitas ayuda, llámame. No tienes por qué seguir viviendo así. Sabes que puedes quedarte en mi casa el tiempo que necesites. No tengas miedo. Espero que no tardes en llamar. Un abrazo».

No te pegó, no siempre lo hacía. Lo que hizo fue peor. Te insultó y te humilló delante de todo el mundo. Y eso no te rompe por fuera, pero sí por dentro. Después de avergonzarte delante de tus compañeras, te metió en el coche como si fueras un paquete y, al llegar a casa continuó con su discurso. Te hizo sentar en el sofá y te dijo lo mala mujer que eres. Te insinuó que jamás encontrarías a un hombre como él, tan bueno contigo. Y que si te ponías a hablar con otros hombres te mataría. Que eras una desagradecida, que tienes muchos defectos, que otro tío no aguantaría como él sí te aguanta, que si decides dejarlo no podrás hacer nada sola por ti misma. Y tú le creíste, que sin él no serías capaz de hacer nada, porque justamente eso es lo que pensabas que valías: nada.

Con veinte años ya vivíais juntos en un piso de alquiler. Por entonces seguías haciendo tus cursos de cocina por la tarde y, por la mañana trabajabas en una confitería cerca de casa. Tu sueño siempre había sido montar tu propia pastelería. Aún te la imaginas en tu cabeza, tienes el boceto guardado en algún cajón de la casa, incluso le pusiste un nombre: «Pastelería El callejón dulce». Dibujaste un lugar de ensueño, muy parisino, con mesas y sillas esbeltas de color blanco, un suelo de mosaico, vitrinas de cristal con exquisitos cupcakes, *muffins* y *mugcakes* y todas las tentaciones dulces que uno puede imaginar.

Hasta que, en algún momento, Mateo empezó a quejarse de que ganabas poco dinero y que no podía ser, que él tenía que asumir más gastos que tú, lo cual era mentira, eran sus vicios: alcohol y tabaco, lo que tenía que costear. Le explicaste lo importante que era para ti este curso de cocina y él te contestó que también tenía el sueño de ser futbolista y, sin embargo, trabajaba en una fábrica de montaje de coches.

Continuó diciéndote que a veces no se puede tener todo. Y entre discusión y discusión murió tu madre, cuando tenías veintiún años, de un ictus cerebral. Murió joven. De golpe. Fue todo muy rápido. Ni siquiera pudisteis ver el cuerpo, porque dijeron que estaba desfigurada. El no poder despediros fue como si nunca se hubiese ido del todo. Luego la incineraron.

Tu padre siguió pagándote los cursos de cocina, aunque sería con un período de caducidad, dado lo que vendría después. Empezaste a mirar locales para montar tu propia pastelería, a pesar de la reprobación de Mateo, el cual no paraba de quejarse todo el día.

—¿Cómo vas a pagar el alquiler del local y el material?

—Mi padre me ayudará.

—Mía, toca de una vez con los pies al suelo y búscate un trabajo de verdad. Estoy harto, o te espabilas o no sé... Quizás lo nuestro no tenga futuro.

Esta última frase te resonó en el cerebro tan fuerte que se te erizó la piel como si el Titanic se hubiera chocado con tus neuronas. ¿En serio iba a dejarte porque estabas intentando labrarte un destino?

Que él se fuera de tu vida te daba miedo, debido a tu inestabilidad emocional en ese momento, pero tenías el apoyo de tu padre. Eso te valía. Nunca le gustó aquel chico.

—Ojalá sea cierto y se vaya a la porra de una vez —te decía tu padre.

No entendías por qué a tu padre no le caía bien Mateo, pero empezabas a intuirlo.

Curiosamente, no intentó dejarte, era demasiado cobarde y posesivo. Dependía absolutamente de ti, eras su trofeo. Siguió conviviendo contigo como un objeto más de la casa.

Dos años después, a tu padre le diagnosticaron alzhéimer. Ya habías notado que tenía pérdidas de memoria a veces, pero la última fue la peor: no se acordaba de que tu madre había muerto. Su alzhéimer fue a peor: tenía problemas para controlar la necesidad de ir al baño, no dormía bien, y en más de una ocasión se perdía cuando iba por la calle, o se desorientaba.

A finales de año, tuviste que ingresarlo en una residencia porque la situación era insostenible, y aunque tú lo cuidabas, no podías estar todas las horas con él o no podías sostenerlo si sufría una caída. Así que, muy a tu pesar, no tuviste más remedio que dejar aparcado tu sueño de montar una pastelería. Tu padre era más importante. Tenías que buscar un trabajo de jornada completa para poder ayudar a tu padre a pagar la residencia que, aunque era pública, no era barata.

Inmediatamente, Mateo, con una alegría desbordante, te consiguió trabajo en un hotel gracias a su hermana, que trabajaba en la recepción. No aceptaste enseguida, querías seguir buscando, pero él te dijo que no conseguirías un trabajo mejor, que no eras suficientemente lista. Él sabía que tenías una autoestima vulnerable, por lo que se aprovechaba de ello. Y que no carecías en ese momento de suficiente fuerza mental para enviarle a tomar viento. Pensabas que eras tonta de verdad, ¿como si no, ibas a estar viviendo con un hombre así?

Además, te reprochó lo que le había costado encontrarte ese trabajo como si fuera la panacea, que no podías rechazarlo. Así que acabaste aceptando, como tantas otras cosas, esa situación de poder. El poder que dejaste que tuviera sobre ti.

A partir de ese momento, tu vida empezó a ir cuesta abajo. Así entraste en la cadena hotelera «Kind Holidays resort Hotel», con más de tres cientos hoteles de lujo repartidos por todo el mundo.

—Vas a ganar mucho dinero, no es un hotel cualquiera. Ya verás qué bien nos va a ir. Podremos ahorrar y comprarnos una casa.

Llevas dieciocho años trabajando en este hotel. Y veintitrés años con tu marido. Y ahora,

con cuarenta años, aún no entiendes por qué estás con él y con este trabajo. Tu cuerpo también ha cambiado, sigues igual de delgada, pero tu piel ya no está tan tonificada como antes. Y en unos años, como sigas en este trabajo, algo te dice que tendrás una artritis o varias hernias en la espalda.

Tu padre está muy deteriorado y, aunque recibe los cuidados necesarios, es triste que no te reconozca a veces.

La cena del restaurante *chino* acaba de llegar. Apenas pruebas bocado. Después de un rato, te vas a la cama, exhausta.

—¿Ya te vas a dormir? —te reprocha Mateo, con cierto anhelo sexual.

—Ha sido un día duro...

Temes que vaya hacia ti y acabe obteniendo lo que desea. Pero por suerte, te ignora y se queda viendo una película.

Dejas la luz de la mesita de noche encendida, como siempre. Ya te has acostumbrado a dormir con luz. Mateo tiene *escotofobia*, es decir, siente pánico a la oscuridad. A veces sueñas con fundir todas las bombillas de casa y verle sufrir. Te gustaría que experimentara el terror que tú sufres cuando te agrede. La única vez que lo has visto aterrado, fue cuando en una noche de tormenta se fue la luz y su móvil no tenía batería para encenderle la linterna y conectar la luz. Ese día, gritó como un niño. Y tú, por un momento, disfrutaste. Tardaste en ir a buscar velas y alguna linterna. Descubriste su debilidad y eso te encantó. Aquel día, algo de maldad también se apoderó de ti, a fuego lento.

Te despiertas por la mañana, todavía con el rostro descompuesto. Te miras al espejo. Aún tienes cara de cadáver. Te maquillas un poco para disimularlo.

Mateo ya se ha ido. Te ha dejado una nota que dice que lo llames al salir del trabajo, que ya te irá a buscar. Le gusta el control.

Casi nunca coincidís por la mañana ni al mediodía. Hasta las seis de la tarde, cuando él llega de trabajar, no os veis. Aunque últimamente sale antes del trabajo.

Curioso como son las cosas. Ayer tu vida pendía de un hilo y hoy estás aquí otra vez tomándote un café y una madalena antes de ir a trabajar. Con náuseas en el estómago, como cada día desde hace dieciocho años. Odias este trabajo y, en general, esta rutina diaria que te está llevando hacia un abismo.

Durante el trayecto en coche hacia el hotel hablas por teléfono con tu amiga Verónica. Pones el manos libres. Tenías algunas llamadas perdidas de ayer.

A Verónica la conociste en el instituto. No tenéis una relación estrecha, pero os lleváis bien. Le perdiste la pista un tiempo cuando se fue a hacer pruebas de modelo a Barcelona, aunque finalmente no tuvo suerte y regresó de nuevo a vuestro pueblo, con una mano delante y otra detrás, porque ninguna agencia la contrataba. Ahora trabaja en una tienda de moda, es la encargada. Hacía mucho que no os hablabais, pero un día os visteis por casualidad por la calle y ella insistió en quedar contigo. Al final, esos encuentros se fueron haciendo más asiduos.

A pesar de ser tan guapa, no tiene novio. Suele salir con algunos chicos, pero nunca tiene nada serio. Casi siempre que puede se lleva comida de tu casa, aunque primero la analiza, o viene a cenar porque su talento culinario es casi inexistente, no sabe ni freír un huevo... Además, como ella dice, limpiar y cocinar es algo incompatible con su estilo de vida, le fastidiaría el esmalte de las uñas.

También es verdad que siempre has sentido algo de pena por ella. Sus padres murieron cuando ella iba aún al colegio y se tuvo que criar con su tía, que además murió hace poco. Ese hecho originó que la acogieras en casa para que se sintiera arropada.

—¿Dónde estuviste ayer? Estuve todo el día llamándote y no lo cogías... Mateo tampoco sabía nada...

—Pues estuve...

—No me lo digas... —te interrumpe con un tono de burla—. ¡Tienes un amante! No te deja acabar la frase. Verónica es muy intensa y le gusta mucho hablar, pero escucha poco.

—Sí, me has pillado, tengo un amante. Estuve en el hospital por una alergia muy fuerte —le mientes.

—Pero ¿qué dices? Seguro que es el pan, tía, deberías dejar de comer pan. Serás alérgica a algún componente de la levadura o de la harina.

Verónica siempre saca a relucir una lista larga de alimentos que producen alergias. Se obsesiona bastante con eso y acaba no comiendo muchas cosas por alergias inexistentes, llevada por esa hipocondría autogestionada.

—No, no creo...

—Mía, vas a flipar con lo que me pasó ayer —cambia de tema rápidamente.

—Qué —le sueltas sin muchos ánimos.

—¿Sabes quién estuvo en mi tienda?

—No.

—Adivina —dice emocionada.

—Ni idea. ¿Billie Eilish? —dices con una elocuencia limitada.

—Oh, Mía, por favor, ¿puedes mostrar más entusiasmo?

—Es que ya he llegado al trabajo.

No te interesa nada esta conversación.

—Pues fue ni más ni menos que Martine Sitbon.

—¿Y quién es esa tipa?

—¿En serio, Mía? ¿En serio no sabes quién es Martine Sitbon?

—No, no sé quién es, pero como no te cuelgue, lo que sí sé es que me va a caer otra regañina de mi querida jefa.

—¿Quedamos para cenar mañana, viernes... y te cuento?

—Sí, vale... —le dices poco alentada.

Una mujer alta como un pino, de tu misma edad, con un peinado estilo bob que recuerda a Ringo Starr en el álbum *Sgt. Pepper's Lonely Hearts Club Band* y una cara antiestética de pocos amigos, te está mirando. Es tu jefa, Flora, la gobernanta del hotel. En teoría se responsabiliza de coordinar y dirigir a las camareras de piso, quienes se encargan de la limpieza de las habitaciones y las zonas comunes del hotel. Pero suele delegar todo su trabajo a otras personas.

Ha tenido el honor de esperarte en la recepción del hotel. Todo un detalle si, en vez de reprenderte, fuera para traerte café con croissants.

Te escudriña con la mirada.

—¡Estás hecha un desastre! —dice con cierta acritud, riéndose de ti para que los allí presentes se den cuenta.

No sabes qué contestar y no contestas nada.

Su risa es estrambótica como la de un payaso con asma. Y siempre habla con un volumen muy alto. Te ha dado tiempo a estudiarla todos estos años y la conclusión a la que has llegado es que en sus oídos acumula una montaña de cera donde incluso habitan antiguas empleadas que se han quedado allí atrapadas, pudriéndose y agonizando en sus tímpanos. Por eso, supones, habla tan fuerte.

Su objetivo siempre ha sido cambiar tu forma de ser. Hace unos años fuiste al psicólogo, entre otras cosas, por eso, porque te hizo pensar que el problema eres tú. En algunas relaciones humanas acaba estableciéndose cierta jerarquía de poderes, donde una persona machaca a la otra y el que resulta perjudicado es quien tiene que acabar gastando un dineral en sanear su mente, cuando debería ser al revés.

Intentaste durante una época no ser tú, pero ¿cómo se hace eso? ¿Cómo se deja de ser uno

mismo? Has aprendido unos valores y una mecánica difícil de desaprender, y ni que decir el papel que tiene la genética en ello. El psicólogo te indicó que uno siempre tiene que ser él mismo, a menos que ser uno mismo se convierta en algo perjudicial para los demás. En menudo embrollo mental te metió el licenciado. «*¿Tengo que decidir entonces si soy perjudicial para los demás?*». «*Por supuesto que soy perjudicial para los demás*», pensó enseguida tu agudo cerebro. «*Mi jefa me odia, mi novio me detesta, mi padre está enfermo y mi madre murió seguramente por mi culpa. Soy tan perjudicial para los seres humanos, que con solo estar a mi lado pueden llegar a experimentar una falta de oxígeno, mortal*».

Enseguida pensaste que si todas las personas que conoces, que han tenido alguna enfermedad no te aprecian, es porque tú tienes algún tipo de tara, alguna pieza sin encajar del todo bien. Así que dejaste de ir a terapia. ¿O deberíamos decir anti terapia? Y te pusiste a investigar qué le hacía feliz a Flora y qué no le gustaba. En vez de pensar en ti. Creías que, si dejabas de ser perjudicial para los demás, conseguirías ser feliz y estar bien.

Descubriste que una de las cosas que le encanta es que le halaguen su peinado, su ropa, sus pendientes... Que la adulen por todo. Así que te propusiste cada día decirle algún piropo impostor para propiciar lazos entre vosotras. Empezaste con algo fácil, como por ejemplo:

—Me gustaría que me dijeras dónde has comprado esos pendientes, te quedan muy bien y son preciosos.

Pero por alguna extraña razón, ella se dio cuenta de que solo eras una farsante. No tenías el arte innato, adulador, pelotero y palmero de algunas de tus compañeras. Así que ni siquiera te lo agradecía, más bien te devolvía una mirada rancia y repulsiva.

Otro punto que descubriste es que le encanta que le den la razón en todo e incluso adorar su existencia. Tú lo intentaste poner en práctica, tuteándola como lo hacían tus compañeras, de manera natural y cariñosa:

—Ay, Flo, cuánto aprendemos de ti...

Tampoco funcionó. Ella te volvía a escudriñar como si supiera leer tu interior.

—No vuelvas a llamarme así.

Tú nunca tendrías su confianza. Eso te lo dejó claro. No estabas a su altura. Eras su subordinada y no tenías derecho a opinar, contradecir o expresar incluso alguna duda. Tenías que obedecer y punto.

Por intentar dejar de ser tú, habías llegado hasta el punto de estar desconectada de tu propio ser, precipitándote hacia un abismo. Cuando no encajas o no te aceptan como eres, pueden pasar dos cosas: que te transformes en algo mejor y te liberes de algunos monstruos o, todo lo contrario, que te empequeñezcas hasta ser más insignificante que una simple mosca.

—Eres una loca de las narices, ¡qué voy a hacer contigo! ¡Ayer te pillaste un día libre por la cara! —te grita.

Se te acerca tanto que notas el aliento de zumo de arándanos y el pan tostado con margarina. Tu olfato culinario a veces es odioso.

No es la primera vez que te llama loca. Hace unos años estuviste de baja cuatro meses por depresión y has tenido ataques de pánico en el trabajo, y por esa razón cree que tiene el derecho a

llamarte loca. Pero solo uno mismo se puede llamar loco.

Lo más lógico hubiera sido presentar tu dimisión, sobre todo después de hablarte con esa cólera. ¿Pero a dónde irías a trabajar por el mismo sueldo? La valentía la tienes desentrenada y crees que lo que te espera ahí fuera es un pozo oscuro. ¿Qué pensaría Mateo si dejases el trabajo?

Está claro que nunca le has causado buena impresión a Flora. Aunque ella no siempre ha sido tu jefa. Lleva aquí desde hace seis años, de manera fortuita, por ser hermana de uno de los dueños de un hotel de la misma cadena. No le caes bien, aunque ella a ti tampoco. Te preguntas por qué no te despide y ya. ¿Será porque nadie quiere este trabajo? Siempre se queja de que andamos cortos de personal.

¿O será porque tendría que pagarte una suma importante de dinero por despido improcedente?

En este trabajo hay tanta toxicidad, que se podría construir una bomba con todo el veneno que corre. Podrían matar a una nación entera.

—¿Por qué me miras así?

Es cierto que la estás mirando como si mirases a una boa constrictora.

—Ten —le respondes con desagrado después de un rato.

—¿Qué es esto?

—El justificante de ayer, del hospital.

Se queda allí, abstraída, leyendo el documento. Tú aprovechas para marcharte y entrar en el hotel.

—Me voy, no quiero llegar tarde —dices con retintín. Te ha salido inconscientemente. Hasta a ti te sorprende tu desfachatez.

Flora levanta la vista en el menor ángulo posible y mueve la cabeza de un lado hacia otro con resignación, maldiciéndote entre dientes.

El despertador suena cada día a las seis y media de la mañana. Te cuesta mucho levantarte. Es un trabajo duro. Cada noche, antes de irte a dormir te pones una crema en las manos entumecidas, hinchadas y con dolor de haber estado todo el día pasando el aspirador y arrastrando la fregona.

Te entristece tener las manos así, aún eres joven. No era esto con lo que habías soñado. Quizás algún día puedas abrir aquella pastelería —¿cómo se llamaba?, ah, sí, «Pastelería El callejón dulce»— y te quitas esa espinilla clavada. Pero es tanto el cansancio, que cuando llegas a casa, ni siquiera caben los sueños. ¿Cuándo dejaste de creer en ti? ¿En qué momento enterraste tus sueños en el baúl de los recuerdos?

Cada noche te tomas un antiinflamatorio para el dolor de espalda y de cabeza.

Fichas nada más llegar. Te recoges el pelo y te plantas el traje hortera de color rosa pastel, una camisa de botones con falda a conjunto, que lleváis años reivindicando que es un ropaje arcaico. Queréis camiseta y pantalón cómodo. Pero no, además de estar limpiando con unas condiciones laborales bastante mejorables, quieren que os paseéis con un *modelito* del siglo pasado enseñando vuestras piernas sudadas y estropeadas por este trabajo.

A pesar de hacer un calor sofocante, no ponen aire acondicionado por los pasillos, para ahorrar dinero, y tampoco hay mucha ventilación y el ambiente se vicia con el calor. No entiendes cómo puede ser un hotel de cinco estrellas y tampoco entiendes cómo no se quejan los huéspedes. Además, en las habitaciones tenéis prohibido poner el aire acondicionado, a menos que ya estuviera encendido por el cliente. Alguna vez has pensado en dejarles *notitas* a los huéspedes sugiriéndoles que no apaguen el aire nunca.

Nada más llegar a la primera planta del hotel os espera Brenda, que además de ser tu compañera de piso, también se encarga de deciros qué habitaciones os toca hacer. Debería ser ella la gobernanta. Pero la vida es así de injusta. Ya está preparada con un carrito lleno y pesado de productos de limpieza. Te saluda y te mira algo preocupada.

—Chica, ¿qué te pasa? ¿Por qué no viniste ayer? No tienes muy buen aspecto que digamos, ¿no?

—Ayer no me encontraba bien y no he dormido mucho.

—¿Has ido al médico?

—Sí, nada, era alergia...

—Pues tienes a Flora que se sube por las paredes...

—Lo sé...

—Pero tú ni caso. A ver si ahora una no puede encontrarse mal o ir al médico...

Brenda y tú no sois amigas, pero sois compañeras desde hace más de diecisiete años y

cuando se preocupa lo hace con sinceridad. Es una buena persona.

Ella te dice las habitaciones que toca hacer hoy mientras te va explicando anécdotas divertidas de su marido o su hijo. Hoy no te apetece mucho escuchar, pero menos hablar.

A pesar de que sin personas como vosotras el turismo se iría a pique, puesto que un hotel no se limpia solo y la limpieza es lo primero que miran los turistas, te hacen sentir a menudo como si fueras basura, como si no fueras nada importante.

Después de hacer seis habitaciones sientes que te duelen los brazos de tirar del carro lleno de sábanas y las caderas de agacharte y hacer los baños.

Junto a tu compañera seguís haciendo las habitaciones que están libres. A veces hay que esperar a que el cartel de “no molestar” sea quitado. Te sientes como un vigilante de pasillos.

Por estadística soléis hacer unas veinticinco habitaciones diarias entre las dos, en menos de media hora en cada una. Lo que se resume en ciento setenta y cinco a la semana. Y siempre corriendo. En media hora tenéis que hacer tantas cosas, que la primera vez que entraste a trabajar estuviste llorando cada vez que entrabas a un lavabo. Dios, como te dolían los riñones. Y aún te duelen, solo que ahora se han vuelto como dos pedruscos pesados con los que cargas cada día. Y qué decir de ese olor a lejía que envuelven completamente tus orificios nasales y dañan tus manos. Los ojos te escuecen tanto a veces que ni siquiera con colirio se te pasa.

En los años que llevas trabajando, has tenido tendinitis, lumbalgia y depresión.

Lo peor de todo es que a pesar de tanto esfuerzo, el sueldo no es gran cosa, como así te prometieron. Y eso que es un hotel de alto standing.

Mientras comes en el comedor del hotel, en menos de media hora, las otras compañeras se ponen a cuchichear, como siempre. Eso es casi como un deporte o un hobby.

—Hanz te está esperando en la planta de arriba —dice Carolina.

Carolina es una trabajadora que está en la octava planta, con otra compañera, Ágata. Esta última siempre está pendiente de cualquier cotilleo para poder sacar información. Es una persona muy envidiosa y manipuladora con la que hay que tener cuidado.

—Este hombre te pedirá matrimonio al final, ja, ja, ja —se ríe con desfachatez, Ágata.

—¿Se tira a ese viejo? —dice Najma, una de las nuevas.

Las desafías con la mirada, advirtiéndolas que se están pasando de la raya.

—¡No seas bruta! Es como su abuelo. No sé, se han cogido cariño —dice Carolina.

—Eh, ¡dejadlo ya! —ordena Brenda.

A Brenda todas le tienen mucho respeto, es por eso que, al momento, todas se callan y siguen comiendo.

Hanz Braun es un huésped alemán de ochenta años, hospedado hace doce años en este hotel. Está viudo y sin descendencia. Su mujer murió hace quince años por un cáncer de páncreas y desde entonces decidió venir a España. Le gusta este hotel, dice, porque la comida es muy buena, la vista al mar es fantástica y está cerca del paseo marítimo. No necesita más.

Se hizo rico gracias a una granja de gallinas que montó en Sajonia. La granja se convirtió

en una empresa con su propio sello, a la que con esfuerzo y mucha dedicación la hizo crecer y expandirse por diferentes horizontes. Luego, al morir su mujer, decidió vender su negocio y su casa, y también tomó la decisión de no volver a comprarse ninguna propiedad. Había acabado odiando a los bancos. Así que un hotel o apartamento para alquilar ya le venía bien.

El primer año de estar en este hotel te conoció, de manera inoportuna. Él fue un momento a su habitación para coger la cartera que se había dejado, cuando oyó un gimoteo desde el lavabo. No pudo evitar entrar para ver qué pasaba y encontró a una joven profundamente triste, ataviada de elementos de limpieza, con unos grandes guantes de goma rosa limpiando el váter. En una mano sostenía la escobilla y en la otra el estropajo. Mientras tanto, tu compañera, desde el pasillo, se esforzaba en explicarles a unos japoneses qué era un bidet, ya que jamás habían visto uno.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

Tú, avergonzada, te levantaste enseguida y con un brazo te secaste las lágrimas.

—Sí, sí, son estos productos de limpieza que me hacen llorar, no estoy acostumbrada.

Mentiste.

Te ofreció un pañuelo y sin decir nada, sus ojos te transmitieron comprensión.

Antes de irse de la habitación te dijo:

—Hay un proverbio alemán que dice «Incluso una gallina ciega, a veces encuentra un grano de maíz».

Tú no entendiste esta frase, ni por qué la dijo, de hecho, pensaste que seguramente intentaba consolarte, o que su traducción de alemán a español era algo tosca.

Desde entonces coincidisteis a menudo en los pasillos donde teníais pequeñas charlas. Un día, Hanz te invitó a tomar un café en la terraza del hotel, después del trabajo. Y aquello se convirtió en una costumbre. Aunque sabes que es extraño tener un amigo octogenario, realmente es la única persona que se preocupa por ti de verdad, sin pedir nada a cambio.

Como cada día desde hace catorce años, acudes a la cita de las cinco de la tarde.

Allí está Hanz, sentado en una de las sillas frente al mar, con su sombrero tejido de paja, sandalias con calcetines y bermudas de color caqui.

—Como llegabas tarde, te he pedido un café con leche, corto de café. ¿Estás bien? No tienes buena cara.

Su español ha ido mejorando con los años. Se enciende un cigarrillo.

—Sí, solo es cansancio.

Hanz deja el cigarro en el cenicero y la mira fijamente a los ojos.

—Si no quieres contármelo no pasa nada, pero sí te pido que no me mientas, o te crecerá la nariz como a *Pinocchio*.

Os reís. Te ha hecho gracia como ha pronunciado pinocho. Hanz es muy perspicaz y se da cuenta de todo, sabe cuándo estás bien o mal, nada más verte de lejos.

—Tienes razón, no estoy bien, pero si no te importa, no quiero hablar de ello.

—De acuerdo.

—¿Me das un cigarrillo?

Hanz se sorprende.

—Pero si tú no fumas.

—Lo sé, pero hoy me apetece.

Hanz te pasa el paquete para que te sirvas.

—Te voy a contar una cosa de cuando yo era joven...

A ti te encantan sus historias, aunque a menudo repita las mismas.

—Bien —dices divertida—, entonces, me voy a acomodar.

—Cuando tenía veintitrés años monté una granja de gallinas. Bueno, al principio solo eran cuatro o cinco gallinas, pero poco a poco fueron proliferando.

—¿Por qué gallinas?

—No sé, siempre me han parecido simpáticas.

—Ah, es una buena razón. ¿Y te hiciste rico vendiendo huevos de gallinas, tan joven?

—Ni de broma. Estuve años... —se rasca la cabeza— como se dice en español... *pleite sein*.

—No sé, ¿comiéndote los mocos?

—¿Mocos?

—Bueno, es una expresión que utilizamos para decir que no tenías un duro, vaya, que no tenías dinero.

—¡Ja! Pues estuve comiendo muchos mocos.

Os reís de nuevo.

—Los vecinos y mucha más gente se reían de mí. Pensaban que era un fracasado. Había comprado un terreno, unas cuantas gallinas, pero ni la publicidad, ni los distribuidores me hacían caso. Solo había una persona que me apoyaba día a día.

—Tu mujer.

—Correcto. Martha me decía que esto era como una carrera de fondo. Había que ir poniendo peldaño a peldaño, tener mucha paciencia. Seguir perseverando.

—¿Y qué pasó?

—Que hice cursos de avicultura para formarme mejor, de sanidad, economía y comercio... y aunque me costó, fui de los primeros en crear una granja de cría ecológica de gallinas. Las aves permanecían en absoluta libertad. Las gallinas fueron poniendo muchos huevos. Los huevos eran de una calidad extraordinaria. Y poco a poco fuimos teniendo más gallinas y abriéndonos al mercado. Hasta que, seis años después, monté mi propia empresa.

—Guau, eres increíble, Hanz.

—Lo que quiero decir, Mía, es que la buena suerte llega trabajando mucho, cuando te caes hay que levantarse, hay que seguir remando y tener esperanza.

—Lo que intentas decirme, ¿es que monte una empresa de gallinas?

Los dos os reís.

—Creo que ya sabes lo que te estoy diciendo. La buena suerte te llegará. Pero a veces es caprichosa y para que llegue, primero tienes que pasar por ciertos obstáculos e inconvenientes

por el camino.

Os quedáis en silencio.

—¿Sabes? —continúa Hanz—. A Martha le hubieras encantado. Nosotros no pudimos tener hijos y... cada vez que te veo, pienso que eres como la hija que nunca pudimos tener.

Esto te conmueve.

—Ay, Hanz, a veces me pregunto por qué narices no nací en Sajonia.

Los dos sonreís con complicidad. Le pegas un último sorbo a tu café y aplastas tu cigarro en el cenicero para apagarlo.

—Tengo que irme.

—Hasta mañana, Mía.

—Hazme un favor y no te pongas más esa camisa hortera de flores.

Hanz suelta una carcajada.

5

-.-

Al llegar a casa, toca colocar la compra, fregar los platos de la noche anterior, hacer la colada y doblar la ropa limpia. Nunca se para de trabajar, sobre todo si nadie te ayuda.

Como Mateo aún no ha llegado, decides hacer unos cupcakes de vainilla. A ver si endulzándolo un poco se vuelve más tierno contigo. Lo has preparado todo sobre una bandeja dorada que has dejado en la mesa del comedor, con dos bonitas velas.

Se oye el chasquido de la cerradura. Mateo está abriendo.

—Hola —le saludas, simpática.

Mateo te mira enfadado.

—¿Qué es esta mierda? —te pregunta refiriéndose a los dulces.

Está tan cabreado que te estremeces.

—Quería darte una sorpresa, pensé que te gustaría.

—¿Gustarme esto? —te echa en cara mientras aplasta con desprecio uno de los cupcakes.

Un dolor hueco y desgarrador te invade el estómago. Se acerca hacia ti.

—Lo que deberías hacer es plancharme las camisas que has dejado sobre una silla y tender la ropa mojada.

Te echa una mirada de reproche.

—Ahora lo hago —le respondes apagando las velas.

Rezas para que no se acerque más a ti. Te golpea en la nuca con la palma de la mano. Por un instante pierdes el equilibrio. Cierras los ojos, porque crees que va a seguir atacándote, pero en ese momento llaman al timbre de la calle.

Se produce un silencio entre los dos. Respiras aliviada.

—Voy a abrir —dices escabulléndote de él.

Te acercas a la puerta, aún con el corazón en un puño. Tendrás que darle las gracias a quien haya llamado.

—¿Quién es? —contestas desde el telefonillo.
—¡Buenas noches, Mía! Ya estoy aquí.
—Ah, hola, Verónica. ¿Habíamos quedado? —preguntas sin mucho entusiasmo.
—Claro. ¿No te acordabas de que me habías invitado a cenar?

En realidad, ella se autoinvitó. Pero te ha venido bien que venga, porque cuando Verónica está con vosotros, Mateo no te trata mal y tienes suficiente tregua para recomponerte.

Desde que os volvisteis a encontrar ha estado cada día pegada a tu culo. Hay que reconocer que a veces se te hace algo pesada. Y una cosa que no deja de sorprenderte es que se lleva genial con Mateo, los dos parecen disfrutar de la compañía mutua.

—He traído vino.
—Fantástico, déjalo ahí —le respondes indicando la encimera de la cocina.
—Uy, ¿y estas madalenas tan ricas?
—No son madalenas, son cupcakes.
—¿Puedo coger una?
—No, no... Me han salido mal —dices nerviosa, retirando la bandeja.
—Pues tienen muy buena pinta...

Acto seguido las tiras a la basura.

Mientras cenáis, los dos no paran de meterse contigo como si fueras un chiste. No paran de hacer bromas desagradables: «que si la sopa está fría», «que si tienes las uñas mal pintadas», «que en qué estás pensando...».

Tú apenas abres la boca. Solo quieres ir a dormir.

—¿Qué le pasa a tu pelo, Mía? Lo tienes muy encrespado —te critica Verónica, aguantándose la risa.

—Es que aún no me ha dado tiempo a ducharme.

—Sí, en vez de eso, estaba experimentando con madalenas de colores... —añade Mateo en tono burlón.

Los dos se ríen. A veces piensas que deberían ser pareja.

—¿Sabéis qué? —explica Verónica durante el postre—. Esta tarde, mientras venía en el coche, he oído una noticia de que un hombre ha descubierto una joya en su jardín.

—¿En serio? ¿Dónde? Qué suerte tiene la gente... —dice tu marido.

— En el Reino Unido. Es un profesor de historia que estaba plantando un árbol en su jardín y encontró un anillo de oro, de cuatrocientos años de antigüedad.

—¡Igualito que aquí! En España, si rebuscamos, solo encontramos colillas o cacas de perro —bromea Mateo, convertido en todo un experto arqueólogo.

Verónica se ríe.

—¿Y cuánto vale la *joyita*? —interpela ahora sí, con cierto interés, Mateo.

—Pues se ve que el anillo lo ha vendido en una subasta por trece mil seiscientos euros.

—No está mal...

—Uf —respondes tú—. Eso no es nada comparado con la joya que le robaron a mi madre.

—¿Qué joya? —pregunta Mateo, desconcertado.
—Aquel collar que tenía mi madre en una vitrina del comedor, ¿recuerdas?
—¿El de color púrpura?
—El mismo. Nos enteramos de que se trataba de un diamante y estaba valorado en cuatrocientos cincuenta y cinco millones de euros.

A Mateo se le atasca la comida en la garganta. Una estruendosa tos sale de sus pulmones.

—¿Cuánto has dicho? —dice aclarándose la voz.
—Cuatrocientos cincuenta y cinco millones de euros.
—¿Y por qué nunca me dijiste lo que valía? —te pregunta Mateo mientras se le resbala la copa de cristal.
—¿Estás bien? —se preocupa Verónica—. Te veo pálido.
—Sí, estoy bien. Pensaba que el collar era una vieja reliquia sin apenas valor... No entiendo por qué no me dijiste cuánto valía.
—¿Y eso qué importa ahora? —dices enfadada—. Esa joya estaba maldita. Mi madre murió sin saber dónde estaba y se sumió en una depresión cuando se la robaron.

Verónica carraspea. No le gusta la tensión que se está produciendo, ni hablar de maldiciones.

—Bueno, será mejor que me vaya. Es un poco tarde.
—Te acompaño —le dices.
—No, no. Ya la acompaño yo —se muestra solícito Mateo—. Aún te quedan cosas pendientes por hacer; recogerlo todo, tender la ropa y planchar mis camisas.

Estás tan cansada que no te deja margen para sentir rabia.

—Uy —le reprende Verónica—, ¿y por qué no te ocupas tú? ¿No ves que Mía tiene cara de estar agotada? Además, no hace falta que me acompañéis.
—Bueno, yo también estoy cansado.

Mateo te mira con los ojos encendidos, esperando que salgas en su defensa.

—Sí, Mateo tiene razón. Se pasa muchas horas en la fábrica... Me quedaré haciendo lo que me faltaba por hacer y me iré a dormir.

A Verónica se le forma una mueca triste en el rostro.

—¿Quieres que me quede un rato más y te ayude?

Tú mueves la cabeza de un lado a otro.

—No hace falta, ahora cuando suba la ayuda yo —contesta Mateo por ti.

Al final, después de insistir y no conseguir su propósito, Verónica se va y Mateo, baja con ella.

Acabas de fregar los platos y luego te vas a la cama. Mateo aún no ha regresado, pero tú nunca le pides explicaciones. Tampoco te las daría o se enfadaría.

Antes de cerrar los ojos, notas un dolor fuerte y sordo en el abdomen y en la espalda. Hace semanas que no te encuentras bien, te notas cansada y con dolores. Al principio pensabas que eran dolores de menstruación, pero los síntomas han ido empeorando.

«*Mi padre es como yo*». Eso piensas mientras te diriges hacia él. Tiene la misma expresión en los ojos que tú, la misma sonrisa e incluso esos *hoyuelos* marcados en las mejillas.

Tu padre y tú siempre habéis tenido mucha complicidad, y eso que no siempre ha podido compartir su tiempo contigo. Diego Sanz fue director de banco y pasaba muchas horas fuera de casa. Los banqueros se jubilan jóvenes, pero justo cuando se retiró, se murió el amor de su vida y en un período corto le diagnosticaron Alzheimer.

Entras en el amplio salón que hace las veces de patio para los residentes. Parece limpio y ordenado, con un televisor grande en el centro y unas estanterías con libros y revistas. Allí está tu padre, sentado en su butacón marrón, ese que nadie suele tocarle por rango de veteranía.

Al darse cuenta de tu presencia, se le iluminan los ojos y te sonríe. Está sentado supuestamente cómodo y a su alrededor, unos cuantos ancianos más juegan a las cartas o al dominó. Otros permanecen en un rincón, como si fueran libros viejos, olvidados. Nadie los viene a ver.

—Pequeño gorrión —te saluda, contento. Hoy se ha acordado de ti. Otras veces se queda ensimismado y parece enfadado o ni siquiera te reconoce.

Siempre que está cariñoso se dirige a ti como “pequeño gorrión”. El mote no te molesta, te viene de cuando eras pequeña y os ibais al parque que hay cerca de casa. Continuamente tratabas de salvar a todos los animalitos que encontrabas heridos. Un día os topasteis con una cría de gorrión que se había caído del nido, queríais devolverlo a su hogar, pero estaba demasiado alto, así que os lo llevasteis para cuidarlo.

Le preparaste un pequeño cobijo al lado de tu ventana, con una cajita que llenaste de algodón, hojas y plumas sueltas que encontraste por el jardín. Cada día te ocupabas del animal, dándole gotas de agua con una pequeña jeringuilla y deliciosos insectos triturados. Y así día tras día. Hasta que un día echó a volar y no volvió más. A ti te angustió y apenó mucho ese hecho. Tu padre te animó y te hizo entender que él tenía que irse con su familia. Que lo habías cuidado con amor y gracias a ti había podido echar a volar. A partir de ese día te puso el fascinante nombre de gorrión.

—Te he hecho el pastel de zanahoria que tanto te gusta.

—Qué bien, hija. Huele muy bien, estás aprendiendo mucho en esos cursos de cocina.

Ya no se acuerda que hace años tuviste que dejar los cursos, así que intentas seguirle la

corriente para no hacerle sentir mal, pues cuando es consciente de su enfermedad sufre mucho.

—La verdad es que sí, aprendo mucho.

—¿Y ya te han dado los presupuestos de los locales?

—¿Los locales?

—Sí, los locales para tu pastelería.

—Ah, claro, sí —asientes con pena.

—¡Qué bien! Tengo muchas ganas de verlo. Vas a ser la mejor pastelera del mundo. Luego llamamos al hijo de un amigo que es albañil y ya verás como te sale barato restaurarlo todo.

—Tranquilo, papá, ya está resuelto.

—Pero quiero ayudarte.

—Lo sé, ya me ayudas mucho —le das un beso.

—¿Dónde está tu madre?

Siempre acabáis teniendo la misma conversación. Él te pregunta por tu madre varias veces y tú acabas mintiéndole. Otras veces se acuerda de que murió y se echa a llorar. Se hace cada vez más duro tener conversaciones con tu padre.

—No ha podido venir.

Cuando eras pequeña te hubiera gustado pasar más tiempo con tus padres en vez de con tu abuela, con la que tenías muy buena relación, pero no era lo mismo. Ellos siempre estaban fuera. Tu madre incluso se pasaba días sin venir, con la excusa de que tenía que hacer viajes de trabajo.

Martina Bravo, así se llamaba, murió de un ictus cerebral cuando tú tenías veintiún años. Era una mujer encantadora, pero odiosa y narcisista a la vez. Tenía una manera peculiar de querer. Eso hizo mella en ti.

Era elegante y bella, de figura esbelta y con unos ojos de un intenso color verde esmeralda. Poseía una mirada magnética. Y a pesar de su belleza, abusaba demasiado del bisturí, sin ser necesario.

En realidad, era incapaz de amar. Su incapacidad de amarse a sí misma reflejaba su inhabilidad para amar a los demás. Se cansaba rápido. Poseía tanto resentimiento y amargura en su interior, que solo podía entregar eso. Habría que remontarse a su triste infancia, para comprender qué la hizo ser así, un ser manipulador, celoso, desconfiado e intimidante. Su madre, una camarera de un restaurante de carretera, se enfrentaba a diario a las constantes humillaciones y palizas de su marido. Ella y su hermana Alicia, dos años mayor, se escondían bajo la cama cada vez que los oían pelear.

Hasta que un buen día, cuando tenía solo ocho años, su madre decidió abandonarlos, llevándose solo a su hermana y dejándola a su suerte con su padre.

Se sintió lastimada y herida y con una profunda envidia por su hermana. «¿Por qué se la llevó a ella y a mí me dejó aquí?». «¿Por qué ella es su preferida?».

Los siguientes años fueron un infierno. Convivir con el borracho de su padre, no era fácil y mucho menos esquivar los golpes. Había días en los que no tenía nada para comer, pero se espabiló con rapidez para robar comida del colegio.

Durante esa etapa fue cultivando un carácter esquivo, agrio. Solía tener un aspecto glacial y algo misterioso, con una mirada seria. A medida que fue creciendo, fue tachando los años que

le quedaban para cumplir los dieciocho y poder independizarse. Sabía que tenía que ahorrar, si quería estudiar o comprarse ropa. Así que trabajaba vendiendo helados y repartiendo propaganda, al salir de clase, donde le pagaban en negro sin que su padre se enterase. Tenía claro que estudiaría una buena carrera, Derecho. Que no sería una simple camarera, como su madre. Quería llegar a ser rica. Dejar su miserable vida. Trabajó y estudió muy duro hasta que conoció a tu padre, un prometedor banquero. No era su tipo, pero tenía una buena cartera y la ayudó a montar su propio bufete que, más tarde, según decía ella, le ocupaba muchas horas de trabajo al día.

Cuando naciste, quiso convertirme en una versión de sí misma, en un ser idealizado. Pero nunca lo consiguió, de ahí su frustración.

Al ir creciendo, te diste cuenta de que tu propia madre te tenía celos. Algo que no podías llegar a comprender y que te hacía daño. Y es que su narcisismo era tan grande, que no podía soportar que alguien le dijera que tú eras más guapa que ella o una versión mejor. No soportaba que fueras creativa, inteligente, perspicaz. Que fueras más admirada que ella. Te recordaba a veces a la madrastra de Blanca Nieves: «Espejito, espejito, ¿quién es la más bella del lugar?». Y te dolía pensar así, pero es como te hacía sentir.

Siempre intentaste mostrarle afecto y no parecer muy especial, para que ella pudiera sentirse bien, puesto que tú creías que eras un problema para su autoestima.

Tu padre te animó con los cursos de pastelería, que ya te los pagaría él. Tu madre, en cambio, criticó esa idea, te tachó de egoísta y dijo que no iba a poner ni un céntimo.

No soportaba que tu padre y tú os llevarais bien. Siempre que no le hacíais suficiente caso se encerraba en su habitación y se ponía a llorar durante días. Montaba unos dramas espectaculares. Os echaba en cara que erais unos desagradecidos y que no la queríais. Luego, una vez conseguía vuestra atención, tanto tu padre como tú os desvivíais con ella, le comprabais cosas, le hacíais compañía y así volvía una vez más a resurgir como el ave fénix. Cuando ya había conseguido que toda vuestra vida girara tan solo a su alrededor, entonces se recuperaba y vosotros os quedabais hechos polvo. Os había absorbido toda la energía.

Pero esa fachada de superioridad y control que le hacían imponente en público no era más que una quimera. Dentro de su profundo ser, sus heridas seguían abiertas, latentes. Por eso, en su intimidad era fácil verla llorar con desesperación.

Al morir te dio mucha pena, porque pensaste que no había sido una mujer feliz, pero una cosa te hizo cambiar de parecer. La pena se volvió decepción. Descubriste, por tu padre, que además de egoísta, no había sido una mujer transparente y tenía bastantes trapos sucios. Tu padre no quería contarte la verdad, por vergüenza, hasta que al final no tuvo más remedio, sobre todo, cuando tuvo que contarte que estabais en bancarrota por culpa de ella.

Martina había tenido un amante y no uno cualquiera, era un importante jeque árabe, Mohamed Bin Brunei. Cuando no estaba en casa, no era porque estuviera de viaje de negocios, sino disfrutando con el querido en hoteles de lujo, en viajes exóticos... La cosa es que se abrió una cuenta en un banco extranjero y como quería aparentar ser rica, no paraba de comprarse todo tipo de caprichos: regalos de lujo para el amigo, un chalet con piscina, viajes en primera clase, hasta tal punto de embargarse y dejar unas deudas millonarias, al morir.

No os hubiera venido nada mal tener a mano aquel collar que había pertenecido a la tatarabuela de tu madre. Lo habíais tenido toda la vida, expuesto, en una de las vitrinas del comedor, junto a un jarrón y un marco de fotos. No sabíais el valor de aquella joya, hasta que un tasador os dijo que se trataba de un diamante hallado en la India en el siglo XVII y que tenía un valor incalculable. Recuerdas aún la cara de tu madre, que se le abrieron los ojos con una ilusión

indescriptible. Para celebrarlo, compró regalos para todos. Antes de que pudierais decidir qué hacer con la joya, al día siguiente os la robaron. Fue un shock emocional para todos, en especial para tu madre, que unos años después, murió.

Más tarde, además de dejar una suma de dinero importante por deber y tener a hacienda todo el día encima, un inspector estuvo haciendo muchas preguntas cuando vuestra madre os dejó, acusada de presunto asesinato en contra de su presunto examante. Eso ya fue el colofón de todo el asunto. «¿*Mi madre tenía un amante? ¿Y era una asesina?*». El caso fue sobreseído por falta de pruebas y al estar la sospechosa muerta.

Desde entonces, tu padre nunca volvió a ser el mismo y se quedó herido como aquel pequeño gorrión que encontrasteis una vez. Creo que ninguno de los dos volvisteis a ser la misma persona. Que un ser querido al que crees que amas consiga hacer tanto daño es imperdonable. Nunca pudisteis saber por qué hizo algo así. Mateo, al cerciorarse de la historia, te prometió que con él te sentirías segura y protegida. Tú te agarraste a aquellas frases como a un salvavidas. Pero eran promesas en balde, cenizas, en realidad... Estabas intentando sostenerte en un árbol podrido.

De repente, te sobresaltas cuando se produce una discusión entre dos ancianos. Discuten porque uno le acusa al otro de hacer trampas. Están incluso a punto de llegar a las manos. Una de las auxiliares los separa e intenta tranquilizarlos.

—Perdona, chica, ¿sabes quién ha traído este pastel? —interrumpe tu padre—. Es que tiene muy buena pinta. ¿Puedo probarlo?

—Sí, claro que puedes —respondes con tristeza.

—¿Ves a esa mujer de allí? —te dice.

—¿La señora que está en silla de ruedas?

—Sí. La pobre lleva esperando dos horas para que la lleven al cuarto de baño y para que la asean. Le han dicho que se haga el pipí en el pañal, que ya cuando puedan la cambiarán.

—¡Madre mía! —dices tú, indignada—. ¿En serio? ¿Pero por qué no la atienden?

—Ah, no es culpa de estas pobres muchachas, es que no hay suficiente personal y hacen lo que pueden.

—Ojalá pudiera sacarte de aquí, papá.

—¿Por qué me llamas papá? —dice, extrañado.

—Porque me recuerdas a mi padre —le respondes con una sonrisa amable y los ojos brillantes.

Te despidas de él con pesadumbre y te diriges hacia la recepción, cuando por el pasillo te encuentras con un señor que va hacia ti. Parece enfadado. Intenta hablar lo más bajito que puede:

—Aquí no somos nadie, no tenemos derecho a nada. Solo somos unos viejos, y ni eso, unos números...

—Pascual —le llama la atención una de las chicas—, deje tranquila a esta señora. Vamos, venga conmigo, que aún no le he dado su medicación.

—Los que venimos aquí venimos a morir. —Te coge de un brazo y se acerca a tu oído—. Pero yo prefiero morir en la calle y no me dejan salir, no me hacen caso...

La gerocultora se lo lleva con suavidad de un brazo.

—Encima se piensan que estoy loco... Ya ves.

Te quedas conmovida con sus palabras y tardas un rato en reaccionar.

«Ojalá pudiera cuidar de ti, papá, como tú hiciste conmigo».

No sabes si es esa espalda ancha y tersa lo que te vuelve loca de él o esa sonrisa dulce. ¿O quizás sea esa voz áspera y serena? No sabes qué ha sido exactamente lo que ha hecho un clic en tu interior. Lo que sí sabes a ciencia exacta es que te has quedado boquiabierta y él se ha dado cuenta. Y ahora te está dando una vergüenza increíble.

—¿Se encuentra bien? —dice acercándose, preocupado, Keanu Reeves.
«*Por favor, si hasta huele bien, como una mañana cálida de primavera, madre mía*».

Keanu es el nuevo doctor que te han asignado, que en realidad se llama Saúl Pacheco, pero su parecido con el actor es tan grande que no puedes dejar de pensar en él. Tu antiguo médico se acaba de jubilar y tú solo puedes pensar que qué pena que no se jubilara antes el señor Sebastián Contreras.

—Sí, sí, perdone, me he quedado embobada...
—Ah, es que le estaba hablando y se le ha ido la mirada... Por un momento pensaba que iba a desmayarse —dice sonriendo otra vez.

«*Pues así es, casi me desmayo*».
«*Por dios, ¿puede haber un hombre en la tierra tan guapo?*».

Piensas si es normal sentir un tembleque por todo el cuerpo. Te gustaría fingir un desmayo, tan solo para que te sostuviera entre esos marcados y fuertes brazos que deja entrever debajo de la bata blanca.

«*Pero basta ya, ¿qué me está pasando? ¿Será el brintellix? Será eso. O que se han pasado de miligramos con la vortioxetina. Parezco una adolescente*».

—¿Mía?
—Sí, sí, aquí estoy —dices dando un brinco de la silla.

Saúl Pacheco se pone serio. Sin él saberlo, su atractivo se ha multiplicado por diez.

—Necesito que se concentre en lo que le voy a decir.
—Por supuesto.
Intentas respirar profundo y enterrar un rato la libido.
—En los análisis que le hicieron el otro día ha salido que tiene VPH.
—¿VPH? ¿Eso qué es?
—El VPH es lo que conocemos como “virus del papiloma humano”. Es una infección....

—Ah, ya... Pero... ¿Cómo puede ser? —interrumpes, con incredulidad—. Ese virus se transmite en las relaciones sexuales, ¿no?

—Mayormente, aunque hay estudios que dicen que las uñas y las yemas de los dedos también pueden contagiar el virus.

—Es que yo solo he tenido una pareja en toda mi vida y me parece extraño...

—Bueno, lo que es extraño es detectar este virus en la mujer, porque no produce síntomas y...

—¿Entonces por qué me encuentro mal? —interrumpes.

—Pues...

—¿Y cómo he podido coger el virus? Es que no lo entiendo...

—Si tiene una relación estable, quizás sea su pareja el portador del virus y le ha contagiado. Pero no podemos estar seguros hasta que le hagamos las pruebas a él también.

—Pero de ser así, ¿cómo ha contraído el virus él? ¿Quiere decir que ha estado con otras mujeres?

El doctor se siente algo incómodo e intenta contestarte de la manera más empática posible.

—Existe la hipótesis de que haya tenido otras relaciones, pero no tiene por qué. Puede decirle a su marido que nos pida hora para mirar si tiene verrugas, por ejemplo, en los genitales. Es una señal clave en los hombres...

—Dios mío —te tapas la boca con la mano, alarmada—, pues ahora que lo dice, creo que tiene unas verrugas allí...

Intentas dibujar unos testículos en el aire, pero fracasas en el vulgar intento de explicarte. Aun así, el doctor asiente con la cabeza.

—Bueno... —continuas—, pero no le di ninguna importancia... No sé...

—Las verrugas...

De nuevo interrumpes al doctor.

—¿Y es grave este virus? —dices preocupada—. ¿Qué tengo que hacer?

Saúl suspira antes de contestar. Quizás se ha agobiado un poco con tanta interrupción.

—No, el virus en sí no es grave, pero quiero seguir haciéndole pruebas por los síntomas que muestra: mareo, dolor...

—¿Pero cree que me pasa algo grave?

—Mía, estese tranquila. Mi trabajo consiste en saber lo que tiene el paciente, por eso tengo que seguir haciéndole pruebas; puede que tenga anemia, un problema de tiroides... Con análisis específicos lo veremos más claro.

—Está bien —dices, algo apesadumbrada, pero un poco más tranquila.

Te despides del hombre divino, deseando verlo otro día con mejores noticias.

—¿Mía? —te llama mientras abres la puerta—. Te dejas el móvil

Te recoge el teléfono de la silla.

—Ay, perdone, se me ha debido caer.

Al darte el aparato habéis rozado vuestras manos unos segundos. Se ha producido una sensación agradable a la par que incómoda y te ha parecido que sus mejillas se han sonrojado un poco.

—Que te vaya bien, Mía —dice intentando recuperar su figura facultativa y a la vez una postura seria, pero irresistiblemente sexy. Seguro que ni es consciente de ello.

—Gracias —respondes cerrando la puerta y pillándote medio dedo índice. Ahogas un grito de dolor para no parecer una tonta despistada a los ojos de Saúl. Por fin, al salir a la calle explotas en un aullido descarnado.

«¡Dios, qué dolor!».

Al llegar a casa por la tarde la encuentras hecha un estropicio. Hace tiempo que Mateo llega antes a casa, pero no te explica por qué. Tiene la costumbre de dejar ropa por el sofá. Su armario es como un vertedero donde arroja los jerséis, la ropa interior a dentro, estén limpios o no. Los hace una bola y los tira como una pelota. Luego, tú los tienes que ir pescando como si fueran minas de suciedad. Además, come y no tiene la decencia de fregar sus propios platos. Solo te falta llegar muerta de trabajar para hacer más cosas. Nunca te ha ofrecido ni una miserable ayuda.

Resoplas mientras miras al gato dorado de la suerte, de la estantería, como balancea una de sus patitas.

Mateo se está cambiando de ropa. Acaba de salir de la ducha y ha dejado una pila de toallas y ropa sucia en el suelo.

Le explicas que has ido al médico y que te han dicho que tienes el virus del papiloma humano. Sin dejar que te acabes de explicar, se enfada contigo.

—¡Lo sabía! ¡Has estado con otros hombres! —te grita—. Y ahora por tu culpa seguro que yo también estoy infectado.

Rezuma mal humor por todos sus poros. No puedes creer que te esté juzgando de nuevo y sin dejarte explicar. Se acerca hacia ti lleno de rabia y te arrincona contra la pared de la habitación.

—¿Con cuántos te has acostado, eh?

Su cara está a tan solo un centímetro de la tuya. Se te acelera el corazón. No estás preparada para un nuevo ataque.

—¡Serás insolente! Deja que te explique... El médico dice que el virus no tiene por qué haberse transmitido sexualmente —consigues decir—, y que tú también deberías ir al médico por lo de tus... verrugas.

—¿Mis verrugas?

—Sí, esas verrugas que tienes en los genitales. A lo mejor eres tú quien me has contagiado —te atreves a decir recuperando la compostura.

Te apartas de su lado como puedes y te diriges hacia el salón. Él te sigue.

—¿Qué es lo que quieres decirme?

—Lo que quiero decirte es que yo nunca te pido explicaciones, pero apareces muchas veces tarde por casa, e incluso borracho. Y encima te atreves a juzgarme a mí. ¿Cómo sé que no eres tú el que has estado con otras personas? Estoy harta de que me juzgues y me trates peor que a un felpudo. Se acabó. Ya no puedo más. Quiero que te vayas de casa.

Se pone a reír de manera perturbada y te vuelve a gritar.

—¡No me hagas reír! ¿Tú dejarme a mí? ¡¿Qué me vaya de casa!?! ¿Acaso te has vuelto más loca de lo que estabas?

Se acerca a ti y te coge del pelo.

—¡Déjame en paz! —le gritas.

Intentas apartar sus manos de tu melena.

—La casa es mía, todo es mío.

Su cara enrojece por momentos, como si fuera un perro con rabia. Pareciera incluso que le saliera algo de espuma por la boca.

—Tú eres de mi propiedad. ¿Lo entiendes?

—Eres un cerdo, un fracasado... ¡Un maltratador! —le gritas—. Un cobarde que solo se atreve a hacerles daño a las mujeres.

Con la mano que tiene libre, te acaricia la cara mientras te habla. Tiene los ojos salidos de sus cuencas. Te entra un escalofrío por todo el cuerpo.

—Te voy a enseñar modales y cómo debes tratarme a partir de ahora.

Te golpea con vigor en la cara y en el estómago. Caes al suelo, derrotada, encogiéndote del dolor. Le suplicas que pare, pero te responde con varias patadas en el abdomen. Durante unos segundos te quedas sin respiración. Su mirada te penetra mientras agonizas. Su gesto es casi inanimado, como el de una piedra.

Te levanta del suelo y te vuelve a coger del pelo. Te golpea la cabeza tan fuerte contra la pared, que te caes y te desplomas contra la mesa de cristal que acaba haciéndose añicos.

No consigues levantarte. Solo te parece oír el timbre de casa con insistencia. Después, todo se queda en silencio. Un telón negro.

Te despiertas algo aturdida y con un terrible dolor de cabeza, en el hospital. Tienes una parte de la cara amoratada y varios cardenales por el cuerpo. Te han tenido que ir quitando, además, varios trocitos de cristal que se te clavaron en la carne al caer sobre la mesa. Al abrir los ojos, Mateo te recibe con una tierna sonrisa.

—Hola, mi amor. ¿Cómo estás? —te pregunta acariciándote una mano.

El pulso se te acelera y el miedo se apodera de ti.

Intentas gritar y darle al interruptor de emergencia, pero él te lo impide. Te tapa la boca con la mano.

—Si dices algo, juro que mato a tu padre y después iré a por ti —te susurra al oído.

Lo miras en silencio, aterrorizada. Sabes que es capaz de hacer algo así.

Al poco, aparece una médica para ver cómo estás. Es una señora mayor con el pelo completamente blanco.

—¿Me puede dejar a solas con ella? —le dice la doctora.

—Claro —le responde sonriéndole y apretándote la mano con fuerza.

Sus ojos te miran amenazantes antes de irse.

—Voy a hacerle unas preguntas, ¿de acuerdo? Necesito que me explique de forma detallada cómo se ha hecho todos esos golpes, para redactar el informe.

—¿Qué informe?

—Tengo que hacer un parte de las lesiones que ha sufrido.

—Ah, no hace falta. ¿Un parte? —dices nerviosa—. Fue un accidente doméstico.

—¿Cómo dice? ¿Un accidente doméstico le ha ocasionado acaso una ruptura del coxis, contusión muscular, fracturas, hematomas...?

—Pues sí. Estaba... —No consigues inventarte algo coherente—. Estaba limpiando los cuadros, encima de una silla, cuando llamaron al timbre y, del susto, me di un golpe contra la pared, perdí el equilibrio y caí hacia el suelo, con la mala suerte de desplomarme encima de la mesa...

—Mire —dice la doctora quitándose las gafas—, llevo mucho tiempo viendo casos... Y esas lesiones no son producidas por un accidente así. Mi deber como profesional es hacer un informe detallado de las lesiones, tanto si me da su consentimiento o no. Y tengo que informar a las autoridades judiciales...

—No lo haga, por favor —le imploras también con la mirada, llorando.

—La podemos ayudar... —Dice la mujer acercándose un poco más a ti, con suavidad. Te mira con dulzura, esperando una respuesta.

—Fue un accidente, créame.

La doctora, después de un rato sin recibir una respuesta más clarificadora, se marcha arrugando la nariz y te quedas con la duda de si hará el parte o no.

Mateo ya se ha ido del hospital, no ha vuelto a aparecer por la habitación. Aun así, el miedo no te ha dejado dormir en toda la noche.

Un día después recibes el alta. Decides quedarte en casa de tu padre, no puedes volver con ese monstruo.

Te exaspera pensar que has estado tantos años aguantando a un maltratador. Odias que te haya hecho sentir siempre culpable por todo. Sabe cómo manipularte. Te sientes mal por haber aguantado las mismas cosas tantos años: primero te agrede, luego aparece como un *corderito*, que quiere cambiar, y finalmente vuelve a hacerte chantaje y a atacarte.

Al entrar en tu vieja casa huele a cerrado. Abres las persianas y alguna ventana, para que entre un poco de aire. La casa de tus padres está decorada con muebles clásicos, de madera de roble y de caoba. Todo está igual, como si el tiempo se hubiera detenido. El mismo cuadro del gran canal de Venecia con góndolas, colgado en la pared encima del sofá. Y el ficus del rincón, que ahora se ha marchitado. Las fotos de los tres en la vitrina del comedor, junto a las copas de cristal.

Abres el antiguo armario de tu habitación, para cambiarte de ropa. Aún tienes algunas viejas prendas de vestir allí. Con un poco de suerte todavía te irá la talla.

Pones a cargar el teléfono, porque la noche anterior te quedaste sin batería. Tienes algunos mensajes de Flora, de esta mañana. También tienes mensajes de él, del día anterior. Los primeros, son de arrepentimiento. Te dice lo mucho que te quiere y te suplica que no lo dejes. Los demás son de una índole más amenazante.

«Coge el teléfono inmediatamente, zorra. Quieres hacerme sufrir, ¿verdad?».

«No pienso dejar que vivas sin mí. No puedo estar sin ti ni tú sin mí. Estamos hechos el uno para el otro. ¿Quién te va a querer mejor que yo?».

La esclavitud existe, aunque no estemos en el siglo diecisiete. Y existen los esclavos. Y existen los que les gusta mandar a los esclavos y disfrutan con ello. Porque les gusta el control y poseer a alguien. Hay una cierta violencia casi imperceptible, aparentemente diplomática, en este tipo de personas que obligan a otras a hacer cosas en contra de su voluntad. Saben hablar tan bien, con esas palabritas de diseño, que incluso uno duda a veces de si debería darles las gracias por trabajar más de ocho horas con un sueldo mediocre, en vez de quejarse. De sus bocas sueltan vocablos como “integración”, “coaching empresarial”, “rendimiento”, “despido”. Siendo la última palabra la más usual. Es una manera creativa de coaccionar.

Los locos pierden los papeles cuando les hacen abandonar su dignidad, por eso son tan frágiles.

Cuando un esclavo se atreve a decir la verdad, en el amo se produce un cataclismo. El amo se enfurece e intenta buscar diferentes estrategias para no perder su poder. Pero el esclavo se rebela y descubre que quiere ser libre, como en el mito de la caverna de Platón. Sus ojos y su mente, acostumbrados a la oscuridad de la cueva y las sombras que perciben de la poca luz que entra, creen que solo hay esa realidad. Hasta que un día, alguien se desencadena y va al mundo exterior. Poco a poco sus ojos se irán acostumbrando a la luz y experimentará que hay más mundo allí fuera, más rico y mejor.

Eso hará algún día el esclavo, aunque el amo se enfade.

Hoy, cuando te has levantado, has tenido un mal presagio. Incluso te has recogido el pelo y te has vestido de negro, como si tuvieras que ir a un funeral.

Es sábado. Han pasado dos semanas desde que estuviste en el hospital, pero a ti te parece que fue ayer. Has adelgazado unos cuantos kilos, los pantalones se te caen. Tienes la sensación de que no puedes ir todo lo rápido que quisieras, como en aquella pesadilla que uno quiere correr para alcanzar la meta, pero no llega nunca. En cambio, el mundo a tu alrededor gira a toda velocidad.

De manera casi autómatas enciendes el motor del coche y te diriges al trabajo, recorriendo las calles de siempre. Al llegar, te colocas tu infructuoso traje y te dispones a coger el carro de limpieza, cuando observas que en el calendario te han cambiado tu fiesta de domingo para el martes, sin previo aviso. Enfadada, te diriges al despacho de Flora. Te vuelve a sorprender tu impulsividad, a sabiendas de que en otra ocasión te hubieras encerrado a limpiar, dejando correr las lágrimas de la impotencia. Pero desde hace una semana te está empezando a dar igual cómo reaccionan las personas y estás aprendiendo a vaciar ese depósito tan lleno que tienes. Quizás así lo puedas comenzar a desatascar.

Llamas a la puerta, aunque está abierta. Flora está sentada en una silla, tomándose un café

mientras lee el periódico. Levanta la vista de la lectura, impasible.

—Necesito hablar contigo.

—Mía, deberías volver al trabajo, si quieres, hablamos a las cinco.

—No puedo esperar hasta las cinco.

A Flora le sorprende tanto que hayas aprendido a contestar, que se mueve incómoda de la silla.

—¿Cómo?

—Lo que oyes: ¿Me podrías explicar por qué me has cambiado la fiesta de mañana para el martes, sin ninguna explicación?

Flora sigue moviéndose irritada y alza más la cabeza para ver si así llega a tu altura.

—No tengo que darte explicaciones. A veces hay que hacer cambios.

—Pero esa fiesta la pedí hace cinco días, porque es el cumpleaños de mi padre, no hay derecho que la cambies sin ninguna justificación.

—Lo que no hay derecho es que estés aquí perdiendo el tiempo y no estés en tu puesto de trabajo.

—No me puedes quitar mi fiesta y no darme una explicación.

—Sí que puedo.

—Eso es abuso de poder.

—¿Qué?

—Piensas que puedes hacer con nosotros lo que quieras, como si fuéramos piezas de ajedrez, pero somos personas, y las cosas hay que justificarlas. Podrías decirme, «Mía, es que mañana hay muchas entradas de clientes, por ejemplo» y entonces, aunque me sepa mal, lo entendería. ¿Es ese el motivo?

—No. No es eso. No me acordaba de que habías pedido el domingo de fiesta y ya lo he planificado así. Además, no tengo por qué darte una explicación.

Se te queda la cara petrificada, pero intentas respirar y volver a la conversación con un tono sereno:

—Pues ahora que te lo estoy recordando, ¿podrías modificarlo de nuevo, por favor? Necesito el domingo.

Solo te ha faltado ponerte de rodillas.

—Ahora ya es demasiado lío, todas ya saben sus fiestas y sería muy confuso.

Notas que el corazón se te acelera.

—Pero eso es injusto y me hace sentir frustrada. Para mí el domingo es un día especial, importante. Si no fuera así, no te hubiera molestado.

Flora te mira sin cambiar su gesto y sin ningún escrúpulo, te dice:

—Yo no puedo hacer nada de cómo te sientas...

—Sí que puedes, haciendo bien tu trabajo, tratando a la gente con más igualdad, siendo

más objetiva y justa.

Flora se levanta con impetuosidad de la silla, tirando el café del revuelo.

—¿Tú me vas a decir cómo tengo que hacer las cosas? ¿Es que estás loca?

—No, claro que no, yo no soy la gobernanta, como ya me dijiste un día, no tengo derecho a decidir, pero sí tengo derecho a no estar de acuerdo.

Te giras dejando resonar tus palabras en el aire y sin darle derecho a réplica.

Cierras la puerta y te vas a tu puesto de trabajo, agobiada y con una decepción galopante.

Coges tu kit de limpieza y le das al botón de apertura del ascensor. Esperas unos segundos para que se abra. Justo cuando vas a entrar, Flora se mete contigo. La situación no puede ser más violenta. Las dos solas en un espacio tan reducido que puedes sentir su aliento, y más cuando abre la boca para decirte:

—Que sea la última vez que me hablas así y me dejas con la palabra en la boca. Ya puedes ir pidiéndome disculpas.

La observas por un momento, pero no consigues responder nada. Miras hacia un lado. Tu propio reflejo en el espejo de los laterales del ascensor te agobia. Por fin, llegáis a la primera planta y el ascensor se para y se abre.

—No voy a pedirte disculpas por reivindicar mis derechos.

Ella se sobrecoge. La tienes descolocada con tus respuestas. Antes de que te pueda debatir nada, la vuelves a sorprender.

—Si me permites, tengo muchísimo trabajo —dices arrastrando el carro de limpieza fuera del ascensor—, a menos que también quieras acompañarme.

Flora te mira con cara de asco mientras sigues caminando por el pasillo a toda prisa. Te consuela más estar limpiando váteres que enfrentarte a ella.

De lejos se oye a Flora decir indignada y furiosa:

—Esto no quedará así...

Te metes dentro de una de las habitaciones desocupadas. Te colocas tus guantes de goma y de forma casi agresiva te dispones a frotar los azulejos de la ducha. Frotas y frotas sin parar. Estás a punto de explotar de rabia, las lágrimas están contenidas, rehenes en las cuencas de tus ojos, no resistirán mucho más. Brenda, que lo ha oído todo, te da un toque suave en el brazo. Te giras, enfadada, como si quisieras gritarle, pero te encuentras con unos brazos abiertos y una amable sonrisa. Te abraza.

—Ya sigo yo. Ve un momento a la terraza, coge aire, respira...

La humillación es uno de los peores sentimientos que puede experimentar un ser humano. No recuerdas cuándo fue la primera vez que te sentiste humillada, pero sabes que son demasiadas. Como aquella vez que te hicieron poner un vestido de flores con doce años para una fiesta, mientras que las demás chicas iban vestidas con tejanos modernos y se reían de ti.

O aquella otra vez, cuando Mateo les dijo a sus amigos delante de tus narices que estabas

como una regadera, pero eras útil en lo doméstico y en la cama.

Todas aquellas veces que te han roto el corazón y lo has tenido que pegar pedazo a pedazo. Todas aquellas noches de llantos y quebraderos de cabeza.

Aquella primera vez limpiando un váter ajeno y un vómito, sin que nadie te hubiera enseñado ni dado tu pack de limpieza.

A las cinco te vas a casa, con rapidez, no vas a ver a Hanz. Tienes una llamada perdida de la residencia donde está tu padre, pero cuando ibas a llamar te has quedado sin batería.

Ese mal presentimiento sigue ahí. «Quizás sea una tontería», te dice tu cabeza. «Seguro que me llaman para que le traiga algún jersey o que otra vez ha vuelto a insultar a alguna enfermera. Sí, será eso». Conduces a toda velocidad saltándote un stop. Has estado a punto de chocar con un camión. Aparcas delante de casa en busca del cargador. La residencia está algo más lejos.

«Mierda, ¿dónde está el cargador?». En la cocina. Estás nerviosa. Te tiemblan tanto las manos, que no atinas con el enchufe. Has tenido un día de mierda. Por fin consigues conectar el cable. No lo cogen. Tardan un rato en contestar. Te pasan con la directora.

—Mía, lo siento mucho, tu padre ha muerto. Creemos que ha sido de un infarto al corazón...

Sientes un hormigueo recorriéndote todo el cuerpo. «Era un presagio. Era un presagio».

—¿Mía?

Cuelgas. No eres capaz de contestar. La cabeza te da vueltas.

Al rato te suena el móvil. Tienes un nuevo mensaje. Otra vez él:

«Unos policías me han estado haciendo preguntas. ¿Estás contenta? Te dije que no dijeras nada. Esto lo has provocado tú».

«¿A qué se refiere con que esto lo he provocado yo? ¿De verdad ha matado a mi padre?»

Has dejado caer el teléfono de las manos. Rota de dolor te has derrumbado en el suelo en un llanto ahogado. La impotencia, el miedo y la rabia se mezclan para devorarte por dentro.

«¿Con qué clase de persona he estado viviendo? ¿A quién pido ayuda?».

Las horas han ido pasando y tú te has quedado echa un ovillo sobre el suelo frío de la cocina. Sin moverte, angustiada.

Al fin, consigues levantarte de nuevo y te sientas en el sofá del salón. No sabes a quién llamar, el único nombre que ahora te viene a la cabeza es el de Hanz. Son las siete de la tarde, como buen alemán que es, seguramente, estará a punto o acabando, de cenar.

No te lo piensas. Coges el teléfono, marcas el número, esperas los tonos de llamada hasta que escuchas su voz:

—Mía —responde alegre Hanz al descolgar el teléfono.

Nada más oír la voz de Hanz te vuelves a derrumbar. Te cuesta articular palabra, tienes un nudo en la garganta.

—¿Qué pasa, Mía?

Se oye de fondo un bullicio de gente charlando. Probablemente, esté en el comedor del hotel.

—Ha pasado algo, Hanz... —te atreves a decir.

—¿Qué ha pasado, Mía? No tienes buena voz...

—Por teléfono no puedo explicarlo... —realizas una pausa para coger aire, para ser consciente de las palabras que dirás a continuación—. Mi padre ha muerto...

Te cuesta retener el llanto.

—Dame tu dirección, que voy para allá... —dice Hanz, expeditivo.

En unos pocos minutos, que a ti se te hacen eternos, Hanz, se planta en casa de tu padre, tu nueva residencia. Le ha trasladado un Uber. Su atuendo turista es inconfundible: sandalias con calcetines largos y una camiseta de fútbol del Bayern Múnich.

Nada más entrar por la puerta, te abraza fuerte como lo hacía tu padre. Unos segundos después, al separaros, te sonríe y se mete una mano en uno de sus bolsillos del pantalón. Te ha traído unas chocolatinas del hotel.

—Son para animarte... Siento mucho la muerte de tu padre.

Incluso en momentos así es capaz de sacarte una sonrisa.

Lo invitas a sentarse, quitando todos los pañuelos de papel desperdigados por todas partes del sofá, que has estado dejando cada vez que te sonabas la nariz.

—Estás temblando, Mía...

—Sí, tengo frío —dices mientras te tintinean los dientes.

—Pero si afuera hay treinta grados...

—Creo que tengo fiebre.

—Bueno, tú estírate aquí en el sofá, pediré algo de cena, que seguro que no has comido nada... Y luego te vas a dormir un poco...

—Hanz...

—Qué...

—Han matado a mi padre...

—¿Por qué dices eso? —te toca la frente para comprobar la temperatura.

—Ha sido él.

—¿Quién?

—Mateo.

—¿Tu marido?

—Sí...

—Pero, Mía... No sé por qué dices eso. Iré a buscar el termómetro.

—¿Por qué no me crees?

Empiezas a llorar de nuevo. Hanz se pone nervioso. Las lágrimas de una mujer siempre han sido su debilidad.

—Vale, no quiero que llores, te creo. ¿Pero por qué tu marido iba a matar a tu padre?

—Mateo está loco... Mira... —Le enseñas las cicatrices del abdomen.

Hanz se queda atónito al ver las heridas.

—Pero me dijiste que las señales de la cara, las fracturas, los morados... Eran debido a un accidente...

—¡Era mentira! Me amenazó con que si decía lo que me había ocurrido mataría a mi padre... Y me inventé que había sido un accidente, pero aun así creo que aquella doctora hizo un parte de lesiones... Y él...

No puedes acabar la frase. Intentas ahogar el llanto.

—Uf —suspira Hanz, empezando a creer que es cierto que Mateo está loco.

Se frota la barbilla con el gesto pensativo y preocupado y suelta:

—Si fuera más joven, le iba a enseñar cómo se trata a una mujer, será mezquino...

Beschissen!

—Mira el mensaje que me ha enviado.

Le enseñas el mensaje de texto que te envió hace unas horas amenazándote.

—Hay que ir a la policía. ¡Es un maltratador y un psicópata!

—Eso puede empeorarlo todo... Es un asesino. ¡Ha matado a mi padre! Seguro que me está vigilando... Tanto si me cree la policía, como si no... ¿Cómo sé que no le harán nada a mis conocidos, después de lo que le ha hecho a mi padre?

—Bueno, yo... si quieres te pago algún viaje a cualquier lugar... Donde quieras... ¿Bali?

—No podría aceptar que me lo pagaras...

—Sí podrías, porque yo también me iría contigo.

Sonríes.

—Nos vamos de aquí una semana... Y dejas ese horrible trabajo donde te tratan mal. Te mereces algo mejor, te lo digo siempre.

—A Flora le daría algo.

—¡A tomar viento con Flora! Qué mujer más amargada... Me recuerda a una de las primeras gallinas que tuve, atacaba a las demás gallinas, incluso se comía sus propios huevos. Hasta que la pillé comiendo a otra gallina. Al final, tuvimos que sacrificarla.

—Madre mía...

«*Alguien debería sacrificar a Flora, pues*».

—Y entonces qué haré... ¿Huir toda la vida?

—No es huir, es protegerse y descansar, para pensar en un futuro mejor.

—Pues no es mala idea...

—Sí, ya lo hablaremos... Pero ahora descansa que mañana te espera un día duro. Y ya pensaremos qué podemos hacer.

El funeral de tu padre se celebra un domingo, en la más estricta intimidad, así como lo has demandado. La iglesia es pequeña y oscura. El olor a incienso te transporta al entierro de tu madre. Esos olores siempre te van a recordar a personas queridas que ya no están. También llovía el día en que tu madre os dejó.

Solo está la familia más próxima y algunos de tus amigos, Laia, Iago y Míriam, a los que hacía tiempo que no veías, porque Mateo no te permitía verlos. Ahora eres aún más consciente de que has estado viviendo en una jaula.

Verónica está a tu lado abrazándote. Hacía semanas que no os veíais porque siempre estaba ocupada y muchas otras veces te ponía excusas ridículas. También ha venido Hanz, que no soporta verte triste y te ha traído un paquete de tabaco de los suyos por si quieres relajarte. Él siempre tan amable y con su sentido del humor.

El sacerdote empieza con toda la liturgia programada. Respiras con impotencia mientras miras el féretro de tu padre. Buscas un pañuelo para sonarte, pero con torpeza se te cae el paquete en medio del pasillo. Te giras para buscarlo y, al recogerlo observas que a lo lejos un rostro te mira lleno de cólera. Es Mateo. Te pones nerviosa y tropiezas con la correa del bolso. Caes al suelo, haciéndote un daño terrible en el coxis, puesto que aún no estás recuperada. El cura para un momento de hablar y te mira para saber si estás bien. Tú no sabes qué contestar, pero le haces una señal para que siga. Verónica y Hanz te ayudan a incorporarte. Ella te dice al oído que por qué no está Mateo a tu lado.

—Pobrecito —continúa—, me llamó ayer muy apenado porque dice que te estás viendo con otro hombre y que encima lo estás llamando cada día para restregárselo. ¿No te estás pasando un poco?

—¿Qué? —respondes alterada— ¿Y tú te crees todo eso?

—Bueno, me pareció sincero cuando me lo explicó.

Tú la miras con resentimiento, no puedes creer que sea tu amiga. Hanz que lo está oyendo todo, manda callar a Verónica y se coloca en medio de vosotras dos.

Al acabar la ceremonia, caes en la cuenta de que Mateo se ha ido. Aun así, le pides a Hanz y a tus amigos que te acompañen a casa de tu padre porque te horroriza ir sola. Verónica se

ha desvinculado y se ha ido de allí, ofendida. Hanz se despide de ti al ver que ya estás en la buena compañía de Iago, Laia y Míriam.

Iago y tú os conocéis desde que teníais diez años. Es el único amigo que le caía bien a tu madre, porque además de guapo y tener una mirada cálida, siempre ha sido un chico que se deja querer. Tiene ese don. También es muy sociable y tiene mucha labia. Suele dejar embobada a la gente gracias a sus respuestas ingeniosas o elaboradas. No lo ha tenido fácil en la vida. Se crio solo con su madre porque su padre sufrió un grave accidente de tráfico cuando él tenía solo cinco años. Vivían en un piso pequeño, en una zona residencial muy pobre. Él siempre ha trabajado y estudiado a la vez, sin disponer de mucho tiempo libre. Mientras que otros jóvenes en la universidad disfrutaban del ocio por la noche, él servía copas en el bar del campus. Pero con mucho esfuerzo y dedicación, finalmente se sacó la carrera de Derecho. Tu madre, que lo adoraba más que a ti, le consiguió un puesto de trabajo en su bufete. Te supo mal que por culpa de Mateo os distanciarais. Erais muy amigos. Y quién sabe si con el tiempo hubiese acabado pasando algo más entre vosotros. Eso nunca lo pudisteis comprobar, puesto que ninguno de los dos nunca estaba soltero para poder constatarlo. Durante una buena época estuvo saliendo con Laia, que también se hizo amiga tuya. Era complicado no serlo, pues siempre te ha parecido una gran persona, dulce, divertida, además de preciosa con unos ojos azules de princesa de cuento.

Y por último está Míriam, a quien conociste más tarde, en una clase de repostería. Aunque ella, en realidad, estaba estudiando filología inglesa en la Universidad. Se apuntó a algunos cursos de cocina, como hobby. Viene de una familia acomodada y podía permitírselo. Es un poco más mayor que vosotros. Tiene mucho carácter y siempre te dice las cosas claras. Pero, aunque parezca algo arisca a veces, en realidad es un trozo de pan. Y la más sabia de los cuatro. Siempre intenta poner orden. Como si fuera vuestra madre.

Te reconforta tenerlos de nuevo a tu lado y que, a pesar de haberlos ignorado todos estos años, te sigan apoyando y ofreciéndote su consuelo.

Iago te abraza fuerte y los demás hacen lo mismo.

Han estado cuidando de ti, haciéndote la comida y mimándote. No te han pedido explicaciones, solo saben que Mateo no te trataba bien y que ya no estáis juntos.

Te parece extraña esa gratitud, casi se te había olvidado que existe gente así.

—No vamos a dejarte sola, ¿me oyes? —te dice Míriam, tan seria y tierna a la vez...

Míriam ha seguido viéndote de vez en cuando en el hotel, para no perder el contacto, o enviándote mensajes por Navidad.

Abrís una nueva botella de vino tinto. Aunque te sientes arropada, no puedes dejar de llorar. Sientes pena por la muerte de tu padre y pena de haber desperdiciado tu vida con un tipo como Mateo.

—Me alegra que al menos ese tipejo ya no esté contigo. Es muy tóxico —pronuncia Iago.

—Sí, te tendríamos que haber secuestrado y alejado de él —añade Laia, cogiéndote de la mano.

Después de comer se van, pese a la insistencia de querer quedarse contigo a pasar la noche.

- Tranquilos. Estaré bien. Voy a dormir un poco, estoy agotada...
- De acuerdo, pero no pararemos de llamarte —te amenaza divertida, Míriam.
- Vamos a ser tu sombra —se ríen Iago y Laia.

Te has quedado dormida en el sofá un par de horas. Unos sueños extraños te han sobresaltado. El cucú del antiguo reloj del comedor te ha acabado de despertar.

Tu mirada, confundida, se posa un buen rato sobre el viejo chifonier. El recuerdo de los álbumes familiares dentro de un cajón de ese mueble te viene a la cabeza. La curiosidad te tienta. Te levantas para ver si las fotografías continúan aún allí. Con nostalgia, compruebas que siguen estando en el mismo lugar, dentro de la misma bolsa roja de terciopelo. Coges un par de álbumes, te vuelves a sentar y abres uno de ellos. Parecíais tan felices... En una de las imágenes, tu madre te sostiene en brazos mientras te mira con ternura. ¿Tendrías seis meses? ¿Por qué dejó de mirarte así? Te apena que su personalidad histriónica acabara con todo lo que podría haber sido mágico.

Más tarde, te duchas. Dejas que el agua recorra lentamente todo tu cuerpo. Te vistes con unos viejos tejanos y una blusa verde que dice *dolce vita*, de la época en que trabajaste como pizzera. Estás usando la poca ropa que dejaste hace años en la casa, aunque algún día deberías ir a tu antigua casa para recuperar no solo tu ropa, sino otras cosas de valor. Tendrás que intentar entrar cuando Mateo no esté.

Decides ir a buscar una pizza. El restaurante está cerca, solo a una calle de tu casa. Estás leyendo la carta cuando oyes que una voz te reclama por detrás.

—¿Mía?

—¿Doctor?

—Ay, llámame Saúl, por favor. Podemos tutearnos.

Torpemente, os intentáis dar dos besos que acaban siendo un golpe contra la frente del otro. Al final os dais la mano, de manera más formal.

La situación es extremadamente incómoda.

—¿Qué tal? —te mira como si te hiciera una radiografía médica—. No tienes muy buen aspecto, ¿te encuentras bien?

—Se ha muerto mi padre y hemos celebrado hoy su funeral —respondes con aflicción.

—Ostras, cuanto lo siento... Soy un lince metiendo la pata.

—No te preocupes.

—Por cierto —dice con rapidez, con la pretensión de cambiar de tema—, me dijeron que hace unos días no te presentaste para hacerte las pruebas que acordamos.

«*Me entenece y enloquece que se preocupe tanto por mí*».

—Es que... Tuve un accidente y entre una cosa y otra, se me pasó...

—Vaya, lo lamento —hace una pausa—. De todas maneras, cuando te recuperes, es

importante que te hagas esas pruebas.

—Claro, lo haré —le sonrías.

—¿De qué la quieren? —os pregunta el camarero.

—Ah, no, cada uno va a pedir su pizza —respondéis los dos al unísono.

Saúl pide una de beicon y tú de atún.

—¿Y tu marido tampoco fue a hacerse pruebas?

—No lo sé —dices incómoda—. Ya no estamos juntos.

—Perdona —se excusa él, notando tu desagrado—. Hoy no es mi día.

Se rasca la cabeza, fastidiado. Te ríes para quitarle importancia. La verdad es que te encanta que hayáis coincidido en esta pizzería. Es tan atractivo y agradable hablar con él, que hace que tu tristeza no sea más que una nube transitoria que se desvanece.

—Oye, quizás parece un poco atrevido, pero... ¿Y si comemos esa pizza juntos, aquí? Así te invito y te compenso mi metedura de pata.

—No me apetece quedarme aquí.

—De acuerdo, no pasa nada. Perdona mi atrevimiento, no sé en qué estaba pensando... Tu padre acaba de fallecer y yo... ¡Qué vergüenza!, perdona —dice excusándose de nuevo unas cuantas veces.

—No he dicho que no. Digo que no me apetece el lugar, pero sí la compañía... ¿Qué tal si vamos a mi casa? Vivo a una calle de aquí, bueno, en realidad es la casa de mis padres. Me vendrá bien hablar con alguien —dices señalando los edificios que se perciben a lo lejos.

Saúl sonríe con timidez percibiendo en ti un aura de sensualidad y melancolía a la vez.

Cuando llegáis a casa te disculpas por el desorden. Recoges de inmediato las botellas de vino y algunos de los vasos que se han quedado olvidados en la mesa del comedor.

Saúl, que sigue aún plantado en el recibidor, deja por fin las pizzas sobre la mesa que acabas de limpiar.

—Espera, te ayudo —te dice mientras te recoge las copas de las manos.

Su roce es tan intenso que se te ha erizado toda la piel del cuerpo. Has notado un cosquilleo en la barriga. Os miráis unos segundos con intensidad. El momento es irresistible. Y exquisito. Sin pensártelo dos veces le das un beso y él te responde aún con más energía. Notas su excitación. De cerca aún te parece más atractivo que Keanu Reeves. Os apresuráis por quitaros la ropa como si alguien os hubiera puesto un cronómetro. Una sensación de electricidad te recorre el cuerpo.

Los besos y las caricias son tan cálidas que sirven de bálsamo para sanar el dolor físico y emocional que estás sintiendo.

Os abrazáis sin prisa, sintiendo el corazón uno del otro. El roce de las manos contra vuestros cuerpos. Notas que él se preocupa por tu disfrute y no recuerdas cuánto tiempo hace de la última vez que eso pasó y si pasó alguna vez. No llegáis hasta el final, pero igualmente ha sido un momento intenso.

Después del apasionante instante os relajáis en el sofá mientras os coméis las pizzas frías y el vino reposado que tan bien os está sentando.

Al comer el primer trozo de pizza y beber el primer sorbo de vino rompes el silencio:

—No suelo hacer esto.

—El qué.

—Lo de liarme tan rápido con un tío que apenas conozco...

—Pues ahora que lo mencionas, yo tampoco. ¿Pero sabes? Creo que te ha ido bien. Es bastante común que después de un entierro, donde hay dolor tanto físico como emocional, se experimente deseo —dice Saúl metido en su papel facultativo—, puesto que nuestro cuerpo libera endorfinas. De repente vemos la muerte tan cerca, que deseamos con fuerza vivir. Y el deseo... es vida. Así que la excitación durante un duelo es normal.

—Entiendo. ¿Entonces solo me ha ido bien a mí? —le dices guiñándole un ojo.

La sangre se le agolpa en las mejillas. Os echáis a reír.

—Me he fijado antes en las pequeñas cicatrices de la espalda y algunos cardenales... ¿Son del accidente que dices que tuviste?

No sabes qué contestar, pero al final le dices la verdad. Le explicas el maltrato sufrido por parte de Mateo durante estos años y que esta última vez ya fue la gota que colmó el vaso. Y que por ello estuviste ingresada en el hospital.

—¡Pero denúncialo!

—No es tan fácil. Hace años intenté poner una denuncia en una comisaría, porque me pegaba, me revisaba el móvil cada día, me espiaba, no me dejaba salir de casa cuando quería, como si fuera una esclava...

—¿Y qué pasó?

—Que no me creyeron. No tenía muchas marcas de que me hubiera golpeado, porque esperé bastantes días, por culpa del miedo, y se rieron de mí cuando les conté que no me dejaba salir de casa, «Pues ahora sí que está aquí usted, nadie la retiene, ¿no?».

—Uf —resopla Saúl—. Esto que me cuentas es muy grave. Iremos a otra comisaría. Ahora están cambiando las cosas... Yo te acompañaré, no estás sola.

—Saúl, te lo agradezco. Pero verás, no quería contártelo por esto mismo... Si Mateo se entera de que me he acercado a la policía, podría pasarte algo a ti o a mis amigos... Como a mi padre.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Creo que es el responsable de su muerte.

Le enseñas el móvil con los últimos mensajes.

—¡Pero esto hay que denunciarlo, Mía! Son amenazas graves. Seguro que ganarías el juicio.

—Mateo es peligroso. Y si denuncio, podría matar a las personas que quiero, e incluso a mí... Le divierte hacerme daño.

Se hace un largo silencio. Saúl no sabe qué decir. Te enciendes uno de los cigarrillos que te trajo Hanz en el funeral.

—Bueno, no quiero agobiarte con el tema, pero no puedes vivir con miedo. Tienes mi apoyo. Cuando estés decidida a actuar me lo dices.

—Actuaré, pero aún no sé cómo. De momento, he pensado en marcharme algunas

semanas de aquí, en cuanto pueda ...

—Espero que no sea para siempre.

Le sonrías.

—Pues no lo sé. Creo que quizás no tenga otra solución.

Se produce otro silencio. Te levantas para retirar los platos y vasos de la mesa. No es que te incomode la presencia de Saúl, pero necesitas volver a estar sola. Y él que no es tonto se ha dado cuenta y ha comenzado a vestirse con disimulo.

—Bueno, yo debería irme ya. Mañana tengo que levantarme muy temprano.

Se pone en frente de ti. Frota su nariz contra la tuya como un gnomo y te obsequia un beso suave.

—Me lo he pasado muy bien. Espero volver a verte... Y si no, al menos escíbeme una postal, ¿eh?

Te ríes.

—Te escribiré, pero sin dirección.

—Qué mala eres...

Justo cuando está a punto de cerrar la puerta, se pone serio y te recuerda:

—No olvides de ir a hacerte las pruebas, ¿vale?

—Sí, doctor —respondes obediente.

Te diriges hacia una de las persianas del comedor que aún siguen abiertas. Te quedas embobada mientras Saúl va caminando por la acera y una media sonrisa se posa en tu cara. Pero de repente, al cerrar las persianas, percibes una extraña sensación, como si alguien te estuviera observando.

«Es él. Dios mío».

Un sudor frío te recorre la espalda. No solo te está mirando, sino que te está desafiando con la mirada. Al instante, después de haber conseguido que te fijes en él, te sonrío con malicia y se pone a andar en la dirección por donde se ha ido Saúl. Se te corta la respiración y el pánico se apodera de ti.

«Tengo que avisar a Saúl».

«Mierda. No he querido que nos diéramos el número de teléfono».

«Y no sé dónde vive».

«¡Seré idiota!»

«¿Y ahora qué hago?»

Sales del coche, exhausta. Caminas arrastrando los pies hacia el hotel. Hace solo una hora que ha amanecido. Sientes la brisa cálida de verano en la cara. Te produce una sensación agradable. Fumas medio cigarrillo y dejas el resto en uno de los ceniceros de pared que hay cerca de las puertas correderas de cristal. Luego, entras con desazón en el templo maldito.

—Buenos días —dices dirigiéndote al fantasma de recepción.

En la recepción trabaja la hermana de Mateo, Raquel, que hace semanas que no te habla. Te acaba de girar la cara, como ya es habitual. Te encanta no tener que volver a verla nunca más por compromiso.

Recoges el carro de limpieza como un androide y te diriges hacia el ascensor. Tu propio bostezo te ha hecho estremecer. Sientes como si tuvieras la cabeza dentro de una pecera, el dolor es insoportable. Incluso el aviso sonoro que indica la apertura del ascensor te ha incomodado.

Este se abre con la lentitud de unas cortinas viejas y al entrar, te encuentras con Hanz.

—¡Mía! Creía que hoy no vendrías a trabajar. Sabes que tienes derecho a un permiso de dos días para ausentarte, ¿no?

—Lo sé, pero Flora me ha dicho que no tenía a nadie más y tenía que cubrir una baja... —respondes con resignación.

—¡Pero que se ha creído esa mujer! ¡Será malvada! ¡Es una serpiente! ¡Una rata! No puede saltarse la ley y hacer lo que le da la gana... ¡Bruja! *Hexe, Ratte, böse Frau...*

Hanz no puede parar de enumerar diferentes calificativos tanto en alemán como en español.

—Tranquilo, Hanz, estoy bien —dices y le das un golpe suavcito en el hombro para que se calme.

—Pobrecita, pero si apenas te aguantas de pie... Deberías irte a casa. Ya hablaré yo con esa bruja... *Böse Frau...*

—No, tranquilo. Solo es cansancio y algo de jaqueca. Ha sido una noche larga y complicada, en todos los sentidos. Bueno, no voy a entrar en todos los detalles —carraspeas sonriendo, algo incómoda—. En resumen, ayer por la noche me encontré con mi médico, Saúl, en la pizzería y... Al final vino a mi casa...

—Oh, *Ja* —asiente Hanz muy sonriente y con complicidad.

—La cosa es que cuando Saúl se fue, me di cuenta de que Mateo nos estuvo espiando y que se dirigía detrás de sus pasos. Al darme cuenta intenté avisarlo, pero, desgraciada de mí, no sabía ni dónde vivía, ni tenía su teléfono.

—Oh, error fatal.

Se abre el ascensor y salís en la segunda planta.

—Error, sí. Porque me he pasado la noche llamando al ambulatorio donde él trabaja, suplicando que me den su teléfono. Obviamente, no han querido. Incluso me he hecho pasar por su mujer. Pero saben que no tiene. Finalmente, he ido en persona y una vez allí, les he dicho que al menos lo llamen y les dejen un mensaje: «Mía Sanz te está buscando, es urgente, ponte en contacto con ella al siguiente teléfono...».

—¿Y qué ha pasado?

—Pues que me he pasado la noche esperando su llamada, pero el sueño me ha vencido. Por suerte, he dejado el teléfono a mi lado y a eso de las seis de la mañana ha sonado y era Saúl. Estaba alterado y apenas comprendía una palabra. Solo he entendido: «¿Estás bien?». Y yo le he respondido: «Estás vivo. Únicamente quería oírte». «¿Pero te encuentras bien?». «Sí, ya te explicaré. Ha sido una noche larga, voy a intentar descansar».

—Menos mal —suspira Hanz.

—Y a las siete me ha llamado Flora.

—Okay, —asiente Hanz con la cabeza—. Veo que necesitas un café inmediatamente. Voy a hablar con Brenda, para decirle que vas a tardar un ratito en llegar.

—No, no puedo hacerle eso a Brenda, pobre...

—Solo será un momento. Estaba a punto de llamarte por teléfono.

—¿Qué pasa?

—Voy a por tu café... Y una aspirina.

Te quita los objetos de limpieza de las manos y los deja en el pasillo.

—Espérame en la cuarta planta. Tengo que explicarte algo gordo.

Tú le obedeces desconcertada. Al cabo de un rato, se presenta Hanz con un café, una bandeja llena de *croissants* y un analgésico.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí? —preguntas en voz baja—. Esta es la planta donde trabajan Ágata y Carolina. Cómo nos vean, me vas a meter en un problema. Ágata es una lagarta.

—Ja. Confía en mí. Ahora no pueden vernos. Están haciendo aquella habitación —dice Hanz señalando una puerta—. ¿Oyes el aspirador?

—Sí, pero en cualquier momento pueden salir.

—Ven, siéntate —dice indicándote las escaleras de emergencia—. Aquí no nos verán. Tómate el café, tranquila.

Te acomodas en uno de los escalones. Le das un buen sorbo al café, que te sienta de maravilla.

—Cuéntame.

—Pues verás... Ayer, como estaba algo aburrido y el tiempo estaba algo lluvioso, me fui a dar una vuelta por las plantas del hotel.

—Podrías haber hecho unos pasatiempos... —bromeas.

—No me interrumpas. Esto es serio. —Te sorprende esa reacción de él y en seguida le prestas más atención, parece que la situación es grave—. La cuestión es que cuando llegué a esta planta, me llamó el interés una de las habitaciones.

—¿La cuatrocientos once?

—Ja. ¿Cómo lo sabes? —pregunta, extrañado.

—Porque el personal tenemos prohibido pasar. Dicen que hay material sensible y delicado de oficina.

Hanz se ríe de manera histriónica.

—¿En serio os han dicho eso?

—¿Por qué lo dices? ¿Es que has visto algo? Cuéntame ya, me tienes muy intrigada.

—Allí no hay material de oficina.

—¿Cómo que no?

Tu cara parece un poema.

—Creo que es un laboratorio para la fabricación de estupefacientes.

En un primer momento, arqueas una ceja, algo confusa y, al momento, se te escapa una risa. No sabes por qué, pero la situación te parece cómica.

—¡Pero... Hanz! ¿Cómo van a estar fabricando droga en el cuarto de un hotel?

—Soy viejo, no tonto —responde Hanz, ofendido.

—Hanz, perdona, no quería faltarte al respeto. Pero entenderás que lo que dices es muy fuerte.

—Pues por eso te lo estoy explicando. Ayer se dejaron la puerta abierta y yo, que soy muy curioso, vi a cuatro o cinco personas vestidas como los científicos, con batas y gorros de tela blanca desechables. Todo organizado como en un laboratorio... No me pareció que estuvieran manipulando cosas de oficina.

—¿Y no te pillaron?

—Oh, sí...

Tú abres los ojos de par en par, atónita.

—¿Y?

—Soy muy bueno haciéndome el despistado. Hago ver que se me han caído las gafas al suelo y no veo nada, o que me he equivocado de planta. Y como soy mayor, ni me hacen caso...

—¿En serio?

—Sí. Algunos piensan que las personas mayores somos unos inútiles y no nos enteramos de nada. Me dijeron «Eh, abuelo, ¿se ha perdido? El partido de petanca es abajo». Y mientras se reían y yo hacía ver que no entendía nada de español, pude seguir observando cómo envolvían grandes cantidades de esa sustancia blanca...

—¿Cocaína?

—Creo que sí. Tampoco soy un experto, pero lo he visto.

—No sé qué decir...

—Si no me crees, ahora te lo enseñaré, para verlo tú misma.

—No es que no te crea, es que estoy desconcertada.

Después de una pausa, te pica la curiosidad de poder ver con tus propios ojos lo que se cuece allí dentro.

—¿Y cómo vamos a abrir la puerta?

—Esperaremos a que llegue o salga alguien.

Después de un rato esperando, observáis como Carol y Ágata salen de una de las habitaciones. Os quedáis quietos, deseando que cojan el ascensor. Finalmente, sus voces se oyen ya a lo lejos.

—Menos mal —dice Hanz— ¿A dónde van?

—Van a desayunar. Tenemos un rato de descanso.

—¡Fantástico! Ahora es nuestro turno. ¡Vamos! No tenemos mucho tiempo.

—Pero...

—Pero nada. Coge uno de los aspiradores y ponte a limpiar el pasillo central. Luego, te paras delante de la puerta y llamas.

—¿Qué?

—Llamas y les ofreces los *croissants* que no has comido.

—¿Te has vuelto loco? ¡Menudo plan!

—Mía, no te va a pasar nada. Confía en mí, ¿eh? Tú les ofreces desayuno, con una bonita sonrisa.

—No sé, Hanz. Esto me da miedo...

—Bueno, pues voy yo... Pero no se van a creer que soy un trabajador de la limpieza y me van a mandar a jugar a la petanca, otra vez.

La curiosidad puede más que tu miedo y, además, está Hanz a tu lado y confías en su palabra de que no te pasará nada.

—Está bien. Lo haré.

Te dispones a limpiar con esmero el pasillo y antes de que puedas llamar a la puerta sale un hombre joven, vestido como decía Hanz, con bata y gorro blanco.

—¿Un *croissant*? —dices, con la bandeja en la mano y una enorme sonrisa.

Los tres hombres y la chica de adentro acaban de detener sus tareas, se han girado a la vez y te observan con cara incrédula. Está todo lleno de botellas, acetona y otras sustancias. No puedes alcanzar a ver más.

—¿Qué quieres? —dice, descolocado.

No sabes qué decir e improvisas lo primero que te viene a la cabeza.

—Pues estaba limpiando el pasillo y he oído ruido. Me he imaginado que sois los de mantenimiento y he pensado que tendríais hambre... —Sientes como te titubea la voz. Te está a punto de estallar el corazón.

Rezas para tus adentros para que no les parezca sospechosa tu respuesta.

—Ah, claro... —dice el hombre que estaba más cerca de ti. Te coge la bandeja, con una sonrisa forzada y te lo agradece.

—Deberías irte ya —dice serio otro de ellos—. Estamos fumigando y puede ser... tóxico.

Le ha temblado un ojo al mentirte.

—Sí, claro. Ahora mismo me voy. Que vaya bien la mañana —dices con la misma amabilidad que una maestra de párvulos.

Te vuelves a ir hacia el rellano de las escaleras, donde está escondido Hanz, intentando que el corazón no se te salga del pecho.

—Qué. ¿Tenía razón?

— Espera —dices poniéndote la mano sobre el torso—. Todavía estoy en shock. Lo que he visto me ha parecido entre surrealista y espantoso.

Al rato, desde vuestro escondite en el rellano, volvéis a ver al mismo chico de antes que sale otra vez mirando hacia un lado y otro del pasillo. Después de asegurarse de que no hay nadie, sale con un transportín cargado de cajas. Se ha ido hacia los ascensores que soléis utilizar para cargar y descargar carros con sábanas y otras cosas. Dos cajas se han quedado junto a la puerta de la habitación, a la espera, porque no le caben. Aprovecháis el momento para acercaros a la mercancía. La desprecintáis juntos, con el máximo cuidado que se puede tener en una situación así. Los paquetes de dentro están bien aprensados. Tan bien que no podéis abrirlos. Pero de repente, para su sorpresa, Hanz se saca un llavero que tiene una navaja suiza.

—Dicen que son suizas, pero los primeros chismes se fabricaron en Alemania. Son imprescindibles, si te gusta fumar puros —afirma sonriendo como Hannibal Smith del Equipo A.

Le hace una pequeña raja a uno de los paquetes. Metes un dedo meñique con cuidado y lo pruebas. Luego lo escupes.

—Qué —dice Hanz, esperando respuesta.

—Está claro que no es azúcar glasé.

—¡Lo sabía!

Volvéis a precintar la caja lo mejor que sabéis.

— ¿Y ahora qué? —preguntas tú, alarmada.

—Habrá que denunciarlo al comité de empresa y al director. Explícaselo a Brenda y convoca una reunión lo más pronto posible.

Os despedís hasta el día siguiente. Coges el aspirador y lo dejas en la habitación de tus compañeras.

—¿Qué hacéis aquí?

La desagradable voz de Ágata te sobrecoge. No sabes qué decir.

— Pues he venido a...

— ¡Aquí están, Mía!

De repente aparece Hanz cargado de toallas.

— Nos hemos quedado sin toallas... — le sigues el juego a Hanz.

—Hola chicas —saluda, simpático.

—¿Desde cuándo tienes ayudante? —dice riéndose Carolina—. ¿Te has deshecho de Brenda?

—No soy su ayudante. Le estoy explicando que hoy no me han hecho la habitación y estoy algo enfadado. Yo solo la he acompañado.

—Menuda tela. ¿Y necesitas venir a nuestra planta a robar toallas? Ya te vale, ¿no? —se queja, Ágata.

—Chicas, por favor, acaba de morir su padre, mostrad un poco de compasión, al menos.

—Tiene razón, señor Hanz —dice Carolina empatizando con la situación.

—Ya nos vamos. Luego os repongo las toallas.

Ágata te mira de soslayo con recelo.

La sala de reuniones del hotel parece más grande desde fuera. Son las ocho de la mañana. Han pasado dos días después del descubrimiento que hicisteis, Hanz y tú. Estás nerviosa. Habéis conseguido reunir a media junta directiva y el comité de empresa. Es un momento importante, pero a la vez aterrador. Estáis a punto de soltar una bomba.

—No tengas miedo, Mía.

Hanz te coge una mano. Tú solo consigues ofrecerle media sonrisa.

Van llegando ya los integrantes del personal ejecutivo que van ocupando los asientos de la mesa larga, la cual llena el espacio central. Vosotros estáis sentados en la punta. Brenda, como encargada del personal, también está citada a dicha reunión.

Parece ser que todas las personas convocadas ya están presentes. Sin embargo, cuando estáis a punto de comenzar, aparece Flora con un cuaderno en la mano y toma asiento al final de todo. Su mirada inquisitiva te ha dado escalofríos.

—Mía Sanz y señor Hanz Braun —anuncia Alejandro Cano, presidente de la junta—, cuando quieran me gustaría que nos expusieran lo que me contaron por teléfono el otro día. Me quedé muy alarmado por la situación tan grave que explicaron y por eso os hemos reunido a todos aquí, en esta reunión de emergencia.

Tragas saliva. Hanz te propina un golpecito en la espalda, de apoyo: «Adelante», te dice al oído.

—Pues la verdad es que estoy algo nerviosa... —carraspeas un poco y aprovechas para coger algo de aire—. Hace unos días, Hanz me contó que en la habitación cuatrocientos once había un laboratorio de drogas. Me costó creerlo al principio, pero luego vi con mis propios ojos cómo trabajaban allí dentro, con trajes especiales, y sacaban cajas llenas de una sustancia blanca que pudimos comprobar que era cocaína.

Se oye un murmullo generalizado. Representantes y otros socios allí convocados no dan crédito a lo que oyen. Se muestran muy alarmados.

—Flora, ¿usted estaba al corriente de todo esto? —le pregunta Alejandro.

—No —responde aparentemente tranquila.

—Pues debería. Están pasando cosas muy graves en este hotel y tendría que ser la primera en saberlo e informarme. Me decepciona que no se haya enterado de nada.

—Con todo el respeto, tengo que decir que si no estaba al corriente de todo esto, es

porque es mentira lo que cuenta esta señorita. Se me está juzgando por una situación que nunca se ha producido. ¿Drogas?, ¿corrupción? Por favor... ¿Pero qué películas nos están vendiendo?

—¿Insinúa que se lo están inventando todo?

—No lo insinúo, lo afirmo. Si me dejan explicarles —asevera Flora levantándose del asiento—, ahora lo entenderán todo. Esta mujer hace años que trabaja para nosotros, pero no es un testimonio muy fiable.

Coge unos apuntes que tiene en la mesa.

—No me gusta tener que hacer esto, pero me veo en la obligación de leer delante de ustedes los últimos incidentes de esta señorita: Hace unas semanas no se presentó al trabajo y no me trajo una justificación...

—Eso es mentira —interrumpes tú, enfadada.

—Además, hace unos años estuvo ingresada en un psiquiátrico porque presentaba alucinaciones —continúa ella—. También se medica por depresión y hace poco le puse una amonestación por contestar de malas maneras. ¿Vas a decirme que también eso es mentira?

—Que yo sepa, necesitar ayuda y recuperar la salud mental no es ningún delito.

—Cierto. Pero lo que quiero demostrar es que tu palabra no es muy fiable, que digamos. Hay veces que te has mostrado un poco desequilibrada, en otras palabras, algo loca.

—Yo no estoy loca —contestas, completamente indignada—. Hanz y yo no nos estamos inventando nada de lo que hemos visto.

—Además, los locos siempre dicen la verdad —dice Hanz, intentando ayudarte.

Tú lo miras con los ojos abiertos como platos, pero Hanz sigue apoyándote cuando dice:

—La señora Flora trata muy mal al personal y se ensaña con Mía, una buena trabajadora, ya lo ven.

La junta observa la situación, atónitos.

—Señor Braun —dice Flora, sin perder la vista de sus apuntes—. Usted lleva en nuestro hotel desde hace doce años. Lo conocemos bien, es casi de la familia. Tiene ochenta años y si no me equivoco, a veces fantasea un poco...

—¿Me está llamando loco también?

—No, disculpe si me ha malinterpretado. Tampoco quería llegar a esta situación, pero tendré que leer la información que tengo de usted...

—¿A dónde quiere llegar, Flora? —dice incómodo el presidente.

—Ahora mismo se lo explico todo.

—El señor Braun suele robar comida del comedor. Se lo permitimos porque es un buen cliente. El otro día sin más cogió toda una bandeja de croissants...

—¡Pero eso solo fue una vez! —dice completamente enojado—. ¿Me espían?

—Ha sido más de una vez... Pero no solo eso. Se le ha visto desorientado y hablando solo varias veces...

—¿Y? ¿Qué quiere decir?

—Pues que no me parece que ninguno de los dos tengáis argumentos muy sólidos.

—Cuando vean lo que hay en aquella habitación me parece que los argumentos serán más que sólidos. Diría que aterradores.

Sin más preámbulos, el señor Alejandro Cano decide que ya es hora de ir a la misteriosa

habitación. Os marcháis en cadena por las escaleras de emergencia. Flora es la última de la fila. Por fin, al llegar a la cuarta planta os plantáis delante de la puerta cuatrocientos once. Detrás de ella no se oye nada.

—Abra, por favor —te ordena el presidente.

Hanz te mira convencido de que todo va a salir bien. Sientes que te arden las manos. Coges la llave maestra del bolsillo y la abres algo torpe y temerosa.

—¿Qué? —dices completamente alucinada.

Hanz y tú no podéis creer lo que ven vuestros ojos.

—No hay nada —dices boquiabierta.

—Se lo han llevado todo —afirma Hanz con dificultad, como si alguien le hubiera clavado un puñal en el corazón.

Tienes todas las miradas clavadas en ti.

—Está todo vacío. ¿Esto es una broma? ¿Para qué nos han hecho venir? —Anuncia Alejandro, enfadado.

—Yo...

Te quedas sin palabras, muerta de la vergüenza.

—No nos hemos inventado nada, lo juro —consigues defenderte.

—Se han enterado de esta reunión y lo han recogido todo como ratas —exclama Hanz, encolerizado.

De repente, como una faraona, aparece Flora.

—Me parece que mi veracidad y mi buen hacer demuestran que tengo el hotel muy controlado y bajo raya, ¿no creen?

Todos los allí presentes se giran hacia ella con la cabeza gacha.

—Por supuesto, Flora, le debo mis disculpas —declara el presidente—. Es usted una gran trabajadora y gracias a su buen trabajo este hotel sigue siendo uno de los más pioneros en todo Europa. Me avergüenza haberla puesto en este apuro, pero tenía que asegurarme de que esto se solucionara lo antes posible antes de que la prensa o la policía se enterasen. Tendría que haber hablado antes con usted.

—No se preocupe. Mía tiene una voz muy angelical y mucha convicción. Cualquiera se la hubiera creído. Era una buena trabajadora, pero hace tiempo que me he dado cuenta de que no es apta para trabajar con personas.

Las palabras se te han quedado atascadas en la garganta. No consigues argumentar nada. No sabes si vomitar en sus zapatos o largarte corriendo de allí.

—Mía, mañana la quiero a primera hora en mi despacho —te ordena Alejandro—. Tenemos que hablar seriamente de lo que ha pasado aquí. Me parece que se le ha ido de las manos y ha perdido los papeles. Es una acusación muy seria hacia la marca del hotel y del personal...

No consigues escuchar ni una palabra de la que está expresando el presidente. Tu cabeza ha entrado en un estado transitorio de letargo. Solo quieres irte a casa. Tus pensamientos deambulan como cuerpos celestes por tu cerebro. No pueden parar de dar vueltas, como una noria. No te atreves a contestar nada más. Sientes que has perdido el control de la situación. «*¿Realmente estoy loca? ¿Todo lo que vimos fue un espejismo?*».

Has perdido las ganas de luchar. Ahora solo esperas no acabar perdiendo tu alma.

—A partir de ahora, Ágata será la nueva encargada, me parece que Mía te ha lavado demasiado la cabeza —le recrimina Flora a Brenda.

A Brenda le aparece una expresión teñida de tristeza en la cara.

Poco a poco, todo el mundo empieza a dispersarse. Te apoyas contra la pared del pasillo y, despacio, te dejas caer hacia el suelo. Cuando ya no queda nadie, por fin, tus lágrimas explotan como el orificio de una ballena y te echas a llorar sin consuelo.

Hanz se sienta a tu lado sin saber muy bien qué decir.

—Yo sí te creo —te dice Brenda, apoyando su cabeza contra tu hombro.

—Sabemos lo que hemos visto. Esto no quedará así... —dice con impotencia Hanz.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo puede ser que lo hayan recogido todo?

—Dieron un chivatazo —afirma Hanz.

—Pero ¿quién?

—Está claro... Ágata. ¿Quién si no?

—¿Pero qué pinta Ágata en todo esto?

—Ágata y Flora. No sé qué pintan exactamente, pero creo que tapan algo muy sucio y que se nos escapa de las manos.

—Uf. Mañana me van a despedir —te quejas, preocupada.

—¡Pero no te angusties! Deberías estar contenta.

—No es tan fácil encontrar trabajo.

—¿Con lo que tú vales? Puedes encontrar lo que quieras. Pero por el momento, nos iremos de vacaciones. Nos ayudará a despejar las ideas. Así que levántate y ve a hacer las maletas.

—Siento interrumpir —dice Brenda—. Me da pena que ya no vayas a continuar en la empresa y te echaré mucho de menos, pero a la vez me alegra y Hanz tiene razón, puedes hacer todo lo que te propongas y más.

Esas palabras de ánimo y positividad hacia tu persona te parecen exageradamente grandes para alguien que se siente tan pequeña como tú. Es la falta de costumbre.

—Aun así, mañana deberías acudir a la reunión con el presidente, para que te den el finiquito y esté todo en regla. Yo te acompañaré si hace falta.

—Gracias, Brenda —le dices y la abrazas.

Al cabo de unos minutos os largáis de la maldita planta número cuatro y os despedís. Quedáis en veros mañana temprano.

Te diriges hacia tu taquilla para recoger tus cosas, antes de salir, cuando notas que te inmovilizan los brazos desde atrás.

—¡Socorro!

Tratas de pedir ayuda en vano porque te han tapado la boca.

Te arrastran hacia el cuarto de al lado, el de limpieza, donde no hay cobertura y apesta a productos de desinfección. Tratas de liberarte, sin embargo, las dos mujeres son bastante corpulentas. También te han quitado las llaves del bolsillo, que abren cualquier puerta. Te percatas de que son Ágata y Carolina. Al verles los rostros te entra un síncope. «*¿Pero se puede saber qué coño hacen?*». Una vez dentro de la estancia, te colocan unas cuerdas sobre las muñecas, de manera torpe. Te quejas porque te las han apretado muy fuerte. Lo mismo hacen con los tobillos. Finalmente, te atan a una silla.

—¿Se puede saber qué hacéis?

—Te vas a quedar aquí, por ser tan bruja y meterte donde no te llaman —suelta Ágata llena de rabia.

—No es para siempre —se justifica, nerviosa, Carolina—. Es una especie de broma, ¿vale?

—¿Una broma?

—No es ninguna broma —dice Ágata con la mirada opaca.

—¿No crees que nos estamos pasando? —le susurra al oído Carolina—. Ya la hemos asustado. Vamos a dejarlo ya...

Ágata mira a su compañera como si quisiera arrancarle la piel.

—Hazme un favor y vete de aquí —le ordena—. Ve a buscarme un café. Ya hablaremos luego tú y yo.

—¿Entonces, has sido tú quien les ha dado el chivatazo? ¿Cuánto te pagan? —le reprochas.

—Yo que tú lo dejaría estar...

—Esto no va a quedar así...

—Ah, ¿no?, ¿y a quién te vas a quejar?

—Pienso denunciarte.

—¿Y quién te va a creer? Ay, pobrecita Mía... La loca de Mía... —se burla mientras te coloca un trapo en la boca.

A veces hay que mirar las cosas desde otra perspectiva, como cuando le quitas el aumento a un mapa y te quedas solo con el relieve. Y lo miras desde arriba, en vista de pájaro, contemplando así su grandeza.

A veces hay que valorar si vale la pena batallar en una pelea que ya está perdida. Eso no quiere decir abandonar, sino saber esperar el mejor momento, en caso de salir a pelear.

Aprendiste a decir sí a todo. Pero ha llegado la hora de desaprender. Eso y hacer tu propia revolución. Paso a paso, despacio...

Te acabas de despertar con el cuerpo agarrotado y la boca y los brazos doloridos. Una lágrima caliente se asoma por tu mejilla. Has pasado la noche en este cuarto de cinco metros cuadrados, sin ventanas, sin luz, lleno de productos de limpieza.

Aún tienes la esperanza de que se apiaden de ti y te saquen pronto de aquí. Has conseguido volcar la silla y arrastrarte hacia la puerta, donde con torpeza has golpeado con la punta de los pies contra la puerta. Pero no ha resultado efectivo.

De pronto, sientes pasos acercándose hacia tu posición. Un grito gutural ahogado sale de tu garganta. Si sigues así te vas a ahogar. La agonía es desesperante.

Se abre la puerta. Son Brenda y Hanz. Tu rostro se llena de lágrimas. De repente, crees en los milagros. Te quitan con rapidez el trapo de la boca.

—Menos mal que me habéis encontrado. ¿Cómo sabíais que estaba aquí? — preguntas con algo de dificultad.

Sientes como si tuvieras arena en la boca y la mandíbula se te hubiera desencajado.

—Carol me lo acaba de contar todo. En realidad, ella no es así, pero hace todo lo que le pide Ágata, por miedo.

Hanz te acerca una botella de agua y le das un sorbo.

—Tenemos que ir a denunciarlo. Voy a contárselo al presidente ahora mismo.

—Mía —te dice Hanz muy serio, acercándose a tu rostro—. No nos van a creer. ¿Aún no te has dado cuenta? Ágata, Carol, Flora... Y vete a saber quién más están metidos en todo este asunto. Tenemos que meditar y pensar un buen plan. Lo que está claro es que quejarnos al jefe sin pruebas no es efectivo. Hay que ser más astutos.

Te ayudan a levantarte. Luego, con resignación, les das la razón. En esta empresa nadie te va a escuchar.

Te vas a la reunión donde el jefe te espera. El despido no se ha hecho esperar. Tu palabra, para él no vale nada. El cese es ipso facto.

—Nada de venirse abajo —te dice Hanz—. Ve a casa, pon un poco de todo en la maleta. Yo voy a ir a la agencia de viajes y a ver si mañana por la mañana nos podemos ir a cualquier lugar. Nos sentará bien pensar en la distancia.

Al llegar a casa, te dejas caer como una pluma sobre la cama de matrimonio que había sido de tus padres. Estás tan cansada que los párpados se te cierran solos.

El abdomen y la espalda te siguen doliendo como en las últimas semanas. «*¿Me estaré muriendo?*», te preguntas.

El maldito timbre suena. Se hace más insistente al ignorarlo. Te incorporas de la cama y contestas con sumisión.

—¿Es usted Mía Sanz?

—Sí, soy yo.

—Le traigo dos cartas. Una de ellas está certificada y la tiene que firmar, por favor.

El muchacho se muestra simpático al entregarte la carta. Mientras firmas, intenta hablarte del tiempo y del exceso de turismo que hay por la calle. Sin embargo, al leer las primeras líneas de la carta certificada te paras en seco.

—Es una notificación del juzgado. ¿Pero por qué?

—No lo sé, yo solo soy el mensajero —responde el cartero, con una sonrisa boba.

—Pero no entiendo... ¿Se habrán equivocado?

—No, créeme, con esas cosas nunca se equivocan. Alguna cosa habrás hecho, ¿eh? —te dice guiñando un ojo. Después se ríe con el inútil intento de hacer una broma. Automáticamente, para de reírse cuando se da cuenta de que se ha venido demasiado arriba con el exceso de confianza.

Le cierras la puerta. Ya te sobra allí.

«No me lo puedo creer. ¡Esto es una pesadilla! El desgraciado de Mateo me ha denunciado por abandono del hogar. Es broma, ¿no?».

Llamas a Hanz, indignada y con la cólera de un titán.

—¿Qué te pasa, Mía? Justo te iba a llamar ahora... Hay una oferta increíble para Tailandia, nos podemos ir dentro de dos días...

—Hanz —le cortas—, Mateo me ha denunciado por abandono matrimonial y chantaje psicológico.

—¿Qué?!

—Como lo oyes —le confirmas y te echas a llorar—. No puedo salir del país, por el momento, por si se produce el juicio. Tengo que estar localizada.

—¡Pero es ridículo! Ya es mayorcito, no has abandonado a un niño. Lo que has hecho es

huir de un agresor.

—Ya... Pero no sé cómo ha falsificado algún tipo de papel donde dice que lo he desatendido en un momento de vulnerabilidad, ya que, según declara, está sin trabajo y ha estado hospitalizado.

—Dios mío. El mundo está lleno de mentirosos y mezquinos.

—Además, también dice que lo he maltratado reiteradamente y menospreciado porque no trabaja.

—Mía, te casaste con un psicópata en serie.

Te cuesta dejar de llorar. Pero sabes que ahora no es el momento, hay que buscar alguna solución.

—Es su palabra contra la tuya. Mañana por la mañana iremos a ver a un buen abogado. ¡Será cretino!

—Estoy muy harta, Hanz.

—Lo sé, mi niña... —te dice con cariño.

Te ha recordado a tu padre y los ojos se te han inundado de lágrimas.

Intenta animarte y seguidamente cuelga el teléfono.

Te vuelves a estirar sobre el somier. El techo tiene una pequeña grieta, pero no es de ahora, siempre ha estado ahí. Tus padres también lo sabían, aun así, convivieron con ella toda la vida, como una cosa rota más.

A veces te preguntas si serías diferente, si tu madre hubiera sabido quererte. Sus inseguridades y sus cambios de humor te atraparon como una tela de araña. Te hicieron débil. Probablemente, también única. Quizás nunca quiso herirte expresamente. A lo mejor a ella tampoco la quisieron. No enseñan lenguaje emocional en la escuela. Querer no es fácil. Y ahora tienes estos extraños sentimientos hacia ti, de odio y compasión a la vez. Anhelas salir de la profundidad de este abismo y poder volar. Parar de quejarte y salir a la superficie con todas tus fuerzas.

La otra carta es del hospital. Justo esta semana tienes que ir a hacerte análisis de sangre y un examen pélvico.

Tienes miedo de ir sola al médico. Llamas a Saúl para explicarle lo que te ha pasado en las últimas horas.

—No puedo ni imaginar por lo que estás pasando —te dice al acabar de explicarle la situación—. Si quieres, puedo venir a verte. Hoy no tengo ninguna guardia y mañana no trabajo.

Dudas por un momento.

—Va, ánimo. Ya has visto que soy inofensivo —insiste Saúl.

Te ríes.

—Compraré *lambrusco* y una lasaña muy buena que hacen cerca de mi barrio —añade. La oferta es irresistible.

—Mmm, eso suena muy bien. Pero hazme un favor.
—Dime.
—No compres *lambrusco*.

Os reís a la vez.

—De acuerdo. Es verdad, no te gusta. Vino blanco, pues.
—Perfecto.

La sintonía entre vosotros es fácil. Es como si os hablaseis con solo miraros. Hay veces que dos personas se encuentran y chocan como icebergs en el mar y otras en las que la conexión es tan fuerte que ya parecían predestinadas antes de nacer.

Al besarte, lentamente, por el cuello, notas que se detiene y le presta atención a cada parte, de verdad. Se esfuerza en conquistar tu cuerpo, deteniéndose en cada punto sensible, con esmero. Te asombra lo que estás sintiendo. No solo es un sentimiento carnal. Estás experimentando felicidad y eso te satisface a la vez que te asusta.

—A lo mejor no deberíamos seguir... Por lo del virus...
—Shhh... Tranquila, estamos usando protección.

Al acabar de saborearos y acariciaros como adolescentes, se inclina hacia ti y te rodea con sus brazos.

—Saúl.
—¿Sí?
—Creo que la próxima vez deberíamos comer antes de hacer el amor. Porque la lasaña parece un montón de carne con capas duras de queso. Se ha quedado fría.

Os reís al unísono.

—¿Y perderme esto? —te dice mordéndote una oreja, con suavidad—. Tú ya eres mi comida.

Sientes como el vello de tu piel se eriza.

—¿Me podrás acompañar para hacerme las pruebas?
—Pues claro.
—Tengo miedo. ¿Qué crees que me pasa? Dime la verdad.
—Ya te dije que hay varias hipótesis, pero concretamente, el examen es para descartar células precancerosas. Hay que asegurarse de que, por ejemplo, no se te haya desarrollado cáncer de cuello uterino. Y de ser así, que al menos esté en un estado inicial.
—¿Y esos tipos de cáncer son causados por el VPH?
—Casi todos, sí.
—Es decir, que puede que Mateo me haya contagiado...
—Con casi toda probabilidad, él es portador del VPH. Los hombres suelen ser los principales portadores de este virus y suelen transmitirlo a sus parejas sin saberlo, dado que no suele presentar síntomas. Pero... Mía, no le des más vueltas a eso. Creo que has tenido mala

suerte, muy mala suerte de rodearte con personas que no te han ayudado en nada. Todo lo contrario, han sido egoístas contigo, manipuladoras... Pero no puedes venirte abajo. Hay que ser optimistas. Aún no sabemos los resultados, ¿vale? Te acompañaré, tranquila, no estás sola.

Por la noche, después de masajear tus piernas cansadas, recibes un mensaje de texto de Mateo: «Siempre es para siempre. ¿Recuerdas? Firmaste un contrato conmigo. No puedes irte cuando quieras».

Llamas al timbre varias veces, asegurándote así de que no hay nadie. Después de un rato te atreves a entrar, no sin algo de pavor. La mesa de cristal sigue allí, en medio del comedor, rota. Ni siquiera se ha molestado en deshacerse de ella. Solo ha recogido los cristales. Un escalofrío te recorre la espalda.

En el tenderete del balcón aún cuelgan las sábanas blancas de la cama, que se deben haber quedado acartonadas. Incluso el toldo sigue abierto, a pesar de que afuera llueve.

Tus amigos, Iago y Laia, están abajo en la calle. Les has dejado unas llaves. Tienen la consigna de venir a rescatarte, si tardas demasiado en responder a sus *mensajes de WhatsApp*.

Aún recuerdas los golpes que recibiste de Mateo. Sus manos tirándote del pelo. Sus puños en tu cara, en la barriga. Las patadas dolorosas en el estómago. Recuerdas el impacto contra la pared y que luego todo se quedó oscuro. Creías haber muerto.

Aquel día, después de la paliza recibida, no tuviste ni fuerzas, ni agallas de volver a tu casa. El miedo se apoderó de ti.

No es que tengas grandes cosas, pero a algunas de ellas sí te gustaría recuperarlas: pasaporte, ropa, dinero, joyas que pertenecían a tus padres y que están escondidas en una de las cajas fuertes, y por suerte solo tú sabes la combinación.

Has aprovechado esta hora en la que crees que Mateo no está. Aunque ya no tienes claro si está trabajando o qué. Según el certificado que recibiste el otro día, estaba en una situación vulnerable. Todo eso te suena a chamusquina.

Por si acaso, te pones rápidamente manos a la obra. Abres la caja fuerte y guardas las joyas y algo de dinero que hay dentro en tu bolso. Coges una de las maletas del armario y la empiezas a llenar de ropa junto con objetos de valor, sin detenerte en el orden o la colocación de todo lo que metes allí.

«¿Todo bien por ahí?», te pregunta Iago, desde el coche aparcado frente a la puerta de tu casa.

«Sí, tranquilos. Enseguida bajo».

No encuentras por ninguna parte tu pasaporte. Has registrado todos los cajones del aparador del comedor. Has rebuscado por los estantes de debajo del televisor. Por la cocina, el baño... Y nada. De repente, uno de los documentos que hay en uno de los cajones de la mesita te llama la atención. Es un informe pericial donde se recogen argumentos y toda una evaluación de los daños psicológicos recibidos a Mateo Santiago por parte de su pareja, Mía Sanz. Te quedas perpleja. El informe muestra una específica lista de comportamientos recibidos según consta por parte de su pareja: manipulación, denigración, intimidación, desprecios, humillaciones en

público, ataques verbales, restricciones a la autonomía personal, amenazas, intimidación e incluso la destrucción de objetos personales.

El documento sigue con la farsa sobre que el maltrato psicológico continuado, durante años, ha provocado en la víctima desvalorización y sufrimiento, dejando al señor Mateo Santiago en un clima de angustia que destruye su equilibrio emocional. Con la cual ha requerido la estancia durante unas semanas en un psiquiátrico.

El escrito sería muy cierto si no fuera por un pequeño detalle que lo afea bastante y es que la víctima de todo esto eres tú, no Mateo. Ese detalle lo cambia todo. Leer esta calumnia te produce una emoción intensa, un profundo odio e impotencia. El vello de los brazos se te eriza. Sientes cómo tu ritmo cardíaco está aumentando y un sudor frío se apodera de todo tu cuerpo.

Las pruebas testimoniales que aportan son la de dos testigos: Uno de ellos es Flora Haro Alcalá. Esta asegura haber presenciado en más de una ocasión como Mía Sanz lo ha insultado, humillado y despreciado delante de los demás.

«Será mentirosa, lagarta».

También Verónica Aguilera atestigua haber visto a la víctima muy afectada por el continuo maltrato de Mía Sanz y cómo esta lo llegó a despreciar, humillándolo delante de todo el mundo, incluso en el entierro de su propio suegro.

«Mía, sal de ahí echando leches.
Está subiendo Mateo y no va solo...».

Has oído el sonido de los mensajes, pero aún sigues absorta en la lectura...

«¿Cómo puede haber falsificado todo este informe? ¿Por qué lo están ayudando? Todas esas mentiras de Flora y Verónica. ¿Por qué?... Cretinos...».

Se oye la llave abriendo la puerta. El corazón se te acelera aún más. Quisieras meter la maleta en el armario de nuevo, pero pesa demasiado. La dejas tirada a un lado. Con lo desordenado que está todo, igual ni se da cuenta. Te metes corriendo bajo la cama.

Se oyen reír a Mateo y Verónica. *«¿Pero qué narices hace aquí con él?»*

«¡Mía! Ya venimos. ¿Estás bien? ¡Contesta!

Tranquilos. De momento no hagáis nada. Estoy escondida debajo de la cama.

«¿Qué?» Te responde Iago, con un emoticono de pánico.

Están en el comedor tonteando, diciéndose frases subidas de tono. Sientes sus risas. La situación no te puede parecer más patética. *«¿Desde cuándo llevan juntos? ¿Desde cuándo me han estado tomando el pelo?».*

La rabia hace que, sin querer, te des un respingo que acaba causando un golpe de cabeza contra el somier.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Verónica, con esa característica voz suya de no haber roto un plato. Te recuerda a la pata *Daisy*.

—¿El qué? —le dice Mateo abalanzándose sobre ella.

Verónica desvía su atención hacia él, olvidando el ruido de antes.

—¡No seas bruto! —se queja ella.

—Creía que te gustaba mi impulsividad. El otro día me dijiste que te encantan los vikingos —se ríe él.

—Me gusta la serie Vikingos y el actor, Ragnar Lothbrok, pero tú no te pareces a él ni en la punta del zapato.

—Uf, ¡te estás pasando!

—Es que me has hecho daño en un pecho.

—Uy, pobrecita. Pues habrá que arreglarlo... —le responde con tono compasivo.

Por lo que puedes intuir le está tocando los pechos. Solo de pensarlo te vienen arcadas que intentas reprimir.

—¿Y si vamos a la cama? —dice ella.

—¿Justo ahora?

—Sí, no estoy cómoda aquí. Está todo lleno de cosas. Acabo de encontrar un calzoncillo entre los respaldos del sofá. ¡Qué asco! Quizás deberías limpiar un poco...

«No puedes tener más razón. Es un cerdo».

—Eh, nena, córtate un poco, ¿vale? Te estás pasando.

—¿Qué me estoy pasando? Mira cómo está el comedor lleno de latas vacías, bolsas de basura, ropa sucia por todos lados...

—¡¿Acaso eres mi madre?! —le grita.

Se hace un silencio siniestro que se podría cortar con un cuchillo.

—Quizás Mía tenía razón cuando me decía que alguna vez eras algo agresivo con ella. A lo mejor me has mentido y la víctima de todo esto es ella.

—¿Qué? ¿Ahora te vas a poner de parte de ella? Sabes que me ha tratado fatal, se ha aprovechado de mí, manipulado, herido...

«Empieza la fase manipuladora. Ay, Verónica, no seas tonta y huye».

—Perdona, Mateo, es que no me esperaba que me gritaras... Sé que has sufrido mucho, pero...

—Es que estoy bajo mucho estrés, aún tengo secuelas psicológicas, ¿sabes? Mía no para de enviarme mensajes crueles y de increparme y tú vienes... y me dices todas esas cosas.

«Psicópata mentiroso».

—Tienes razón. Perdona. Qué clase de persona soy... Mejor me voy a casa y mañana te llamo.

«Sí, vete. Deja de compadecerte, no seas idiota».

—Eh, va, no seas tonta... Anda, ven. Te haré eso que tanto te gusta, conejito.

«Conejito. ¡Puaj!», te entran ganas de vomitar.

Se dirigen hacia la habitación.

«Oh, oh».

Empiezan a toquetearse sobre la cama.

—¿Te gusta así? —le dice él.

Se estiran sobre el somier. Te tapas la boca para que no se te escape ni la respiración. Ella gime como una burra a punto de dar a luz. Su voz resuena como si le hubieran retorcido las cuerdas vocales y se las estuvieran aplastando.

Minutos después se hace un silencio en la habitación, es cuando Verónica ve algo que la inquieta.

—¿Te vas de viaje? —le pregunta ella.

—¿Por? —responde él con la voz pastosa.

—Porque veo que tienes la maleta ahí.

«Oh, oh. Creo que me han descubierto». Les escribes a Iago y Laia.

Él se gira y se da cuenta de que, pese al desorden, esa maleta no estaba ahí antes.

Se levanta de un sobresalto y se dirige hacia la maleta, la cual abre a toda prisa.

—¡Maldita zorra!

—¿Qué pasa?

—Que Mía ha estado aquí. Son sus cosas... —dice, vaciando la maleta y tirándola por el suelo.

—¿Y por qué la ha dejado aquí?

Estás temblando de miedo. Te esperas lo peor. Al instante, Mateo empieza a dar vueltas por la casa mientras Verónica lo sigue. Luego vuelve a la habitación y abre el armario.

Sus pies se colocan en frente de tu cabeza. Sabes que te va a descubrir. Se agacha.

—Mira a quién tenemos aquí...

Te arrastra por el suelo cogiéndote del cabello.

—Una rata.

—¡Mateo! —le recrimina Verónica—. ¿Qué haces?

Ella, que no da crédito a lo que está presenciando, se viste con rapidez.

—Hace lo que mejor sabe hacer: dañar —dices tú, indignada, mientras te levantas adolorida.

Mateo te coge por el cuello.

—¿Qué narices haces aquí?
—Pero, Mateo... ¡Suéltala! —suplica Verónica, algo asustada con la situación.
—Es ella quien me ha provocado. ¿No lo ves? Estaba espiándonos bajo el colchón.
—¡Suéltala! —vuelve a decir Verónica tratando de quitar sus manos de tu cuello—. ¿Y se puede saber qué hacías debajo de la cama?

Mateo te suelta, indignado.

—Esta también es mi casa —consigues decir.
—¿Y no podías llamar como las personas? ¿En vez de esconderte como una rata?
—Me he escondido porque estás loco y sé que al verme reaccionarias de esta forma violenta.
—¿Lo ves, Verónica? Ya está intentando manipularme.

Verónica no sabe qué decir. Os mira de forma escéptica.

—¿Y has estado escuchándonos... todo el rato? —te pregunta Verónica, incómoda.
—Qué remedio...
—Yo... —dice avergonzada—. Hace poco que salimos... Siempre te he respetado.
—¡Ni se te ocurra excusarte! —le increpa Mateo—. Yo también tengo mis necesidades. Tú no has sabido darme lo que pedía —te dice mientras te mira con los ojos encendidos. Verónica lo mira con decepción.

—Es ella quien me origina esta manera de hablar... —se excusa él, al darse cuenta de la reacción de Verónica.

—Solo he venido a recoger mis cosas. Me importa bien poco tus encuentros sexuales con otras mujeres.

Recoges las cosas del suelo y las colocas con rapidez otra vez dentro de la maleta. Te diriges hacia la puerta de la habitación, cuando Mateo te frena el paso.

—Déjame pasar.
—Déjala pasar —repite Verónica también.

Te coge por un brazo.

—No te vas a llevar nada, porque todo lo que hay aquí es mío. ¡Y tú también! ¡Firmaste un contrato! Todavía estamos casados. ¿Dónde crees que vas?

Puedes ver como las venas del cuello se le hinchan. Su cara enrojece y sus ojos son fuego.

Empieza a apretar con fuerza tus brazos hasta empujarte contra la pared. Lo desafías con la mirada. Piensas en tu padre. Te gustaría atravesar su cerebro con tus pupilas.

Verónica trata de separarlo de ti, pero la aparta de manera brusca.

Te aprieta el cuello cada vez más. Sientes cómo te está faltando el oxígeno. Estás a punto de desmayarte. Oyes gritar a Verónica a lo lejos.

De repente, aparece Iago que le da un golpe en la espalda con una silla. Inhalas el aire de forma exagerada, aliviada, en busca de oxígeno.

Mateo vuelve a levantarse. Iago le da una patada en el estómago y Laia aprovecha para tirarle spray de pimienta a los ojos. Mateo se queda ciego por un momento y vosotros aprovecháis para iros del sitio.

Verónica aún está aturdida por los acontecimientos.

—No te creas que estás a salvo, ni que te quiere... Un día te pegará y te humillará... Déjalo ahora que estás a tiempo. Esa mesa rota es de cuando Mateo me golpeó contra la pared y me caí sobre ella. El cristal se hizo añicos. Ese día casi me mata.

Antes de cerrar la puerta te vuelves a girar:

—Ah, no estaría de más que fueras al médico a hacerte pruebas. Tiene el VPH.

Verónica no se atreve a responder. Su expresión es de perplejidad.

Hoy te sientes débil, herida, confusa. Te duele el estómago y tienes náuseas. Sabes que hay algo en tu organismo que no va bien. Te asusta que te citen del hospital para conocer los resultados. Te esperas lo peor.

Y ese dolor junto a la decepción humana se transforma en un viejo enemigo. Tu cerebro no puede entender por qué hay gente a la que le gusta hacer daño: tu madre, Mateo, Flora... «¿Qué hay en sus mentes? ¿Acaso solo hay odio y codicia?». Posees pensamientos rotos que no puedes reparar, aunque quisieras encontrar la manera. Te gustaría poder cambiar las cosas del presente, ya que al pasado no se puede volver.

Ahora todos los sentimientos se han convertido en uno. La tristeza te envuelve como un abrigo de seda. Miras por la ventana, con nostalgia, recordando las anécdotas con tu padre. Son las diez de la mañana. Hace rato que el mundo se ha despertado. Llevas una camiseta que había sido de él, tres tallas más grande que la tuya, y ahora te sirve de camisón. Hay niños jugando en la calle con una pelota. Está algo nublado. De vez en cuando los pierdes la vista, no llegas a alcanzarlos. El momento te parece irreal, como si miraras a través de un espejo. La única cosa que parece real es el dolor.

Suena el teléfono que trata de desenfocarte de esa catarsis dolorosa.

—Mía, soy Hanz. Tenemos que hablar. Tengo que contarte un montón de cosas.

—¿Qué ha pasado?

—Me quieren echar del hotel.

—¿En serio? ¿Pueden hacer eso?

—Al parecer sí. Me han puesto una denuncia porque dicen que hago mucho ruido y que he producido algunos altercados en el hotel.

—Pero eso es mentira.

—Bueno, las mentiras ya no son una sorpresa para nosotros. Lo que está claro es que no quieren que esté merodeando por allí en sus asuntos.

—Ven a mi casa y me acabas de explicar.

Hanz se da prisa en llegar a tu casa. Te ha dado tiempo a ponerte unos tejanos con una vieja camisa.

Se le ve con mucha ansia de explicar los últimos acontecimientos.

—He estado observando más irregularidades.

—Vigila Hanz, sé prudente.

—El otro día vi a uno de los chicos que estaban en el laboratorio. Al principio me costó reconocerlo sin el traje blanco... Pero luego, lo reconocí. Y decidí seguirlo.

Estaba en la recepción hablando con Flora. Yo hice ver que estaba buscando un

periódico. Cuando se dieron cuenta de mi presencia, se largaron de allí con rapidez. Subieron por el ascensor a la tercera planta, donde se encuentra el bar del hotel. Se sentaron en la terraza a tomar algo.

Los seguí hasta allí y me escondí tras una de las palmeras artificiales.

—Estás hecho todo un detective.

—Soy muy fan de Arthur Conan Doyle.

—Ya veo. ¿Y viste u oíste algo? —sonríes.

—No pude oír nada, aunque me llamó la atención que Flora le pasase un sobre discretamente por debajo de la mesa. Al rato, el chico se fue y yo me atreví a seguirlo.

—¿Cómo?

—Cómo oyes. En moto. En una *Harley-Davidson Street 750*.

—¿En serio?

—Eh, aún tengo el carnet vigente. Conduzco perfectamente.

—¿Y de dónde sacaste la moto?

—Esa es otra historia que ya te contaré. Tengo mis contactos por aquí. Además, cuando vivía en Alemania sabía conducir de todo, tractores, grandes camiones... Podría explicarte mil anécdotas que te servirían para escribir un libro sobre mí.

—Me lo creo. Entonces qué... Sigue.

—Pues lo seguí hasta un viejo parque acuático abandonado que da bastantes escalofríos... Lleno de grafiteros, *skaters*, piscinas vacías, gente tocando percusión... No sé cuántos metros cuadrados hay, pero aquello es enorme.

—Ah, supongo que se trata del parque *Aquatic funny Rabadás* que construyeron en los años noventa y lo cerraron al cabo de pocos años. Está medio en ruinas.

—Se han instalado en una de las estancias de la zona, que había sido un viejo bar de comida rápida. Y adivina que han montado allí dentro.

—Un laboratorio para confeccionar sus drogas.

—*Très bien!* Por cómo van vestidos los que salen de allí y entran habrán instalado seguramente lo mismo que en la habitación de hotel. Hay mucha gente trabajando. Aquello es una máquina de fabricar dinero. Creo que fabrican diferentes tipos de droga, no solo cocaína.

—Con lo que has descubierto podríamos ir a la policía.

—Sí, pero hay que ser listos. Porque si les damos el *chivatazo*, a lo mejor tienen la oportunidad de huir y no los pillan.

—¿Entonces qué hacemos?

—Tenemos que ir a recoger pruebas.

—¿Qué? ¿Quieres que nos pillen y nos metamos en problemas?

—Tenemos que ir a hacer fotos, Mía. Pillarlos in fraganti. Si no, la policía creará que solo somos un par de chalados.

—Ciertamente, somos un par de chalados.

—Vamos, no hay tiempo que perder.

—¿Estás disfrutando con todo esto, ¿eh?

—Me siento como un niño —te dice con una sonrisa orgullosa.

Estáis decididos a buscar pruebas incriminatorias para estos traficantes de drogas y buscar la relación con Flora y otros trabajadores del hotel. «¿Por qué Flora o Ágata están enfrascadas en este negocio?».

Hanz está muy inmerso en su papel detectivesco; va ataviado con unos buenos prismáticos infrarrojos, una linterna y una cámara de fotografía manual.

Enseguida empieza a echar sus primeras fotos.

—Hanz, no te ofendas, pero ¿por qué no hacemos las fotos con el móvil, como todo el mundo?

—Porque esta es mi cámara de toda la vida, una *Leica R4* y realiza unas fotos increíbles y de gran precisión. Tiene un Zoom perfecto y...

—Ya, ya... Pero no es nada práctico. No puedes ver si las fotos han salido bien.

—Pues eso es lo más mágico. El momento de revelar las imágenes es un momento impactante. Saber si la fotografía ha salido clara u oscura. Te diría que es una ocasión incluso romántica. Los jóvenes de hoy en día queréis todo inmediato, pero las cosas hay que saber esperarlas para saber disfrutarlas.

No entiendes cómo la policía no hace acto de presencia por allí. Desde donde estáis podéis oler el amoníaco, la acetona y otras sustancias químicas. Además, hay cantidades excesivas de basura y envases de productos químicos por todas partes. Lo tienen todo hecho un asco. *«Creo que llamarían menos la atención si estuvieran en un desguace o vertedero».*

Dos de los grafiteros van acompañados de perros y de vez en cuando van vigilando la entrada del perímetro.

—Sinceramente, llevamos aquí toda la mañana y no ha habido ningún movimiento. Creo que deberíamos estar buscando un buen abogado, estudiando bien la denuncia que me ha puesto Mateo, en vez de estar aquí espiando a un puñado de mafiosos. Tengo ganas de verlo en la cárcel y que no se acerque a mí nunca más —dices cerrando con rabia uno de los puños.

—Hay que saber esperar. ¿Es que nunca has ido a pescar?

—No.

—Pues deberías. He llegado a estar esperando a que un pez picara hasta cinco horas y aun así nunca me rendí.

—¿Y picó alguno?

—Por supuesto. Cuanto más constante eres y menos te lo esperas, ¡zas! El pez ha mordido el anzuelo.

Al cabo de un rato, Hanz saca unos bocadillos de su mochila. Tú lo miras sorprendida. No ha escatimado en ningún detalle.

—Uno no puede pensar con el estómago vacío.

—No es hambre lo que tengo, sino rabia.

—Lo sé. Te prometo que Mateo tendrá su merecido, pero esto también es importante. Nos llamaron mentirosos y locos en nuestra cara. Eso no se puede consentir...

—Lo sé, lo sé... Pero me preocupa que Mateo esté por ahí planeando hacer daño a mis amigos o no sé... No me fío nada de él. Está completamente loco. Voy a ir a denunciarlo, alguien me escuchará, ¿no?

—Creo que no va a ser necesario. ¡Ja! Aquí tenemos a nuestro pez. Y un pez gordo. Mira... —dice y te pasa los prismáticos.

—¿¡Qué!? ¿Pero qué hace aquí Mateo?

Este sale de una furgoneta blanca y saluda a los chicos de la entrada. Al rato, aparece también un Porsche color burdeos aparcando al lado de la furgoneta.

—Espera... Ese es el coche de Flora.

—Sí —te responde Hanz—, y esa es Flora dándole un morreo a Mateo.

—¡Lo que faltaba! ¿Pero esto qué es? —dices cerrando los puños.

Aprietas la mandíbula, llena de cólera, casi se puede oír como te chirrían los dientes.

—¿Qué se supone que está urdiendo ese energúmeno?

—Pues por lo visto es uno de los distribuidores de las drogas.

—Eso ya lo veo. Pero nunca me hubiera imaginado a Mateo metido en esto. Él parecía contento con su trabajo.

—¿Dónde trabaja?

—En una fábrica de coches...

—A lo mejor es lo que te hizo creer.

Detrás de Mateo y Flora está Ágata, que los sigue como si fuera su sirviente. Se burlan de ella y esta los acompaña con resignación hacia la estancia.

—Se han estado riendo de mí todo este tiempo a mis espaldas. Flora me humillaba en la cara mientras se liaba con mi exmarido.

—Ya te dije que es una lagarta. Pero ya tendrá también su merecido —suelta Hanz convencido, con los ojos encendidos—. Siempre me ha gustado la expresión esa que decís por aquí... «Quien ríe último, ríe mejor».

Te guiña un ojo y te regala una sonrisa.

Los muertos nos hablan. Aunque no es tan evidente a la luz del día. Nos hablan a menudo en nuestros sueños. Nos advierten, nos aconsejan. Pero incluso en sueños llegamos a estar tan estresados que no les hacemos todo el caso que se merecen... Sin embargo, es importante prestarles atención.

Has soñado con tu padre. Estabas en la residencia y lo llevabas a dar una vuelta por el jardín. Él te explicaba que el agua del estanque estaba sucia y que tendrías que limpiarla. Que por eso los patos se habían ido. Tú no le prestabas mucha atención, como si tuvieras prisa. Le respondías que ya te quejarías para que lo limpiaran. Pero él seguía insistiendo que debías ocuparte tú. Entonces te has despertado.

El calor de la noche no te ha dejado pegar ojo ni tampoco las preocupaciones.

Mientras te preparas el desayuno recuerdas cuando unos días atrás, Hanz y tú, fuisteis a la fábrica de coches donde trabaja Mateo y os dijeron que hace más de un año y medio que ya no trabaja allí.

—Lo despidieron —fue la seca respuesta del encargado, sin más explicaciones.

Tu cara de estupor se hizo tan evidente que el chico no pudo dejar de preguntarte si estabas bien. Tú le dijiste que sí, en un esfuerzo por contener aún más tu rabia y no comenzar a gritar.

Esta mañana, al fregar los platos del desayuno, has recibido un triste y extraño mensaje de Saúl. Extraño porque es como si la tierra lo hubiera absorbido y hubiera sacado una réplica defectuosa de él. No entiendes su comportamiento. El WhatsApp dice:

«He estado unos días estresado. Creo que la relación que hemos empezado me ha estresado y no es buena para mí, así que he decidido pillar unas vacaciones e irme unos meses lejos. Te agradecería que no me llamas ni me envíes mensajes. Necesito tiempo».

Aun así, tú le has escrito que no entiendes esa reacción y que al menos te diga dónde ha ido. Él ha decidido no responder y tú estás deshecha en un desagradable mar de dudas.

Estar en una sala de espera, confiando que te llamen pronto, puede ser desesperante. Una de las recepcionistas, agobiada porque no funciona el aire acondicionado y por la multitud de pacientes y llamadas que tiene que atender, te dice que te sientes en una de esas sillas

desapacibles del lugar. *«¿Por qué son tan incómodas las sillas de un hospital?».*

Sabes que vas a tener que esperar durante mucho rato. Porque lo que es un minuto en nuestro mundo, en una sala de hospital, puede convertirse en una hora. Es como entrar en otro espacio temporal.

Cuando se abre la puerta, las cinco o seis personas que esperáis los observáis para saber si les han dado buenas noticias o si, por el contrario, les han fastidiado las próximas horas de sus vidas. Algunos salen con media sonrisa en la cara, mientras que otros con un llanto incontrolable.

La gente que espera tiene tu misma cara; de inseguridad, ansiedad. La sensación es la misma que tiene uno cuando quedan cinco minutos para salir del trabajo. Ganas de terminar e irse a casa.

No sabes qué destino te espera. *«¿Cuál será mi noticia? ¿Podré controlar esa situación?».*

Saúl te prometió que te acompañaría para buscar los resultados. *«¿Qué ha pasado? ¿Por qué se ha ido? ¿Le doy miedo a la gente que se me acerca? ¿Sigo propagando mi mala suerte por todas partes?».*

No paran de llamar a pacientes, pero ninguno de ellos eres tú. En el fondo de la sala hay un señor muy mayor en silla de ruedas acompañado por una chica joven que parece su hija. Te recuerda a tu padre; un tipo alto, grande. Ella lleva el pelo corto, algo desaliñado, gafas y un vestido azul. El hombre no habla mucho, está con la cabeza gacha todo el rato. La chica, apenas le suelta la mano.

Finalmente, te hacen pasar dentro. Te levantas con el culo algo pesado. No sería de extrañar que la silla te haya provocado algún tipo de contusión. La falda se te ha quedado pegada al asiento. A la recepcionista le caen los churretes del sudor por la frente.

La doctora que te atiende no se anda por las ramas. Directa al grano.

—Tiene usted un tumor en el cuello uterino.

—Cáncer... —dices angustiada.

—Sí.

—¿Pero está muy avanzado?

—No está muy claro. Tenemos que seguir haciendo pruebas para averiguar si el cáncer se ha propagado, y de ser así, donde.

—¿Entonces me voy a morir?

—Intente tranquilizarse. Lo mejor es tener una actitud positiva. Le voy a ser sincera, el tumor no tiene buena pinta, pero no quiere decir que vaya a morir hoy. Todos tenemos que morir, pero gracias a la cirugía y otros métodos actuales podemos ralentizar el proceso. Tenemos que examinar bien el tumor, saber en qué estadio se encuentra. Así sabremos cuál será el tratamiento más eficaz para usted.

—¿Entonces tengo probabilidad de sobrevivir?

—Eso depende de muchos factores: el tamaño del tumor, si se ha expandido y ha invadido otros tejidos de su alrededor o si se ha propagado por lugares distintos del cuerpo.

Mientras ella habla te fijas en algunos de los panfletos y pósteres expuestos por la consulta. «Programa de prevención del cáncer de cuello uterino». La palabra cáncer te resuena en la cabeza como una explosión.

Al salir de allí notas como todo el mundo te observa, igual que tú lo hacías antes. Intentas mantener la cabeza lo más alta posible. Parecer normal. Pero al poco, te desmontas como una montaña de naipes.

Quizás, soñar con tu padre era un sueño premonitorio. El estanque era tu organismo y la suciedad de este, el dichoso tumor, una mancha con la que tener que luchar.

Piensas lo que le dirías a tu padre ahora. *«Te juro que estoy intentándolo hacer lo mejor que puedo, aun así, no lo logro. Creo que soy una fracasada. Lo intento y lo intento, pero nunca obtengo lo que de verdad necesito. La mala suerte me persigue como una sombra pegada a mis pies. Me siento tan cansada que, aunque sea una paradoja, me cuesta dormir».*

Las lágrimas corren por tu cara como un sendero de agua. *«He tocado fondo como el hundimiento de un barco. ¿Qué podría ser ya peor?».*

Ni siquiera tienes ganas de llamar a Hanz o a tus amigos. Quizás tengas miedo de contagiarles tu mala suerte. Crees que cuanto más cerca de los seres queridos estás, más daño les originas. Una falsa leyenda que te has infundido a ti misma y que no te ayuda a estar mejor.

No tienes ganas de volver a casa. De hecho, te encantaría marcharte del país si no fuera porque no has encontrado tu pasaporte por ninguna parte. *«Maldito Mateo».*

Arrastras los pies por todo el paseo marítimo, acompañada de lágrimas todo el trayecto. Las vistas serían fabulosas, si no fuera por la abundante cantidad de visitantes que hay. El olor a paella se entremezcla con los de agua salada y crema solar. Te sientas bajo una de las palmeras donde una leve sombra se deja ver. Una señora con el carrito de la compra se te acerca, preocupada.

—¿Estás bien, chica? ¿Quieres agua?

Por un momento sales de tus pensamientos en bucle, para interpretar un papel neutral.

—Sí, estoy bien.

—¿Seguro? ¿Quieres que llame a algún familiar?

Te molesta que alguien se preocupe por ti. Estás enfadada con el mundo. La miras con odio, como si ella tuviera la culpa de lo que te está pasando. La señora se ha dado cuenta y ha dado marcha atrás. Luego, te has sentido tan mal por tu reacción egoísta, que te has puesto a llorar de nuevo. Tienes los ojos hinchados de liberar tanta lágrima, pero esto tiene un efecto sedante. Te sientes muy cansada. Poco a poco se te van cerrando los ojos y te dejas caer sobre el suelo de cemento.

El sonido de unas bicicletas te despierta. *«¿Cuántas horas habré dormido?».* Te levantas con el cuerpo agarrotado. Tienes llamadas perdidas de Iago y de Hanz. No tienes ganas de hablar con ellos, ni con nadie.

Te has comprado una botella de vino tinto y la estás bebiendo a palo seco mientras deambulas por la calle, dibujando eses y hablando sola. Las tiendas ya han cerrado. Se está haciendo de noche.

«Igual tendría que acabar lo que empecé hace un tiempo atrás. Quiero ir contigo, papá. Aquí, solo me pasan desgracias. Eso haré. Y fin de la historia. Lo tengo todo meditado».

Te parece divertido como los farolillos de la calle se van encendiendo en cada paso que avanzas, como si te hicieran de guía, o como si quisieran mostrarte algo. Al final de la calle, una de las luces ilumina un pequeño póster, algo cutre y viejo, pegado junto a otros anuncios. El escrito dice: «¿Eres bueno haciendo pasteles?». Estás segura de que no te hubieras percatado del cartel si no fuera por el foco de luz que justo lo ha iluminado al pasar tú. Te ha parecido un mensaje divino.

«¿Estás intentando hablar conmigo, papá?». Tu ebriedad te delata. «Porque eres un bromista cojonudo. Ya sabes que me encanta la repostería».

Te fijas que bajo el texto hay un número de teléfono. Decides llamar.

—Llamo por el anuncio.

—¿Qué anuncio?

—El de los pasteles...

Se produce un silencio al otro lado.

—Ah, hace siglos que colgué ese cartel. Pensaba que ya no estaba.

—¿Ya no buscáis a una buena pastelera? —preguntas con la lengua pastosa.

—¿Has hecho alguna vez esto?

—En plan profesional no, pero se me da genial.

—¿Pero cuántos encargos has hecho?

—¡Montones! No encontraréis a alguien mejor que yo.

Se vuelve a formar un silencio.

—¿Montones? ¿Cuántos?

—Uf... No llevo la cuenta, no sé, ¿cien?, ¿doscientos? Muchos.

—Está bien... —dice la otra voz, sorprendida—. ¿Puedes venir ahora en el Motel Paraíso?

—¡Perfecto!

Te extraña que te hayan hecho quedar en un motel a las afueras de la ciudad, pero tu cabeza y tu cuerpo aún están embriagados de alcohol, así que hasta te parece divertido.

Al llegar al sitio, mientras esperas el cambio del taxista, compruebas varias veces la dirección que te han dado. Si ya era raro quedar en un motel, este edificio de piedra tosca y vieja, con letras de neón fucsia como si estuvieseis en las Vegas, acaba desafiando todas tus expectativas.

El lugar es cutre, anti glamuroso y gris. Sin una tizna de color. En la recepción, por así llamarla, te espera un tipo con los dientes mellados y con aspecto de ser un yonqui consumido, que apenas sabe pronunciar «buenas noches».

Te señala una de las sillas sucias de plástico de la entrada, para que te sientes. Debajo de la capa de polvo parecen de color blanco. Realiza una llamada. Al momento te dice que ya puedes subir por las tenebrosas y estrechas escaleras de tu derecha.

—*Señerete, a pedes seber. Eticio treiento vintitino, premera anta* —dice, que en su traducción sería algo así como: «señorita, ya puede subir. Habitación trescientos veinticinco, primera planta».

Al subir por las insufribles escaleras desgastadas, un escalofrío te recorre el cuerpo.
«¿Pero a dónde narices estoy? ¿Ya he muerto?».

Llamas a la puerta, con sorprendente aplomo, aunque con los nervios posados en la boca del estómago. «*A ver si voy a conocer a Lucifer. Nunca imaginé que estuviera viviendo en un motel con tan poco glamour*».

Al pasar, te asombra ver una habitación tan amplia y limpia. Las cortinas aterciopeladas, de un color granate y mugrientas, tapan las dos pequeñas ventanas de la estancia.

Las paredes, probablemente, en su día, blancas, se han tornado de un color amarillo pastel. La cama, pequeña, está postrada junto a una de las paredes y a sus pies, un imponente armario ocupa un buen trozo de pared.

Dos hombres te esperan allí. Uno de ellos, el que te ha hecho pasar, está plantado al lado de la puerta y no ha dejado de examinarte con detenimiento, como si fueras una molécula repugnante a la que destruir. No tiene cara de buenos amigos, más bien parece el matón de una discoteca. Es un tipo alto y ancho como un guardarropa, completamente calvo y que viste con traje azul marino. Te preguntas si este será uno de los chefs de cocina, porque se le ve con buenas manos. Te lo imaginas destripando un pescado en menos de un minuto.

El otro hombre está sentado en el escritorio colocado en medio de la habitación. La mesa tiene tan poco encanto como todo lo demás. Con un gesto de la mano te indica que te sientes en

la otra silla vacía.

—¿Qué tal? Me llamo Roy —dice alargando un brazo para estrecharte la mano.

Este parece más simpático que el tío calvo, aunque tiene una mirada perturbadora que no acabas de descifrar. Se coloca detrás de una oreja los pelos que se le han escapado de la coleta. Luego, alisándose con las manos la americana gris, se vuelve a colocar en su asiento.

—Así que, dime, ¿cuál es tu experiencia? —te pregunta con amabilidad—. Me ha sorprendido que por teléfono me contaras que has llegado a encargarte de más de doscientas personas.

—¿Personas?

Tu cabeza poco a poco va despertando de la intoxicación ética que llevas y el ambiente cada vez empieza a parecerse más oscuro y despiadadamente real. No parece un lugar de repostería.

—Personas... Claro, no van a ser conejos. Sabes dónde has venido, ¿no?

—Yo... Creo que ha habido una confusión —dices fregándote la frente y los ojos.

De repente, el otro hombre, el de la cara de matón, se planta delante de vosotros.

—Ya te dije que esto no me pintaba bien.

—Tranquilo, Gabriel. No serás madera, ¿no? —dice Roy dirigiéndose de nuevo a ti.

—¿Poli? —dice riéndose el otro—. Por favor, no me hagas reír. ¿La has visto bien? ¡Pero si no es capaz de sostener un arma!

Tu cara empieza a enrojecer.

—Es que mírala, si tiene aspecto de haber estado vomitando. Está pálida como una lechuza y escuchimizada.

—Bueno... —dice Roy cambiando su sonrisa por una mueca de disgusto— veo que el trabajo de *sicaria* no es lo tuyo. Está claro que ha habido un error. Por favor, vete de aquí, antes de que acabe ahogándote en la bañera. Y como se te ocurra decirle a alguien alguna cosa de esto, te perseguiremos a ti y a toda tu familia.

Sus palabras te han recordado tanto a Mateo, que lo has querido fusilar con la mirada. Una voz endiablada se apodera de ti.

—¿Me estáis juzgando por ser mujer? ¿Acaso creéis que no puedo ser una buena *sicaria*? —dices llena de rabia y con sed de venganza.

—Nadie ha dicho eso —dice el más grandullón—, pero se te ve en la cara que estás muerta de miedo. Creías que venías a cocinar pasteles, ja, ja. ¿Por casualidad has usado alguna vez un arma?

Los miras con los ojos encendidos mientras aprietas los dientes.

—Nadie va a humillarme nunca más —pronuncias poco a poco—. Quiero este trabajo.

—¿Por qué debería contratarte? —pregunta Roy, muy serio. Gabriel se pone a reír y el otro lo manda a callar de un grito.

—Porque no sé cuánto tiempo me queda de vida, ya no tengo familia, tengo muy mala leche y odio a la humanidad.

—Bien, me vale —responde Roy—. Estás contratada. Acércale una pistola, Gabriel.

Este lo mira receloso, pero no se atreve a debatir sus órdenes.

Te entrega una pistola. Al cogerla, sientes que tu corazón bombea igual que lo hace el corazón de un caballo en una carrera. Intentas disimular el temblor de las manos.

—Es una *Glock 19*, así pequeñita como tú.

Lo miras con desprecio. Roy le da un toque de atención con la mirada.

—No te ofendas. Quería decir que es una pistola ágil, pesa poco y tiene un tamaño compacto, por lo que te será fácil de camuflar.

—¿Sabes cómo usarla? —te dice, incrédulo, Gabriel, al ver que no reaccionas.

—Pues claro —dices mintiendo, con orgullo.

Gabriel te vuelve a mirar como si fueras un cordero al que han dejado en medio de la montaña, delante de un lobo.

—Bueno, aunque sé que sabes usarla —responde con ironía Gabriel—, te recuerdo que el arma tiene tres seguros: dos internos y uno externo, en el mismo disparador. Y que, para el tiro, solo tienes que apretar el disparador.

Te quedas mirándolo, igual que mirabas a tu profesor de latín cuando te explicaba las declinaciones.

—Te entregaremos tres mil euros ahora y otros tres mil cuando hayas hecho el trabajo —te explica Roy, acercándote un fajo de billetes.

Te sudan las manos. Empiezas a ser consciente que no es un arma de juguete y que, además, es un instrumento que sirve para matar. Asientes con la cabeza y te das media vuelta para largarte de allí lo más rápido posible.

—Mía —te interrumpe Roy—, aún no te he dicho a quién tienes que cargarte.

Lo miras como si no lo hubieras oído bien. «Ah, ¿pero es verdad que acabo de aceptar un trabajo como matona?».

—Claro, dime su nombre.

—Aquí tienes. Te paso el nombre y la dirección.

Lees la descripción a duras penas, ya que los ojos se te nublan, debido a la excitación: «Jon Vidal. Calle Zaragoza número 31».

Te preguntas que habrá hecho el desgraciado ese para que lo persigan.

—¿Puedo preguntar qué ha hecho para que lo queráis ver muerto?
—No. No puedes preguntarlo. Las reglas son que yo te pido un encargo y tú lo realizas sin preguntar —te responde Roy.
—De acuerdo —dices con resignación.
—Una cosa más... Mándanos una prueba cuando el trabajo este hecho...
—¿Una prueba?
—Una oreja, un dedo... Lo que quieras, en un sobre cerrado, a este mismo motel.

Te entran arcadas de solo pensarlo. Gabriel ahoga una risa, pero sus ojos lo delatan. Te vas, intentando disimular tu malestar. Escondes la pistola en el bolso. Sientes como si llevases una bomba. El trayecto en taxi se convierte en un paseo muy largo, como si la pistola fuera a dispararse sola. El corazón te va a mil y sientes una opresión en el pecho.
«¿Pero qué demonios estoy haciendo? Estoy volviéndome loca de verdad. A ver, ¿qué pretendo demostrarme? ¿Matar me ayudará a enfrentarme a mis miedos? ¿Por qué he aceptado este encargo? ¿Quizás necesitaba tocar un arma con la que hacerme respetar?».

Está siendo una noche fresca. Se agradece, dadas las tortuosas horas de sol durante el día. El ambiente del abandonado parque acuático está algo más tranquilo. Por las mañanas, el ruido rabia con urgencia: música, skaters y excursionistas en busca de lugares abandonados.

Ahora solo se oye el sonido de alguna cigarra despistada y el coche de Mateo que acaba de llegar al lugar.

Este sale de la furgoneta, contento como si le hubiera tocado la lotería. Llama a Flora para que se acerque a la parte trasera del vehículo, con orgullo. Flora no tiene ni idea de a qué se deben esas prisas y toda esa emoción. Al abrir el portón, la mujer abre los ojos de par en par, como si hubiese visto un monstruo.

—Pero ¿qué has hecho? —le espeta, con repulsión.
—¿No te parece buena idea? Creo que nos podrá servir como moneda de cambio, por si la cosa se tuerce —dice Mateo.
—¿Servir? Ahora empezarán a buscarlo y nos pillarán, seguro. ¡Idiota!
—Lo tengo todo muy ligado y controlado. No te preocupes.
—¿Controlado? ¡Y una mierda! Estás obsesionado con Mía. No lo entiendo ¡Pero si no la quieres! ¿Qué te importa con quien folle esa zorra?
—No hables de mi mujer nunca más así, ¿entendido? No sabes una mierda de nada. ¡Ella es de mi propiedad! ¿Lo entiendes? Cállate la boca o...
—¡O qué! —responde ella desafiante.

Mateo se calla enseguida. Es la única mujer a la que tiene miedo.

—Tengo que llamar a alguien. Anda y mételo ahí dentro sin liarla mucho —le ordena Flora, enfadada, indicando una de las estancias del sitio.
—Ya te he dicho mil veces que no me llames a este número —responde una voz de hombre al otro lado.
—Tenemos un problema.

—¿Qué problema?

—Mateo ha secuestrado al médico.

—¿Qué? Te dije que este tío es estúpido. No sé cómo pudiste contratarlo...

—Eso da igual ahora. ¿Cuál es el plan?

—Tendremos que deshacernos de él.

—¿Matarlo?

—Ya me ocuparé yo. No le digáis nada a la Señora Lana.

—De acuerdo.

Ahí estás. Aparcada cerca de la puerta de su casa a las ocho de la mañana, esperando que salga de una vez. La pistola sigue en el bolso. Se ha convertido en tu peor enemigo. Quieres acabar rápido con todo este lío en el que te has metido. Ya no hay marcha atrás. Ya te dejaron claro esos matones de qué pie calzan. Tienes llamadas de tus amigos y de Hanz sin contestar. Pero primero necesitas resolver esto. Te sigue temblando el cuerpo. No vas a ser capaz de matar a alguien sin escrúpulos. Por eso vas a intentar negociar con él. Le dirás que no lo vas a matar, que solo se corte una oreja o un dedo y listos. *«Como si fuera tan fácil».*

De repente se abre la puerta principal de la casa ajardinada. De allí salen Jon Vidal y una niña pequeña de unos ocho años. Por el trato que tienen, podría tratarse de su hija. El corazón se te acelera. *«¿Una hija? Eso lo complica aún más».*

Se meten en el coche y tú los sigues a pocos metros de distancia. Al cabo de cinco minutos, aparca en un centro deportivo donde se despide de la criatura. Ha sido tan cariñoso con ella que aún no puedes entender por qué quieren cargarse al padre del año.

Jon es un tipo robusto, con unos impresionantes músculos y un cuerpo entrenado. Tendrás que pillarlo in fraganti y lo más lejos posible, para que no pueda atacarte.

El hombre se vuelve a meter en el coche. Conduce a una velocidad moderada, no parece que tenga prisa en llegar a dónde tenga que ir. Por fin, para delante de un bloque de pisos, a las afueras de la ciudad. Aprovechas para bajarte con discreción y seguirlo lo más cerca posible. Tarda un rato en abrir. Parece que no encuentra la llave. Al fin, entra y encaja la puerta para dejarla abierta. *«A lo mejor tiene que hacer algún tipo de traslado»*, piensas.

Al llegar, oyes como se alejan sus pasos hacia una de las puertas de los pisos de abajo. Lo sigues a toda prisa. La puerta está abierta. Sientes el corazón en la boca. Coges el arma del bolso. Sientes que te pesa como una roca. Pero no pesa más que ayer, es el miedo lo que te pesa. Al fin, entras.

—Sí que debe estar mal de personal Roy, para enviar a una pobre chica —dice el hombre, riéndose detrás de ti.

Te giras asustada. Pero el tipo no parece inmutarse. Está sentado en un cómodo sillón de cuero negro. El lugar es una especie de nave extensa, acondicionada con un escritorio de oficina, diversos ordenadores, dibujos infantiles, colores, y todo lo demás está dispuesto como un gimnasio personal.

Lo apuntas torpemente, procurando controlar el pulso, pero es imposible.

—Deberías ser más discreta. Te he visto desde la ventana de casa.

Jon tiene las facciones muy marcadas, una cara seductora, cuadrada y endurecida. Te

acercas un poco más. Sus ojos azulados muestran desconfianza y serenidad a la vez.

—¿Cuánto te han pagado?

—Tres mil.

—¿Solo eso? —dice riéndose.

—Y otros tres mil después de...

No te atreves a acabar la frase.

—Qué ratas. A mí me pagaban diez mil. Bien... ¿Y sabes disparar?

—Sí —le mientes.

—¿Y a qué esperas?

—Quería proponerte un trato —contestas sin dejar de apuntar.

—¿Un trato?

—No sé qué habrás hecho, pero no tengo ganas de matarte. Así que he pensado que, si te cortas un dedo o algo así, ya me va bien. Te puedes quedar con el dinero también.

—Vaya, qué generosa —dice levantándose de su asiento.

—¡Siéntate! ¡No te acerques! —le gritas, nerviosa.

—Mírate. Si pareces medio moribunda. No tienes ni fuerza para levantar el arma.

—Te lo advierto. Ya te he dicho que no quiero matarte, pero si tengo que hacerlo, lo haré.

—No eres capaz. Se te ve en la cara que eres una cobarde.

De repente, tu dedo se posa en el disparador del arma y sin pensártelo, disparas unas cuantas veces.

El chico está en el suelo. El detonante del disparo, en realidad, ha sido su mirada de desagrado.

—¡Dios mío! ¡Pero qué he hecho!

Te acercas al cuerpo. La sangre del cuerpo te marea.

—¡Ayuda! —gritas, dándote la vuelta hacia la puerta.

—¿Quieres parar de gritar? —te recrimina Jon, incorporándose antes de ir a cerrar la puerta.

—Pero... no estás muerto —dices como si estuvieras viendo un fantasma.

—Como voy a estar muerto... Tienes la puntería de un niño de dos años.

—Pero... la sangre...

—No es sangre, es pintura de mi hija, que acabas de esparcir por mi camiseta y el suelo —te reprocha mientras se limpia con un trapo—. Ya verás cuando se entere.

—Pero... —No consigues articular palabra, aún sigues en shock.

—Reconozco que tienes agallas.

Aún tienes el arma en las manos, como si se te hubiera pegado entre los dedos. Con cuidado, la dejas sobre la mesa.

—Anda, siéntate... —te dice señalándote el otro sillón—. ¿Un café?

Asientes con la cabeza, un café te viene ni que pintado ahora mismo. Le obedeces y te

sientas en la cómoda butaca.

—¿Seguro que no tienes ninguna herida? No quería dispararte, pero...

—Tranquila —te responde quitándose la camiseta azul y el chaleco antibalas de debajo—. Aunque me hubieses dado, iba bien preparado.

Su torso desnudo deja ver un cuerpo atlético y musculoso. Intentas no sonrojarte.

—¿Cómo sabías que te estaba siguiendo?

—Yo antes trabajaba de esto. Era un sicario —te responde, mientras se pone otra camiseta, una de color blanco, que dice «no limits»—, y aunque ya no pertenezco al gremio, uno no puede quitarse jamás esta capa. Es como el que ha ido a la guerra. Siempre estoy alerta.

Te sirve un capuchino con una mini galleta al lado.

—Así que —continúa—, en cuanto levanté las persianas sabía que estabas espiándonos. Y también sabía que me perseguía alguien que no era profesional, porque cometiste diversos errores.

—¿Y por qué dejaste que fuera hasta ti? Me podrías haber matado nada más salir del coche, de un suspiro.

—Me apetecía conocerte. Y no soy un asesino.

—Bueno... Eso es discutible.

—Estás equivocada. Yo mataba para ganar dinero. No era uno de esos psicópatas que disfrutaban torturando, violando o matando a gente inocente. Esas personas que matan por diversión o placer deberían estar en la cárcel. Tengo dos reglas muy claras en mi vida: no mato mujeres; no mato niños.

—¿Y cómo sabes que no has matado a alguien inocente?

—Porque los investigo antes.

—Para limpiar tu conciencia.

—No. Mi conciencia está muy limpia. Cuanto más estiércol limpie, más segura será la ciudad para mi hija.

Te asombran sus palabras tan claras y contundentes.

—Así que el desgraciado de Roy te ha mandado a liquidarme —dice haciendo una mueca de desagrado—. Lleva dos años intentándolo, el muy imbécil.

—¿Y por qué quiere verte muerto?

—Porque trabajaba para él y lo dejé plantado. Un día miré a mi hija —añade y sus ojos se iluminan— que me dijo: «Papi, ¿vendrás a verme esta noche en el festival de danza?». Yo ese día no podía ir a verla, porque tenía un encargo. Además, su madre está en la cárcel, solo me tiene a mí. Y se me rompía el alma, que no hubiese nadie más que la niñera, entre el público. Así que abandoné.

—Es un buen motivo.

—Sí. Pero Roy no lo entendió. Y desde entonces dice que le debo dinero, cosa que es mentira, porque le devolví el adelanto que me hizo.

—¿Entonces por qué insiste?

—Esta gente es peligrosa. Creen que eres de su propiedad y que no puedes marcharte así

porque sí. Pero ahora estoy mucho mejor. Soy lo que se dice un espía informático —dice señalándote con las manos su despacho, antes de continuar—. Bueno, te toca. Háblame de ti. ¿Quién eres? ¿Cómo te has dejado meter en este lío?

—Buena pregunta. Me llamo Mía, soy exmujer de la limpieza con el sueño de ser la mejor pastelera de este pueblo y... en resumen, ayer me dijeron que tengo un tumor, mi padre murió recientemente por culpa de mi exmarido, el cual es un maltratador de mujeres, un sádico sin escrúpulos y al parecer, un camello... Ah, y mi supuesto novio está desaparecido en combate.

—Claro, con todo ese estrés, no me extraña que quisieras ser una asesina a sueldo.

—Bueno, en realidad, no quería matar a nadie... Es que aún no sé ni como me he metido en todo este embrollo. Y no sé qué voy a decirles a Roy y Gabriel... —lamentas, preocupada.

—Por esos dos ni te preocupes. Ya me ocupo yo. Y quédate con el dinero, creo que lo necesitas más que yo.

—Está bien. Gracias. Y siento lo de las pinturas. Te compraré más para tu hija. ¿Cómo se llama?

—Celeste.

—Qué nombre más bonito.

—Sí, se lo puso su madre.

—¿Puedo preguntarte por qué está en la cárcel tu mujer?

—En realidad exmujer. Pues... Alina fue una imprudente y una mentirosa. Hacía años que trabajaba con unos narcos distribuyendo drogas. Yo no sabía nada. La podría haber advertido, si hubiera sido sincera conmigo. Me engañó durante todo ese tiempo.

—Cuánto lo siento...

Haces el amago de levantarte para irte despidiendo.

—Yo también lo siento, aunque ahora somos amigos. La verdad es que no es mala mujer, pero se dejó engañar por esa banda de buitres, la metieron en una emboscada donde ella fue la víctima.

Cuando estás a punto de irte, Jon te llama la atención.

—Te dejas algo.

Te muestra la pistola que dejaste sobre la mesa.

—Quédatela, por favor. Yo no sé qué hacer con ella.

—¿Estás segura? Puedo enseñarte a disparar —dice acariciando el arma—, y también a luchar.

—Segura. Ahora solo necesito una ducha muy fría.

—Está bien. Aquí tienes mi número —dice extendiéndote un papel—. Y si quieres volver a jugar a ser sicario, ya sabes dónde estoy.

No importa el mañana. Es aquí y ahora lo que importa. El suave vaivén de las olas del mar tocando la punta de tus pies. El aire nítido meciendo tu pelo. Las gaviotas revoloteando sobre tu cabeza. ¿Qué pasará mañana? Quién lo sabe... Tu madre siempre te decía que la vida te suspendería. Quizás tenía razón. O quizás no eran más que palabras hechas de fósforo tóxico y que ahora arden incandescentes, a saber dónde.

Martina Bravo tenía una arrogancia innata y dado su carácter narcisista, necesitaba una admiración incesante. Demandaba que le recordasen lo que valía como madre y necesitaba escuchar lo talentosa que era, para sentirse superior a los demás. Para valorarse a sí misma necesitaba elogios constantes, logros y éxito rotundo en su trabajo. Por eso se ofendía con facilidad, puesto que solo era capaz de visualizarse a través de los ojos ajenos. Solo encontraba valor a través de los que la rodeaban.

El hecho de ser madre creía que le daba el título para machacarte verbal y emocionalmente. «Mía, no rías tan exagerado, se te ven demasiado los dientes»; «No te pongas ese vestido, te marca demasiado el culo y pareces una ramera»; «Mía, córtate el flequillo, con ese pelo pareces una inútil»; «Deja de quejarte y llorar porque no te han invitado a esa fiesta. A mí tampoco me invitaban, porque era mejor que ellos. Y mira ahora, la gente se pelea por quedar conmigo»; «Esfuézate más con los estudios, si no quieres ser la tonta del pueblo. Un notable no es suficiente. Yo a tu edad sacaba diez en todo». Con ella no podía existir el error. Equivocarse era de perdedores.

Tampoco toleraba que sus opiniones fueran cuestionadas o refutadas. Ignoraba o subestimaba tu dolor o tus necesidades. Las tuyas eran primero.

Cuando te parecía que hacía un acercamiento de cariño hacia ti, solo eran apariencias delante de los demás. Luego, volvía su comportamiento frío, seco y distante.

El control constante y la vergüenza generaron en ti mucha inseguridad, sintiéndote culpable cuando tu madre no estaba satisfecha contigo. Sintiéndote una carga, incluso cuestionándote el derecho a vivir. Pero en realidad, tu madre nunca estaba complacida con nadie, ni con ella misma.

Tu padre casi nunca estaba presente cuando este control abusivo se producía. Ella mentía u ocultaba ese abuso. Así que él se mostraba pasivo, sin mucho que aportar. No aprendiste a protegerte ni a defenderte. No aprendiste a amar. *«¿Cómo podría ser digna de amor, cuando mi propia madre no me ama ni me acepta?».*

Y un día, Mateo se cruzó en tu vida, como un meteorito de estiércol. No es de extrañar que te sintieras atraída por un personaje así. ¿A quién te recordaba Mateo, sino a la figura de tu madre?

Tener cáncer es como un punto y aparte. Es como... vale, ¿y ahora qué? Es algo que no

puedes controlar y eso te crea una gran impotencia. El no saber qué pasará. No temes a la muerte, es solo el miedo a no tener control sobre tu cuerpo. Al dolor. El saber que hay un tumor expandiéndose dentro de ti y tú no puedes hacer nada. Y lo que es peor, aún crees que esto te pasa por tu culpa. Estás enfadada. Te preguntas: ¿Por qué yo?

Casi completamente sola, delante del mar, la escena es perfecta. Caminar veinte minutos por un camino de piedras hasta llegar a esta cala recóndita de Rabadás tiene su recompensa.

La fatiga, el dolor de espalda y cabeza, y el cansancio han vuelto. Aunque en realidad ni se habían ido. Desde que estuviste con Jon esta mañana, no has sido capaz de moverte de este sitio. Demasiadas emociones en tan solo dos días. Demasiada adrenalina. Tendrías que contestar las llamadas perdidas de Iago y Hanz. Se lo debes, aunque te dé pereza y estés enojada con todo el mundo.

Y ninguna llamada del buen doctor. Te preguntas qué mosca le habrá picado. Has vuelto a repasar el mensaje del móvil que te escribió. Parece que tuviera prisa cuando lo redactó. Algo no te cuadra. Si ni siquiera discutisteis. De hecho, te parece casi absurdo que necesite alejarse de ti, cuando vuestra relación se había iniciado hacía poco. Es decir, aún no sabes cuál es su película preferida o como se toma el café por la mañana. Hay algo en todo esto que te huele a chamusquina, pero esperas que pronto se aclare.

—¡Mía! ¡Por fin! Dichoso son mis oídos. Voy a tener que ponerte un localizador encima. ¿Pero dónde estabas? —contesta, preocupado, Hanz, al oír tu voz.

—Lo siento, Hanz. Tranquilo. ¿Ha pasado algo?

—Siempre que estás ausente pasan cosas. Para empezar, te había llamado porque no tenía donde dormir y me dijiste que podía ir a tu casa... ¿Recuerdas?

—¡Ostras! Es verdad, Hanz... No me acordaba de que te habían echado del hotel —dices golpeándote la frente con la palma de la mano.

—Tranquila, eso ya está resuelto. Será por hoteles... Este pueblo tiene más hoteles que turistas. Me alojo en el *Palace Rabadás*. ¡Y la habitación tiene vistas al mar!

Escuchas como se ríe al otro lado del teléfono. Echabas de menos su sentido del humor.

—Me alegra oír eso, Hanz, aunque ya sabes que puedes quedarte en mi casa cuando quieras.

—*Ja!* Pero la verdadera razón de mi llamada es que tus amigos me han llamado varias veces, porque antes de ayer fuiste al médico y no sabían nada de ti. Y yo ni siquiera estaba al corriente. ¿Te encuentras bien? ¿Qué te han dicho?

—Mejor lo hablamos en persona.

—Está bien. También tengo que enseñarte nuevas fotos que he hecho. Creo que deberíamos hacer algo con todo este material.

—Vale. Te espero aquí en una hora y media, en casa. Iré haciendo algo de comer.

Mientras los macarrones se cuecen en la vieja olla de acero inoxidable, llamas a Iago. Este también se muestra alarmado.

—Perdona, Iago. No quería preocuparos. No he tenido una buena semana que digamos.

—Pero ¿qué te ha dicho el médico?

Prefieres contarle la noticia de carrerilla, para que no te dé tiempo a llorar y a su vez hacer sentir mal a Iago, pero al momento notas como se deslizan unas lágrimas por tus mejillas.

—Tengo un tumor en el cuello uterino.

—Vaya, Mía, lo siento —te responde compungido—. Ojalá pudiera haberte acompañado. ¿Pero qué te han dicho? ¿Cuál es el siguiente paso?

Sigues intentando retener más lágrimas, siendo imposible.

—Tienen que seguir haciéndome pruebas para ver si se ha expandido por otras partes del cuerpo y, a partir de ahí, decidirán cuál es el mejor tratamiento.

—¿Cuándo vuelves a tener hora?

—El lunes.

—Pues pediré fiesta en el trabajo y te acompañaré. ¿Quieres que vengamos a verte?

—No, tranquilo. Estoy bien. He quedado con Hanz, tenemos que hablar de unas cosas...

—Ok, pues te llamo luego. Un abrazo.

—Un abrazo, Iago.

—Ya sabes que te queremos.

—Lo sé, y yo también os quiero.

Al colgar, un llanto amargo se apodera de ti. Y la culpabilidad también hace acto de presencia... Te castigas como si el cáncer fuera responsabilidad tuya, pero no eres tú quien ha elegido el cáncer. De hecho, no lo quieres como compañero. Quieres que se vaya tal y como ha venido.

«¿Por qué no habré estado más atenta a los síntomas? Tendría que haber ido antes al médico... ¡Ah!, todos esos dolores eran tan parecidos a los que suelo tener por el maldito trabajo, que nunca pensé que fuera algo grave...

Estoy enfadada conmigo, con mi cuerpo...»

La pasta ya está preparada, solo para gratinar. Entretanto, Hanz, que ha llegado puntual como un reloj suizo, te pasa las almendras para acabar de elaborar el postre.

—¡Qué buen olor! ¿Son macarrones a la boloñesa? —exclama Hanz, con hambre.

—Sí.

—Oh, es mi plato favorito. Ya estoy salivando...

—Ya sé que te encantan, por eso los he hecho. Y también, como ves, estoy acabando de cocinar este Bienenstich. Espero que te guste.

—Madre mía. ¿Qué celebramos? También es mi postre favorito.

—Acércame esos vasos —le dices señalando uno de los muebles acristalados de la cocina.

Mientras ponéis la mesa, Hanz, al fin te pregunta:

—Bueno, mi niña, ¿me vas a contar que te ha dicho el médico?

—Pues...

Haces una pausa mientras dejas los vasos sobre la mesa. Lo miras intentando mostrar serenidad, pero de repente te desmontas y lo abrazas con fuerza. Tu propia congoja te estaba ahogando.

—Está bien. Eh, tranquila —murmura Hanz, con una tierna voz—. Vamos, sentémonos en el sofá y me explicas.

Le cuentas lo que te dijo la doctora y que estás esperando que te hagan más pruebas.

—Es normal que tengas miedo, pero no estás sola y tienes gente en la que apoyarte. Sabes que siempre puedes contar con nosotros en todo momento. Me acuerdo cuando Martha enfermó... Un cáncer de páncreas. Ella intentaba hacerse la fuerte y no llorar. Pero hay que llorar cuando uno lo necesita y explicar cómo se siente y cómo podemos ayudarlo. Martha, en vez de preocuparse por ella, pensaba en mí. No quería verme apenado. Así que me cocinaba maravillosamente, se esforzaba para que fuéramos juntos al cine, aunque no tuviera fuerzas... Era fantástica e increíble.

A Hanz se le humedecen los ojos.

—Me hubiera encantado conocerla.

—Y a ella conocerte a ti. Debes seguir el tratamiento. Te curarás y te pondrás bien.

—No sé, Hanz. Estoy aterrada.

—Has estado todo este tiempo poniendo el foco en otras personas, siendo la sombra de los demás. Quizás ya toca poner el foco en ti. Hay muchos motivos para tener esperanza.

La campana del gratinado suena con desespero.

Después del festín que os habéis metido entre los dos, Hanz te enseña las fotografías que ha hecho con su cámara retro. En ellas aparece una señora muy elegante, alta, vestida con un buen traje blanco impoluto y gafas de sol.

—Sobre todo me llamó la atención que en un sitio así saliera esta señora de un Mercedes de color negro. Creo que es alguien importante.

Te acercas la imagen para precisar mejor en los detalles. El aura de esa señora misteriosa te sobresalta, convirtiéndose en un pequeño escalofrío.

—Mira esta otra foto.

La observas con detenimiento. La señora tiene un brazo levantado y señala con un dedo a Mateo, mientras Flora la mira aterrada.

—Parece que les esté echando una bronca —dices tú, aguantando la risa.

—Y mira estas otras fotos.

—¿Peluches?

—Sí. Pero no creo que sean unos peluches cualesquiera. Ya sabemos de qué estarán rellenos, eh...

—Sí...

—Pues con todas estas evidencias ya podemos ir a la policía.

—No sé si nos harán caso. Yo no tengo muy buena experiencia que digamos. En cuanto vea que les enseñamos la foto de osos de felpa se van a reír de nosotros.

—Pues iremos a otra comisaría y si no a otra y a otra... Hasta que nos hagan caso. Un buen poli debería darse cuenta de que hay algo perturbador en esas imágenes.

—¿Y por qué no enviamos las fotos a algún periódico?

—No, ahí sí que pensarán que es una broma.

Después de un rato debatiendo sobre qué hacer al respecto con las fotos, tú y Hanz decidís ir a una de las comisarías más cercanas, con todo el material documentado para denunciarlo.

Después de atravesar el estrecho arco de seguridad de la entrada, una agente armada os dirige amablemente hacia la sala de espera que hay en el fondo. La habitación cuadrada es lóbrega, sin una pizca de alegría ni color. La bancada de cinco plazas apoyada en la pared desgastada parece igual de incómoda que las del hospital.

Habrán una docena de personas, de orígenes muy variopintos. Parecéis una congregación de la ONU. Todas esperando, impacientes, vuestro turno de ser atendidos.

Dos chilenas, hartas de esperar, os regalan su número, el noventa y siete.

—¿Están seguras? —les preguntas.

—Por supuesto. Llevamos aquí desde la una y ya son las cuatro de la tarde. Ni siquiera hemos comido. Ya tendremos más suerte el próximo día.

Vosotros os miráis desalentados.

—¿Qué hacemos? —preguntas, exasperada.

—Sentarnos en esos dos asientos libres y esperar. No nos queda otra...

El ritmo de entrada y salida de la gente es agotador, casi todos vienen para dar partes. Dos horas después de observar un sinfín de disputas: una familia francesa a la que han robado la tarjeta de crédito mientras estaba en la playa, unos turistas chinos enfadados porque nadie les entiende... Por fin, la misma agente de antes os indica que ya podéis pasar.

Un agente con cara de cansado y estar hasta el gorro de atender a un sinfín de personas os atiende sin mucha motivación. Al poco de explicarles vuestras sospechas y enseñarles las fotos hechas, el hombre se rasca la barbilla, nervioso, y suelta un gran resoplido.

—¡Será posible! —maldice con un gran asqueo.

Vosotros os miráis de soslayo.

—¿Qué pasa, Javier? —le dice otro agente, de mayor rango.

—Pues que la gente ve la serie CSI y se piensa que esto es una película —se queja, mientras recoge las fotos y se las enseña al compañero.

—Miren —continúa mientras señala el pasillo—. ¿Han visto la cola que hay ahí? ¿No les da vergüenza poner a prueba mi paciencia con la de cosas que tenemos que hacer? Ya pueden dar media vuelta y marchar de mi vista.

—Un momento —dice el otro agente—. Ya me ocupo yo de esto. Vengan a mi despacho, les atenderé mejor allí.

—Pero, señor, les van a hacer perder su tiempo —comenta el otro, indignado.

—No, que pasen ahora mismo. Quiero que me expliquen que es lo que han visto.

—Por supuesto, como usted ordene.

Entráis al despacho del agente y este se presenta.

—Soy el inspector Oliver Marin. Siéntense, por favor. Explíquenme mejor donde está el lugar y todo lo que hayan visto.

—Por fin alguien que nos escucha —te susurra aliviado y alegre, Hanz.

Cuando le desarrolláis toda la historia, incluido lo que visteis en el hotel y toda la gente que está involucrada, el agente muestra ganas de ayudaros. Se ve una persona con empatía y motivado, que sabe escuchar.

—Han hecho bien en denunciarlo —dice felicitándoos—. Creo que son buenos ciudadanos. Gracias a vuestras sospechas y trabajo podremos atrapar a toda esa gentuza, casi seguro.

Vosotros levantáis el pecho con orgullo, contentos como si os hubierais quitado una carga de encima. El inspector apunta la dirección del lugar en un papel y se queda con las fotos.

—Una cosa. Os tengo que advertir que lo que habéis hecho os honra, pero a su vez es muy peligroso. Por eso mismo, necesito que me prometan que no van a seguir jugando a los detectives.

Hanz enarca una ceja y lo mira algo molesto. Pero acto seguido el señor dice con una sonrisa:

—Dejen que se ocupe la policía a partir de ahora. Prometo que os mantendré informados.

Vosotros asentís y os largáis de la comisaría.

Solo en la penumbra, Saúl se esfuerza en levantarse del suelo y seguir una serie de estiramientos. Hace días que está recluido en este sórdido zulo de ocho metros cuadrados que había sido el cuarto de las escobas. Ni siquiera cuenta con un lavabo. Tiene que hacer sus necesidades en una palangana. Cuando cree que es de día se levanta y hace algo de ejercicio para no volverse loco. Apenas cabe allí una cama abatible. Hay una pequeña ventana alta que da a un pasillo que a su vez da a un patio interior. La estancia es claustrofóbica.

No recuerda mucho cómo llegó hasta aquí, solo un fuerte golpe en la cabeza. Al despertar dentro de una furgoneta, estaba atado de manos y pies y con una mordaza en la boca. Se imagina que el tipo que lo ha secuestrado es tu exmarido. Tampoco se ha molestado en taparse la cara. Estos días, una mujer joven le ha estado trayendo comida y agua. También se ha encargado de vaciarle la pileta de orina a diario. La chica, que parecía nerviosa, evitaba a toda costa tener una conversación con él.

De repente, oye unos pasos firmes acercándose hacia la puerta. Saúl sabe que no se trata de la joven mujer. Se abre la puerta con vigor. Cierta angustia se apodera de él. Desde el umbral aparece la silueta del hombre que lo ha retenido, el que ahora lo ilumina con una linterna.

—Ponte los zapatos. Nos vamos —le ordena con resentimiento.

—¿Eres Mateo?

—¿Y tú eres el que se folla a mi mujer? —te dice con la mirada incisiva.

—Ya no es tu mujer.

—¿Cómo que no? ¿No te ha dicho que está casada?

Saúl se acerca un poco más hacia su secuestrador.

—Tú no la quieres. Eres un misógino, no quieres a ninguna mujer. ¡Eres un maltratador! —se envalentona Saúl.

—¡Atrás! —le ordena Mateo, mientras lo apunta con un revólver que se ha sacado de la cintura—. ¡Ponte los putos zapatos y calla de una puta vez!

Saúl, con una expresión de perplejidad, le obedece y se pone las zapatillas de deporte.

—¿A dónde vamos? —consigue preguntar Saúl después de aclararse la garganta, ahora más cohibido por la pistola.

—A Disneyland —le responde Mateo, sarcástico—. Vamos a cambiar de ubicación para que tengas una lujosa habitación.

—¿Qué queréis de mí?

—Pues aún no lo sabemos. Lo que está claro es que si estás aquí es por culpa de Mía.

—Mía no es culpable de nada. Solo tú y tus actos lo son.

—¿Mis actos?

—¿Acaso te parece normal secuestrar a un hombre?

Mateo se lo queda mirando, pensativo, molesto.

—No es del todo un secuestro, es solo una estrategia...

—¿Y qué me dices de pegar a Mía? ¿También es una estrategia? ¿Disfrutabas con ello? —de nuevo, Saúl parece coger valentía en la palabra.

El hombre no quiere seguir devanándose los sesos. Pensar demasiado le hace explotar el cerebro. Así que le da un golpe en la cabeza con la culata de la pistola, para no seguir oyéndolo. Saúl cae desplomado en el suelo. A continuación, Mateo lo arrastra por el pavimento sucio hasta la furgoneta.

— Este tío solo me da trabajo —protesta, con el sudor en la frente.

Al fin ha conseguido llevarlo a rastras hasta el vehículo.

Pudiera darse el caso que una infancia terriblemente dura y cruel, llena de palizas, hubieran hecho mella en Mateo. Pero no era el caso. Al menos no se trataba de un maltrato físico, más bien psicológico.

Provenía de una familia adinerada que lo rechazaba continuamente, por no estar provisto de una gran inteligencia y haber abandonado bien joven los estudios en la escuela superior de administración y dirección de empresas. En cuanto dejó la carrera, le cerraron el grifo.

Quizás se fue forjando un carácter rudo y carente de sensibilidad en él, en gran parte, por una falta de límites y de la capacidad de sus padres de educar con normas. De hecho, eran tan mal educadores, que podían ser muy permisivos dejando solos a unos niños de diez años durante más de una semana y, en cambio, demasiado exigentes solo por haber roto una jarra de agua. Por ello lo castigaban dejándolo en un cuarto oscuro durante días. De ahí su fobia a la oscuridad.

Sus progenitores mostraban despreocupación y pasividad hacia él, solo parecían tener ojos para su hermana Raquel. Y eso que solo había ido a una buena academia de inglés para acabar trabajando en una recepción de hotel. Pero la niña tenía títulos de idiomas. Así que ella sí disponía de ciertos ingresos mensuales por parte de sus familiares. Poco les importaba que él se hubiera formado finalmente como técnico superior de automoción. Lo que ellos veían era que no sería el empresario o banquero que ellos querían que fuera.

Nunca acudieron a las citas y reuniones del colegio. Lo despreciaban y desvalorizaban en público. Su padre lo ridiculizaba cuando no jugaba bien a fútbol, mientras que su madre permanecía impasible: «Nunca serás el mejor».

Sus padres tenían dificultades en su matrimonio. Hasta que llegaron a divorciarse. En ocasiones le echaban la culpa de esa decisión. Según ellos, sus discusiones giraban en torno a él, de ahí su malestar conyugal.

Estaban siempre fuera de casa, nunca tenían tiempo para compartirlo juntos. Y el poco

del que disponían era para su hermana.

Abusaban del alcohol. En casa el whisky se bebía como el agua.

Cuando te conocí, una chica atractiva, aunque delgaducha, le pareciste la mujer ideal para planear su propia familia. Quería demostrarles a sus padres que él era capaz de encontrar una buena chica, tener su propia casa. Que no necesitaba nada de ellos.

Eras como la pieza que necesitaba para llenar ese vacío que le dejó su infancia. Hasta que acabó derramando su frustración contra ti por cualquier minucia. Si había tenido un mal día en el trabajo, lo descargaba contigo. O si los celos hacia su hermana lo consumían, también lo pagaba contigo. Después del daño que te hacía, venía el arrepentimiento. De alguna manera sabía que no estaba bien, pero era como una adicción. No podía soportar que pudieras tener tu propia vida. Él te veía como un objeto pegado a su costilla. Que tú pudieras decidir quedar con tus amigos o realizar cualquier actividad con otras personas le producía una sensación de pérdida de control, que desembocaba en una reacción agresiva.

Fuera de casa parecía un tío agradable, sin embargo, alguna vez se le escapaba algún gesto o alguna palabra malsonante. Toda esa frustración y rabia la iba cargando con él para luego vomitarla sobre ti. Hasta que un día pasó algo. Hace ya casi dos años, antes de Navidad, Mateo llegó a la fábrica como cada mañana, ya vestido con su uniforme y con una sonrisa amable. Saludó a todos sus compañeros. No se olvidaba de ninguno. Esa necesidad de estar bien con todo el mundo era de vital importancia para él. Se dirigió hacia la planta de montaje, donde se encargaba de unir todas las piezas del puzzle. Era donde los motores arrancaban por primera vez. Hacía muchos años que lo habían asignado en esta sección y disfrutaba mucho con ello. Cuando se disponía a desmontar una de las puertas del vehículo, Ramón Fuentes, uno de los jefes de la empresa, lo cogió por banda y le ordenó que se fuera a la primera planta, la de prensas. Ese era el primer proceso, el inicio de todo, donde unas enormes bobinas de acero eran cortadas con un troquel por los especialistas y se daba forma a cada pieza. Pero a Mateo ese trabajo le parecía demasiado sistemático, le parecía más atractivo en el lugar donde estaba.

—Pero... Ramón —se quejó—. ¿Ha pasado alguna cosa? ¿Por qué me cambias de planta?

—Porque ha entrado nuevo personal y tienen que aprender diferentes procesos también —le respondió, mientras le mostraba al chico joven que había a su lado.

—¡Pero no es justo! —dijo con voz quejumbrosa—. Yo soy el mejor en esto, y lo sabes.

—¿Perdona? ¿El mejor?

Se rio.

—Aquí nadie es imprescindible —prosiguió—. Y haz el favor de ir ya a tu puesto de trabajo. Deja de pasar el rato, anda.

Mateo se sintió humillado. Herido como un niño. Quería llorar. Necesitaba desahogarse. Necesitaba golpear algo. Su rabia fue creciendo como la lava de un volcán. Con el rostro ido, se fue hacia la planta de pintura. En esta planta de acceso restringido, era donde se producía uno de los procesos más delicados en la fabricación de un coche, ya que por cualquier imperfección que pudiera aparecer en el vehículo, tenían que volver al punto inicial de esta fase.

Mateo pegó a uno de los operarios que estaba protegido con la escafandra y le cogió una de las pistolas aerográficas. De manera aleatoria y lunática empezó a pintar el coche sin seguir ningún patrón, dejando así la carrocería hecha un fiasco.

Su despido fue ipso facto, además de tener que pagar una altísima cantidad de dinero por los daños causados. Nunca te comentó nada al respecto. Tampoco lo sabían sus padres, ni su hermana. Sería demasiado humillante para él admitir que lo habían despedido.

Un día, mientras te esperaba a la salida del trabajo, conoció de cerca a Flora. Solo la había visto de lejos, durante esas esperas en el parking del hotel. La había observado. Como se adentraba en su porche con elegancia y le saludaba con una mano. Ella también se había fijado en él.

Ese día, la vio en apuros, dándole patadas al coche con sus largas piernas, porque no lo conseguía arrancar. Aunque tenía unos rasgos masculinizados, le pareció mona y sofisticada. Pero lo que más le atrajo fue su cartera.

Le ofreció su ayuda. Al fin y al cabo, él seguía entendiendo de coches y siempre tenía cachivaches en su maletero para situaciones así.

—¿Necesitas ayuda? —le preguntó Mateo, con su mejor sonrisa.

Sabía ser un caballero con quien quería. Aunque era un caballero con un oscuro corazón.

—Pues me vendría bien, la verdad. Llego tarde a una reunión —contestó ella, nerviosa.

El perfume de Mateo se sumergió en su nariz y sintió un leve cosquilleo en el vientre. Hacía tiempo que no tenía un hombre atractivo tan cerca. Y aún más tiempo que sus órganos sexuales permanecían dormidos. Casi ni se acordaba de cómo era tener sexo.

—A lo mejor es la batería, esas cosas pasan. A veces uno se deja algo encendido: las luces, la radio... y se descarga.

Mateo acercó su coche hacia el otro vehículo y sacó del maletero unos cables con pinzas. Las puso en la batería del coche de Flora y a los pocos minutos ya rugía como un león hambriento. Pero a Flora, aquella asombrosa actuación, que tampoco era para tanto, la excitó como a una colegiala un concierto de Justin Bieber. Enseguida lo invitó a un café para mostrar su agradecimiento. Quedaron al día siguiente, por la mañana, en el Bar Lucky.

Antes de irse, ella vio como tú te metías en el coche de Mateo. Saber que era tu pareja le dio una especie de punzada en el estómago y una razón más que suficiente, para intentar conquistar al chico que le había hecho vibrar como el motor de un coche.

Qué frágil y pusilánime te sientes. Otra vez en el mismo hospital, delante de la misma puerta. Por suerte, esta vez ya funciona el aire acondicionado.

Míriam y Iago te han acompañado en esta ocasión. Laia no ha podido, por el trabajo. Aun así, no para de enviarte mensajes de ánimo, a su manera: «qué valiente eres», «no estés triste», «ánimo», «vas a salir de esta» etc.

Te sudan las manos. Temes que la oncóloga te diga que el tumor tiene un pronóstico malo.

—Eh —te susurra Iago, cogiéndote una mano—, no te preocupes, ¿vale? Todo va a salir bien. Si fuera muy grave, ahora estarías agonizando, con una apariencia decaída...

—Sí, tienes buen aspecto —afirma Míriam.

—Que me veáis fantástica y que mi aspecto físico parezca estupendo no quiere decir que mi cuerpo no esté luchando. Cada día es una batalla. No me veis cuando tengo náuseas, dolor, o cuando no puedo levantarme de la cama.

—Perdona —dice Míriam—, tienes razón. No sabemos por lo que estás pasando.

—Mía, solo queremos animarte —dice Iago—. Sé positiva, todo va a salir bien. Eres muy valiente.

—Me gustaría que dejarais de presionarme para tener una actitud positiva —contestas, enfadada—. No soy valiente. Tengo muchísimo miedo.

Te arrinconas en tu sitio dándoles la espalda. Enseguida los dos se acercan a ti y te abrazan. No puedes reprimir el llanto.

—No quería ser borde. Es que no puedo más.

—Perdona —dice Iago—. No tenemos ni puñetera idea por lo que estás pasando y tampoco sabemos qué decirte para animarte.

—No tenéis que decirme nada. Solo estar.

Una de las enfermeras te hace pasar dentro de la consulta. Te acompaña Míriam. Al pasar de nuevo por la misma sala sientes un estremecimiento recorriéndote por el cuerpo. Tu incomodidad se hace palpable en el ambiente. No sabes si sentarte o quedarte de pie. Míriam te alienta a sentarte. La doctora ya está lista con tu expediente, para comentar tu pronóstico.

—El cáncer de cuello uterino se encuentra en etapa dos —te explica la doctora.

—¿Qué significa eso? —preguntas.

—Significa que el cáncer ahora se ha propagado más allá del útero, pero no más allá de la pelvis o la vagina.

Tu cara de estupor se hace palpable. Míriam te coge una mano para consolarte.

—¿Y qué se puede hacer?

—Tendrás que someterte a una histerectomía radical y extirpación de ganglios linfáticos pélvicos con quimioterapia, además de radioterapia dirigida a la pelvis.

Cada palabra que dice la oncóloga se te acaba embotellando en el cerebro.

—De aquí en unas seis semanas empezaremos con el tratamiento. Te llamaremos.

Te vas hacia casa, con la angustia y la tristeza de tener que pasar por un amargo tratamiento y no saber el resultado final, no saber cuándo se va a acabar esta pesadilla. Si es que se acaba algún día. Iago y Míriam han insistido en quedarse contigo, pero solo te apetece estar sola. Poner algún disco de música y mirar hacia el techo, para ver si alguna araña está tejiendo alguna nueva tela.

Al rato, recibes una extraña llamada de Hanz.

—*No me da tiem... a explicárt... todo, te estoy llamando... la moto...*

—Se entrecorta, Hanz. ¿Por qué corres tanto?

—Porque me están siguiendo, Mía.

—Dios. ¿Quién te sigue? ¡Ve a la policía!

—¡No! La policía... Han cambiado de ubicación... No te fíes.

—No entiendo nada.

—He... mi cámara en... treinta... y... fotos... Ya verás... Sa...

—No te oigo bien, se entrecorta, Hanz. ¡Dime donde estás que ya voy! —gritas, nerviosa.

—¡Cámara! No te fíes... ¡Saúl! —vocifera Hanz.

—¿Saúl?

«¿Qué pasa con Saúl?». De repente se oye un fuerte golpe. «¿Se le habrá caído el móvil?».

—¿Hanz, estás ahí?

El sonido de la moto se va alejando y solo se oye el ruido de coches pasando.

«¿Pero qué narices trataba de decirme?». «Esto me da muy mala espina. Tengo que ir ahora mismo a ver al inspector».

De vuelta en la misma comisaría y, después de haber pasado por el control de seguridad, vuelves a toparte con la misma agente del otro día. Tratas de convencerla de que necesitas ver al inspector Oliver Marin porque es sumamente importante.

—¿Ves toda esta cola de aquí? —te dice indicándote a toda la gente que está de pie porque todos los asientos están ocupados—. Pues ellos también tienen asuntos muy importantes.

Ve y coge número. Te atenderemos lo antes posible.

No intentas convencerla, sabes que será inútil. Pero la fortuna parece que está de tu parte cuando ves aparecer al inspector por la puerta. Viene con un aspecto muy estresado de la calle. Ha debido tener un día duro. Nada más verte se le iluminan los ojos, no has tenido siquiera que rogar que te haga caso.

—¡Mía! —dice exaltado—. Parece que me hayas leído la mente. Justo iba a llamarte por teléfono.

—Pues yo también tengo que hablar con usted muy urgentemente.

—De acuerdo, pero vayamos a mi despacho, mejor —dice marcándote el camino.

Una vez en su dependencia, te hace esperar un poco. Tiene que hacer una llamada que le urge, te razona.

—Dime —dice, al fin—. ¿Qué es eso tan urgente que tenías que contarme?

—Estoy muy preocupada por Hanz...

—¿El señor mayor que te acompañaba el otro día?

—Sí. Me ha llamado y...

—¿Es tu padre? —interrumpe.

—No, un amigo.

—¿Un amigo?

Él te cuestiona con la mirada.

—Eso no importa ahora —respondes, malhumorada—. La cuestión es que me ha llamado desde su moto, sobresaltado. ¡Lo estaban siguiendo!

—¿Te ha dicho quién lo seguía?

—No. Pero intuyo que son las mismas personas que están metidas en todo este tema de las drogas. Ya les dimos sus nombres.

—Sí, los estamos investigando —dice entrelazando sus manos donde acaba apoyando su barbilla—. Pues estuvimos...

—Ya sé que no teníamos que seguir metiéndonos en el caso —le interrumpes—, y que es cosa de la policía, pero es que Hanz es muy testarudo y...

—No, no iba a decir eso. Aunque, ciertamente, no deberíais estar husmeando en este asunto, porque podríais entorpecer toda la operación policial. Iba a decir que estuvimos en el parque acuático que nos dijisteis, y no había nadie. Ni un alma. Bueno, solo algunos turistas, chicos con patinetes...

—No puede ser.

—Pues como lo oyes. Pero... Eh, yo os creo. Se largaron muy rápido y dejaron algún rastro. Nos servirá para poder seguir investigando. Está claro que ahí se cocía alguna cosa...

—¿Pero cómo puede ser que huyeran?

—Quizás alguien les dio un soplo.

—Ostras... Quizás era eso lo que trataba de decirme Hanz. Que habían cambiado de ubicación...

—¿Y te dijo si sabe la nueva dirección?

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Piensa un poco más. Intenta pensar todo lo que te ha dicho, detalle a detalle —insiste el inspector algo tenso con una expresión indescifrable.

—He dicho que no —dices sofocada.

—¿Y no localizas a Hanz desde entonces? —pregunta con un tono más suave.

Se debe haber dado cuenta de que tú no eres uno de sus sospechosos, más bien la víctima, y ha aflojado su forma de hablar.

—No. Estoy muy preocupada. ¿Y si se ha caído de la moto? ¿Y si han dado con él y le han hecho daño?

—¿Dónde estaba cuando te llamó?

—No tengo ni idea. Se entrecortaba todo el rato. Ojalá me lo hubiera dicho.

—Cuéntame exactamente todo lo que te ha dicho por teléfono, sin dejarte ningún detalle —vuelve a pedirte el agente, esta vez mostrando más amabilidad que antes—. Así podremos hacer bien nuestro trabajo. Y podremos encontrar a tu amigo.

—Pues, a ver... —dices y tratas de recordar exactamente todas sus palabras. Te frotas las sienes—. Dijo que lo perseguían.

—Bien. ¿Y te dijo quién?

—No.

—¿Qué más te dijo?

—Se entrecortaba todo el rato. Dijo que habían cambiado la ubicación, pero no le dio tiempo a decirme el lugar.

El agente asiente con la cabeza mientras lo apunta en un papel.

—Me dijo que no me fiara.

—¿Que no te fiaras? ¿De quién?

—No me dijo de quién. Supongo que de mi ex, Mateo... O toda esta gente. Pero ya sabe que no me fío, no sé por qué insistió.

—A lo mejor quería protegerte. Es que toda esta escoria son gente peligrosa... Ya os advertí. ¿Alguna cosa más que recuerdes?

—Sí. Me dijo algo de las fotos y Saúl...

—Un momento —dice el agente parando en seco—. ¿Quién es Saúl? ¿Y a qué fotos se refiere?

—Bueno, ya le dijimos la última vez que nos vimos, que Hanz era aficionado a la fotografía y seguramente siguió haciendo fotos del sitio que había descubierto...

—¿Y dónde están esas fotos?

—Pues ni idea. Ojalá podamos preguntárselo cuando lo veamos —dices intranquila.

—Pues la verdad es que si tiene pruebas es importante que nos lo comunique.

—Pero lo primero es encontrar a Hanz. ¡Tenemos que hacer algo!

—Ah, otra cosa, ¿quién es Saúl?

—Saúl es un chico con el que he empezado a salir y de la noche a la mañana se fue de viaje. No contesta a mis llamadas... En fin.

—¿Cree que está relacionado con las drogas?

—Uf, no creo... —suspiras desalentada—, pero a estas alturas me podría esperar

cualquier cosa.

—Está bien —dice el inspector recogiendo su cuaderno—. Mandaré alguna patrulla por las afueras de Rabadás para ver si dan con la descripción de Hanz o su moto. A ver si hay suerte. En cuanto sepa alguna cosa, te llamo.

—Sí. Por favor.

—Y si tú sabes alguna cosa... De las fotos... Ven enseguida a verme, ¿vale?

—Sí, lo haré.

Llegas a casa, exhausta, con una carga más a tus espaldas. Has ido al hotel donde se hospeda y no está allí. También has llamado en el hospital por si está ingresado allí y tampoco saben nada de él. «*¿Dónde estás Hanz?*».

Te diriges hacia la ducha. Dejas cargando el móvil. Desde el baño oyes el sonido que te avisa de un nuevo mensaje de texto. Sin haberte enjuagado aún el pelo, sales en busca del móvil, por si se trata del inspector. Pero no es él. Es un nuevo mensaje de Mateo. El corazón te golpea en el pecho con un ruido sordo.

«Los próximos serán tus amigos».

El mensaje de Mateo no te ha dejado dormir en toda la noche. Llamaste al inspector para explicarle el incidente y te dijo que lo seguirían de cerca. Pero no has sabido nada desde entonces. Has estado llamando a Hanz, sin éxito.

De alguna manera, tú ya prevés que algo va a pasar. La piel se te eriza cuando un mal augurio está por llegar. Un nudo en el estómago se hace cada vez más intenso. El dolor de cabeza se agudiza cada vez más. Solo por unas milésimas de segundos sabes lo que va a pasar. El teléfono va a sonar. Y allí estará la noticia. Esa noticia que ya está sonando.

—Ring, ring.

El sonido de la muerte.

—Uf...

No te sale ni una palabra. Solo un suspiro.

—¿Mía?

—Es Hanz, ¿verdad? ¿Cómo ha sido?

—Sí... —responde el agente, sorprendido—. Lo siento. Su cuerpo lo han encontrado esta mañana en la habitación de su hotel, sumergido en la bañera. Al parecer, había ingerido grandes cantidades de alcohol y se ahogó.

—¿Qué? —dices con una angustia desgarradora—. Es absurdo. Hanz jamás haría eso. Ni siquiera bebía alcohol.

—Aún tenemos que hacerle la autopsia.

El llanto se apodera de ti.

—¡Me parece terrible! Lo han matado ¡Tienen que detenerlos a todos ya! —gritas, histérica.

—Mía, no tenemos ninguna prueba de que lo hayan asesinado.

—Tiene el mensaje de Mateo. ¿Qué más quiere?

—Ese mensaje no demuestra nada. Un juez lo desestimaría.

—Ayer, Hanz me llamó diciendo que estaba en peligro y no consigo localizarlo en todo el día. Por la noche recibo un mensaje amenazante de mi ex. Y hoy aparece Hanz muerto en una bañera. ¿No es suficiente prueba?

—Lo de la bañera apunta más bien a un suicidio.

—¿Qué? —dices perpleja—. Hanz jamás se suicidaría. ¡Jamás!

—Mía, quizás tampoco lo conocías tan bien. Tenemos testigos que afirman que ayer de

madrugada lo vieron subir a su habitación, cargado de bolsas con botellas de alcohol.

—No me lo creo. Primero hubiera venido a verme.

—El hombre no parece tener lesiones ni señales de forcejeo. Lo que sí está claro es que había bebido una cantidad excesiva de alcohol.

—No... Tienen que seguir investigando.

—Se trata de un trágico accidente, Mía, o un suicidio. No le dé más vueltas.

—No puede ser...

—De todas maneras, no hemos acabado la investigación. Tenemos que encontrar esas fotos que me dijo... Sobre todo, manténgame informado si sabe alguna cosa.

Le cuelgas. Estás enfadada. No tienes fuerzas ni para responder y finalizar la conversación. No te cuadra en absoluto nada de lo que ha pasado. Crees firmemente que lo han asesinado y que luego han querido que parezca un terrible accidente.

Respiras profundamente. La cólera mezclada con el llanto se está adueñando de tu ser. «*No pienso quedarme de brazos cruzados*». «*Primero fue mi padre, ahora Hanz... ¡Basta!*».

Lo primero que tienes en mente es llamar a Laia, Iago y Míriam y reunirlos con urgencia en tu casa. Al poco, se presentan en tu vivienda pensando que te ha pasado algo. Los tres, de pie en la entrada, esperan con ansia que les expliques ese asunto que no les has contado por teléfono. Están bastante alarmados.

—Mirad, sé que lo que os voy a pedir os va a sonar muy raro, pero tenéis que salir del país hoy mismo. He estado mirando vuelos y esta noche sale un avión para Roma...

—Un momento, un momento... —responde Iago cerrando los ojos mientras da un profundo suspiro—. ¿Qué es lo que pasa, Mía?

—Sí, ¿qué es todo esto? —suelta Míriam.

—Nos estás asustando —responde Laia—. ¿Y si nos sentamos un momento en el sofá y nos cuentas de qué va todo esto?

—Sí, está bien —dices inquieta—, pero hay que darse prisa.

Una vez sentados en el sofá, les pides que confíen en ti. Que han matado a Hanz y temes por sus vidas, por eso deben salir un tiempo del país.

—¿Pero... y qué vas a hacer tú? No puedes hacer esto sola —te dice Iago.

—No podemos dejarte sola, Mía —dice muy seria, Míriam—. ¿Y qué pasa con tu tratamiento?

—Mi tratamiento tendrá que esperar. Y en realidad no voy a estar sola. Si la policía no hace nada, yo no voy a quedarme de brazos cruzados. Se acabó...

—Pues nos quedamos contigo —decide Laia.

—¡No! —les ordenas—. Tenéis que entenderlo, por favor. Es peligroso. Y sé lo que me hago... No podría perderos a vosotros también.

Te pones a llorar a moco tendido.

—Está bien —dice Iago desviando la mirada hacia sus otros amigos—. Nos iremos. Pero tendrás que llamarnos cada día para informar.

—Por supuesto —contestas recomponiéndote—. Lo tengo todo arreglado: vuelos y hotel.

—Pero es mucho dinero...

—No... Tranquilos. Digamos que me adelantaron un dinero por unos asuntillos.

Al final, los tres aceptan esta decisión, aunque a regañadientes. Lo que les has pedido no es fácil, aunque esté pagado. Tendrán que inventar una excusa en sus respectivos trabajos y dejarlo todo sin apenas tener un momento para reflexionar.

Después de despedirte de tus amigos, llamas a Jon Vidal, el ex sicario. Estás decidida a vengarte. Quieres que te enseñe como usar un arma. Y cómo defenderte.

—Jon, necesito tu ayuda.

Al otro lado, el sicario profiere un suspiro profundo. Tu mensaje ha sido simple, pero cargado de tal angustia que sabe que se avecina un combate.

—Bien. Ya sabes dónde encontrarme.

No conoces mucho a Jon, pero por alguna razón sientes que es un tío en el que confiar.

Cuando llegas a su lugar de trabajo, lo encuentras ataviado solo con unos pantalones deportivos y unos guantes de boxeo, sacudiendo a golpes un saco de arena.

Su cuerpo brilla por el sudor. Sus bíceps y abdominales están tan marcados que parecen de silicona. Al descubrir tu presencia, se detiene y se limpia el sudor con una toalla.

—Mía, sí que has llegado rápido.

Tú, sin saludarlo, vas directa al grano, porque la venganza se ha vuelto una obsesión.

—Quiero que me enseñes a matar. Enséñame a ser fuerte —dices con rabia.

—Veo que lo que te ha pasado es grave, pero primero siéntate.

—No, hay que darse prisa. Dame una pistola. Venga... ¡Ya!

Te acercas hacia él un poco más, atacada de los nervios.

—¿Dónde está la pistola que te di?

Empiezas a rebuscar por la mesa fuera de sí, entre los papeles y libros, y los cajones del escritorio.

—Eh... ¿Puedes dejar de destrozar mis cosas, por favor?

Pero tú sigues en tus trece, sin escuchar, obsesionada con el arma. Das patadas en las cajas y estanterías.

—No está ahí la pistola.

—¡¿Dónde está?! —le gritas.

Jon se pone en frente de ti. Sabe que ahora mismo tiene delante a una pantera a la que tiene que calmar. Tú empiezas a dar golpes en su torso duro. Él, sin mucho esfuerzo, te coge de

un brazo y te tira al suelo. Después, se pone encima de ti, con cuidado. Frente con frente.

—Tranquilízate —te dice hablándote suavemente, con sus ojos clavados a los tuyos.

Tu corazón está a punto de estallar, pero el golpe te ha servido para frenar un poco la ira. Lloras sintiendo como la angustia te invade.

—¿Vas a hacerme caso ahora?

—Sí —dices sollozando, pero algo calmada.

—Ven conmigo.

Te ayuda a levantarte. Os sentáis en los sillones cómodos del escritorio.

—Quiero ayudarte, de verdad. Pero necesito que me expliques desde el principio lo que ha pasado. Toda esa rabia que sientes está bien, guárdala, porque la necesitarás. Pero sin un buen plan, no hay un buen ataque.

—Han matado a Hanz.

Tu cara de angustia demuestra lo importante qué era para ti esa persona. Jon se ha dado cuenta.

—¿Quién es Hanz?

—Un amigo, un padre... Una buena persona que ya no está, porque ha descubierto algo y se lo han cargado por eso.

Le cuentas lo último que te dijo cuando iba en moto.

—Ostras, parece un criptograma —dice Jon, pensativo—. Vamos a analizar frase por frase.

—A ver —dice de nuevo cogiendo un papel y un boli—, tenemos los siguientes mensajes: «Han cambiado la ubicación, cámara, fotos, Saúl, no te fíes».

—Sí...

—¿Pero te dijo que no te fiaras de Saúl?

—En realidad, no lo sé. Se cortaba todo el rato.

Te friegas la sien mientras tratas de recordar palabra por palabra.

—Yo le dije «ve a la policía» y él me respondió que no... Luego me dijo que habían cambiado de ubicación y que no me fíe.

—Vale. Pues entonces está claro.

—¿El qué está claro?

—Te está diciendo que no te fíes de la policía.

Tu cara de estupefacción se ha vuelto blanca.

—¿Tú crees? ¿Y Saúl qué tiene que ver en esto?

—¿Puede que lo viese por allí en esa ubicación? ¿Le va este rollo de las drogas? ¿Qué

sabes de él?

—Pues solo sé que es médico y no me parece que sea un narco. Hace una semana que no sé nada de él...

—Mmm... ¿Y si lo han secuestrado?

Se te escapa un pequeño grito que intentabas ahogar.

—Eso sería espantoso...

—Policía no... Cambio de ubicación... No te fíes... Saúl... —susurras—. Hanz trataba de advertirme.

—Y eso de la cámara y las fotos... —sigue Jon—. Bueno, está claro que hizo unas fotos que te quería mostrar.

—Exactamente dijo: «cámara, treinta, fotos...» pero no entendí eso de treinta. ¿Qué tiene treinta fotos? Es absurdo...

—¿Treinta? Déjame pensar... Analicemos el momento: lo estaban persiguiendo y consigue decirte algo sobre la cámara y unas fotos.

—Sí.

—Y justo antes de que se le cayera el móvil te dijo el número treinta.

—Eso es.

—A lo mejor quería decirte que tiró la cámara en el kilómetro treinta.

—Ah, tiene sentido —dices sorprendida por su ingeniosa deducción—. ¿Pero el kilómetro de qué carretera?

Jon enciende su ordenador y abre un mapa de carreteras de Rabadás.

—Pues, por suerte, vías a las afueras del pueblo que tengan treinta kilómetros o más, solo hay dos opciones posibles: el camino que va hacia las playas o el camino que sale de Rabadás hacia diferentes ciudades o pueblos.

—Pues no hay tiempo que perder. Primero podríamos ir a la carretera que va hacia las playas, quizás es la más fácil...

—Te acompaño...

Según el mapa, solo hay dos posibles caminos. Derecha o izquierda. Primero os decidís por el camino que lleva a las playas, el de la derecha. La calzada recorre un paraíso espectacular de acantilados y un mar que parece brillar gracias al reflejo del sol. Desde el coche podéis presenciar a lo lejos algunas calas y casitas blancas en las montañas.

Mientras Jon conduce, observas como un patito de goma con gafas de gánster, como las que llevaba uno de los matones con los que te topaste el otro día, se mueve de un lado a otro sobre el salpicadero del coche. Eso te da qué pensar.

—¿Qué pasó con Roy y Gabriel? —le preguntas con curiosidad.

—No esperé a que me encontrasen. Les fui a hacer una visita.

—¿Y?

—Digamos que estarán algunas semanas fuera de combate. Aunque, claro, tendré que estar alerta. Volverán a por mí, tarde o temprano.

Casi sin daros cuenta llegáis al punto kilométrico que buscáis. El treinta. Salís del coche poco a poco, con el insufrible sol del mediodía cayendo a vuestras espaldas. Después de un rato buscando por la calzada y entre los matorrales, no veis ni rastro de la cámara.

—Creo que es mejor no seguir derrochando tiempo. Aquí no hay nada.

—Vamos por la otra vía, a ver si tenemos más suerte.

Después de un rato conduciendo en la dirección opuesta, por fin dais con la localización. Procedéis de la misma forma, rebuscando por la zona entre la maleza. Al cabo de unos minutos Jon encuentra la cámara.

—¡Aquí está! Aunque algo destrozada... —dice examinándola.

—Déjame ver —le respondes alegre por el hallazgo y a la vez apenada, porque te acuerdas del pobre Hanz—. Creo que el carrete está bien. Podremos salvarlo.

—Genial. Vámonos enseguida a una tienda de fotografía.

Volvéis a subiros al coche. Cuando lleváis menos de un kilómetro hecho, os cruzáis con el inspector Oliver, que va en sentido contrario. Te saluda fríamente con la cabeza y te mira algo extrañado. Sigue mirándote hasta donde el retrovisor le alcanza.

—Ese que ha pasado es el inspector Oliver. Es el que lleva el caso de Hanz y lo del

tráfico de drogas.

—¿Inspector? —dice con desprecio—. ¿Has metido a la poli en todo el asunto?

—Bueno, algo teníamos que hacer. ¿Por qué lo dices?

—Porque estamos jodidos.

—A ver, es un poli. En principio debería hacer bien su trabajo.

Jon incrementa la velocidad.

—Mía, ¡despierta! Deja de ir ya con un cirio en la mano. La humanidad es mezquina.

—¿Por qué corres tanto?

—Porque nos siguen.

—¿Qué? ¿Quién?

—Tu querido inspector...

—Pero...

—Pero nada... Los humanos son interesados, avaros y sucios... A algunos polis les da igual que tienen una placa y que hicieron un juramento... Si hay dinero de por medio, siempre ganará la pasta...

—«No te fíes»... —dices entre dientes, recordando las palabras de Hanz.

Después de recorrer la serpenteante carretera, tu estómago se ha transformado en un caldo nauseabundo. Cierras los ojos y respiras profundamente, para no vomitar sobre la guantera del coche. Jon consigue alejarse un poco del otro vehículo.

—Cuando te avise, te bajas del coche a toda prisa y te escondes en la gasolinera por la que vamos a pasar.

Asientes con la cabeza.

—En cuanto puedas y veas que es seguro, coge un taxi y ve a revelar esas fotos. Yo lo despistaré. Haré que me siga...

Os acercáis hacia la estación de servicio. El coche del inspector se va acercando a una distancia prudente.

—¡Ahora! —te ordena Jon, indicándote que bajes del coche.

—¡Ten cuidado! —le dices antes de cerrar la puerta.

Desde una de las ventanas del *minimarket* del lugar ves como se aleja Jon y como Oliver sigue tras él.

Al cabo de unos minutos, decides salir de tu escondrijo e ir en busca de una tienda de fotos. En el primer establecimiento que has parado ya no revelan carretes. En el segundo comercio tienes algo más de suerte. Te atiende un joven adolescente con gafas negras y algo retraído. Le cuesta sostenerte la mirada.

Le entregas los negativos, como si le estuvieses entregando un tesoro.

—¿Cuánto tengo que esperar?

—Ah, estará mañana —responde pasivo el chico.

—¿Mañana? —le recriminas con un tono alterado.

Del zarandeo que le has dado al bolso, se te ha caído el cuchillo carnicero que cogiste esta mañana de casa.

Al chico le ha dado un tic en un ojo. Te mira nervioso. Te has dado cuenta. Guardas con rapidez el utensilio.

—Mañana no puede ser —le espetas, con las fosas nasales abiertas como las de un toro.

—¿Aaa... ú... ú... ltima ho... ho... ra de... de... la... tarde? —te propone el chico, con un repentino tartamudeo.

—¿Qué tal ahora? —le sugieres, amenazante.

—Cla... cla... cla... ro. Media ho... ho... ho... ra y ya está.

—Que sean quince minutos.

El muchacho asiente con la cabeza. Se ausenta un rato, detrás de la tienda, donde tienen habilitado un cuarto oscuro y otro para sesiones de fotografía o fotos de carnet. De inmediato, las fotos hacen acto de presencia. Ha convertido los negativos en imágenes como si fuera magia.

—Gracias. ¿Qué te debo? —dices sin mirar al chico, abriendo histérica el sobre donde están las instantáneas.

—Invita la casa —responde él con un tono algo más sosegado.

Levantas la mirada y le das las gracias de nuevo. Él permanece de pie, quieto como una estatua, mirando cada uno de tus gestos.

—Eres un buen tío. Perdona si he sido algo borde...

Le sonríes. El chico también te sonríe algo avergonzado, aunque con el nervio aún en el ojo. Sales de la tienda sin apenas mirar la calle, pendiente de cada imagen.

«Dios mío...». Piensas mientras vas pasando las fotos. «*Pero ¿qué es esta perversidad?*». Se te estremece el cuerpo. «*Chicos muy jóvenes de origen africano trabajando allí dentro, a saber cuántas horas...*». Te paras en seco. No puedes creer lo que presencian tus ojos. El rostro se te ha descompuesto. «*¡Saúl!*». Te tapas la boca con una mano, como si al pronunciar su nombre fuera a pasar algo. La foto muestra a Saúl, maniatado en un árbol y con la cabeza gacha, al lado de la furgoneta blanca. A su lado se ve a un montón de chicos descargando paquetes del vehículo. Los observan Flora, Mateo, Ágata y la señora de la que aún no sabéis nada.

El corazón se te está acelerando por momentos como si fuera el motor de un cohete. Aprietas la mandíbula y los puños. Llamas a Jon.

—Esto es la guerra.

—¿Qué ha pasado?

—No puedo ni hablar... Esto es demasiado —dices llorando—. Tienen a Saúl.

—¿El novio desaparecido?

—Lo he visto en las fotos. Al parecer no estaba de viaje... Y yo pensando todos estos días que pasaba de mí... Y al pobre lo tienen retenido...

—Bueno, vamos a centrarnos. Culpabilizarse no sirve de nada. ¿Tienes todas las fotos?

—Sí. ¿Despistaste al inspector?

—Sí, me siguió hasta un centro comercial. Me metí en un hipermercado y lo dejé en

medio de una tremenda cola.

—¿Entonces ya no te sigue?

—No, creo que aún debe estar en la fila —se mofa Jon—. ¿Me enseñarás esas fotos?

—Sí. Ven a mi casa.

—Voy para allá.

—Okay.

Después de indicarle la dirección, le cuelgas, con el corazón aún encogido. Te presentas delante del portal en cuestión de diez minutos. Jon ya está esperándote. Subís las escaleras con impaciencia. Tienes ganas de mostrarle las fotos. Pero cuando llegáis delante de la puerta, notas que está forzada. Sientes un estremecimiento. Jon te aconseja que te pongas detrás de él. De su cintura extrae una pistola. Lo de ser sicario, uno no lo olvida. Y con sigilo entra hacia dentro. Tú le esperas en la entrada mientras él comprueba, habitación por habitación, que no haya nadie.

—Limpio —te dice.

Tus ojos no pueden creer lo que están viendo. Todo está revuelto. Los cajones salidos de los muebles, los asientos del sofá desmontados, objetos de las estanterías por el suelo...

—¿Qué? —te quejas indignada y rabiosa—. ¡Lo que faltaba! Encima vienen a robarme.

—Bueno —dice Jon, arrodillado, examinando las cosas de la superficie—. Yo diría que en realidad no te han podido robar lo que venían a buscar.

—¿Crees que venían a por las fotos?

—Cien por cien.

Se te entrecorta la voz. Sientes que te falta el aire y te ahoga. Tienes miedo, aunque la rabia tiene más peso.

—Este ya no es un lugar seguro. Vendrás a mi nave. Es lo mejor... ¡Vamos!

Jon te espera en la puerta. Miras el lugar, con pesadumbre. Esta pesadilla parece que no va a acabar nunca, hasta que no te enfrentes a ella.

—Vamos —te ordena de nuevo Jon. —Puede que vuelvan a venir aquí.

Ladeas la cabeza pensativa.

—Me quema la garganta. Tengo ganas de gritar hasta quedarme sin aliento —dices acariciándote el cuello con una mano.

Jon se acerca a ti y te rodea con sus fuertes brazos. Un abrazo sincero.

—Te entiendo —responde mirándote fijamente a los ojos—. Pero tenemos que irnos, si no queremos poner en bandeja nuestras cabezas a esos capullos.

Jon arranca el coche, con una seguridad implacable. Envidias su personalidad arrolladora. Quieres ser como él: indomable, impetuosa, invencible.

Al cabo de un rato, adviertes de que no os dirigís hacia su casa.

—¿A dónde vamos?
—Enseguida lo verás.

De repente accedéis por un camino de piedras estrecho que se dirige a una de las montañas de Rabadás, donde se pueden contemplar unas vistas espléndidas de la bahía y sus pueblos colindantes. Una montaña de trescientos metros de altitud.

—¿Vamos a hacer senderismo? —preguntas con sorna.
—Vamos a la montaña de *San Pancraci*.

Tu rictus indica que estás descolocada y con muchas dudas, pero por dentro confías en Jon.

—No seas impaciente. Vale la pena, ya verás.

—Menudo vejestorio. Era una carga... —comenta Flora a Mateo.
—Sí, siempre metiendo las narices donde no le llamaban.
—Tendríamos que deshacernos de Mía, también —dice Flora.
—¡No! A Mía, déjala.
—Ya estamos, ¿lo ves? —espeta Flora, enfadada—. Tienes obsesión con ella...
—No tengo obsesión —responde Mateo cabreado, sin querer ver lo evidente.
—Pues algo hay qué hacer —le recrimina Flora con los brazos en jarra—. Ella también está entrometiéndose donde no debe, igual que Hanz... Nos va a meter en más problemas. Por su culpa hemos tenido que cambiar de ubicación.

Mateo se muestra nervioso, mientras va farfullando cosas incoherentes.

—Me encargaré yo mismo de ella —anuncia él, con el rostro crispado y tenso.

Habían pasado ya algunos años desde que Flora y Mateo se conocieron en el parking del hotel y quedaron en aquel Bar. Flora se había quedado prendada de su sex appeal y él de su hablar tan sofisticado y, sobre todo, de su monedero.

Después de tontear durante varios días a escondidas, vinieron varios revolcones en alguna habitación del hotel, en su Porsche, en la lavandería... Había conseguido una vida excitante y que su vida sexual fuera un poco más satisfactoria. Aunque aún no había logrado su propósito, ya que Mateo no era suyo del todo. Y es que él no quería dejar a Mía por nada del mundo. A Flora le excitaba ser amante de Mateo y que Mía no supiera nada. Tenerla cerca y saber que su marido la estaba engañando con ella la entusiasmaba. Pero no la satisfacía del todo. No hasta que él no la dejara para siempre.

Mateo quería ganar tanto dinero como Flora. Un día, ella le confesó cómo se embolsaba, en realidad, tanto dinero extra. Le enseñó el laboratorio donde elaboraban la anfetamina y la cocaína. Le contó que necesitaban a alguien como él, para distribuir y vigilar. Que sobraba una vacante para el puesto. Él aceptó enseguida. Y dieron por asentado el acuerdo mientras se enrollaban sobre los paquetes llenos de drogas.

Para Mateo, Flora solo significaba sexo y dinero. Igual que Verónica, que solo era una distracción para él.

En su inicio empezó con encargos fáciles. Algunos días tenía que ir en una lancha acompañando al piloto. Solo por eso cobraba sesenta mil euros. Al ver tantos billetes juntos se originó en él una especie de adicción. Quería más. Y es que era tan fácil ganar dinero... Pero también peligroso y arriesgado. Después siguió haciendo ese y otros trabajos, como mover kilos

de droga por todo el país.

Flora no lleva tanto en el meollo. Casi entró por casualidad. Por su ambición y codicia. Hace unos años conoció a un narcotraficante, Roy Vázquez. Claro que ella no sabía a lo que se dedicaba. Se lio con él y vivieron un tórrido romance. Hasta que un buen día, Roy le pidió que trabajase para él, que ganaría mucho dinero. Su objetivo era utilizar el hotel como tapadera para sus asuntos. Flora se negó, no quería saber nada, le parecía demasiado peligroso. Aunque un negocio así sabía que podía darle un buen capital. Ella tenía una avaricia enfermiza con la pasta. Quiso deshacerse de Roy y montar su propio negocio. Pero no sería tan fácil. Este no la dejaba en paz y la amenazó que si no trabajaba para él la mataría. Entonces, de repente, un día se presentó en el hotel con la intención de estrangularla por haberle rechazado. Pero como si fuera un cuento de hadas, apareció de la nada una señora con un halo misterioso.

—¡Alto! —le espetó a Roy.

Flora y Roy la miraron expectantes, con asombro y terror. La mujer transmitía un aura enigmática y tenebrosa. Su belleza era extraña, pálida y delicada. Era como ver a un fantasma.

Roy se quedó quieto, esperando que dijese alguna cosa más.

—Acércate —le dijo al chico, con una voz penetrante.

La mujer no llevaba ningún arma. Pero ella misma parecía un fusil a punto de disparar. El chico obedeció como un soldado. Le susurró algo en el oído, que Flora no pudo oír. Luego, le enseñó una foto. El chico tragó saliva, se había quedado helado. Su rostro estaba descompuesto y su mirada era de pánico. Se largó de allí a toda prisa, con el rabo entre las patas.

Una vez a solas, Flora se atrevió a decir:

—Gracias por haberme salvado la vida.

—De nada —sonrió con gran aplomo—. Ese hombre, por llamarlo de alguna manera, es una escoria. Un defecto de la sociedad. No mereces que un ser así acabe con alguien como tú.

—De nuevo, gracias. ¿Quién eres?

—Llámame Lana. Señora Lana.

—Estoy en deuda contigo. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Sí, en realidad sí.

—Dime.

—Necesito este hotel para trabajar en mis asuntos. Y hay un puesto para ti, si te interesa.

Ella no se atrevió a decirle que no, ante su penetrante mirada. Así que aceptó, sin saber exactamente donde se estaba metiendo.

Flora y Mateo, que siguen discutiendo sobre cuándo y cómo cargarse a Mía, son interrumpidos por el ruidoso timbre del teléfono.

—¿Cómo van las cosas?

—Pues no sé qué decirte... Estamos algo inquietos por aquí... —contesta Flora.

—¿Por qué?

—Porque empiezan a haber cabos sueltos y la cosa se pone tensa...

—Ya...

—¿Ya? ¿Solo sabes decir eso? Dijiste que te encargarías del doctor.

—Cómo ves... He estado bastante entretenido —responde con reticencia la voz al otro lado.

—Pues la señora Lana sabe que lo tenemos secuestrado y nos ha ordenado que nos deshagamos de él inmediatamente.

—¡Joder! Te dije que no se lo contarás.

—¡Yo no se lo he dicho! Pero esconder a un tipo de metro ochenta no es tan fácil.

—Uf —exhala enfadado—. Mía no está sola.

—¿Qué quieres decir?

—Al parecer, ha contratado una especie de matón...

—¿Y te ha descubierto?

—Estoy casi convencida de que sí...

—¿Y ahora qué?

—Hay que matarlos. Al médico y a Mía. Pero tendréis que hacerlo vosotros.

—¿Qué? Ni hablar. Tú te encargas del médico. Ese era el trato.

—¡Ahora no puedo! —vocifera con rabia—. En comisaría la cosa está muy revuelta. Están empezando a merodear y ahondar en las pruebas que se encontraron en el antiguo parque de atracciones... Hay una nueva inspectora que me tiene algo amargado, está atando cabos muy rápido con el asunto de las drogas y la muerte de Hanz.

—¿Y crees que sospecha de ti?

—No, pero es mejor que yo me desvincule por el momento. Por cierto, creo que el viejo hizo unas fotografías muy comprometedoras. Deberíais encontrarlas cuando vayáis a por Mía, antes de que las envíe a algún periódico o a otra comisaría.

—A saber dónde las ha escondido esa zorra.

—¡Tenéis que hacer lo que sea! Mi carrera está en juego y vuestro futuro...

—Sí, lo sé —responde Flora intentando apaciguar la conversación.

—Sed cautelosos. Y hacedlo ya.

Flora cuelga el teléfono, consternada. No está angustiada por el hecho de tener que matar a alguien, sino por la limpieza que hay que hacer después. Su preocupación son las manchas de sangre. Tener que deshacerse del cadáver, destruir cualquier prueba que los pueda vincular y, sobre todo, tener que limpiar el sitio concienzudamente. No soporta la lejería.

—Mateo, si vas a encargarte de Mía, tiene que ser cuanto antes. Ya has oído que la cosa se está poniendo fea. Y también nos toca ocuparnos del doctor.

—Lo haré. Te he dicho que lo haré.

—¿Cuándo?

—Mañana. Haremos un dos por uno.

Al rato, aparece Ágata cargada de bolsas de basura. Ha estado limpiando con esmero el laboratorio donde producen la droga y uno de los baños habilitados. Al pasar junto a ellos, se le rompe una de las bolsas, derramándose parte de su contenido por el suelo, dejando un charco a su paso que tendrá que volver a limpiar.

—¡Serás torpe! —le grita Flora.

—Perdón —contesta Ágata, ruborizada.

—Anda, ve a traernos unos cafés. Que solo sirves para eso...

Ágata obedece, con el rostro azarado.

Después de seguir hablando del plan que quieren llevar a cabo, Mateo se va a casa. Ha sido un día largo. Está exhausto. A veces, Flora lo agota hasta extremos inesperados. Al principio le parecía una mujer inteligente y sexy. Ahora le parece un chicle pegado en la suela de su zapato. Está harto de ella, pero sabe que no puede dejarla. Ella está loca por él. Sabe cómo es. Es un viejo sabueso. No tendría el más mínimo escrúpulo en liquidarlo. Tiene que ser inteligente. Pero aún no sabe cómo deshacerse de ella sin llamar la atención.

Mateo, en realidad no quiere matarte, lo que quiere es que vuelvas con él. Lo cual es un delirio. Tendrá que ser lo bastante astuto para que todo parezca un accidente y que tú salgas con vida de allí.

La cabeza de Mateo está a punto de explotar. Sus ideas lunáticas dan vueltas por su cerebro sin parar.

Ha quedado con Verónica en un pub. Hacía bastantes semanas que no sabía nada de ella, pero se ha puesto en contacto con él. Y para Mateo, la chica es demasiado agraciada como para desperdiciar la oportunidad de tener un posible revolcón con ella.

Desde la cristalera de fuera la observa sentada en una de las mesas.

—¿Qué tal? —le pregunta Verónica con una dulce sonrisa.

Él quiere darle un beso y ella lo aparta con delicadeza. Tendrá que currárselo un poco más.

—Bien, estoy bien. ¿Qué tal tú? Estás preciosa. Te he echado de menos.

—Y yo...—contesta, nerviosa—. Acabo de pedirte una pinta negra. Sé que te gusta.

Él sonríe agradecido, mientras el camarero empieza a servirles.

—Quería pedirte perdón por lo que presenciaste en mi casa. Yo nunca tocaría a una mujer —le coge una mano y la acaricia con suavidad—. Me da vergüenza que me hayas visto tan enfadado. Pero es que esa mujer me ha hecho mucho daño y me hace perder la cabeza... Dije cosas de las que me arrepiento y espero que puedas perdonarme.

—Bueno, no fue una situación fácil para ninguno, pero no creo que seas tan malo como te describe Mía.

—Por supuesto que no... Ella está loca, no para de manipularme. Es odiosa. De verdad que no soy un mal tipo. Me gustas mucho, Verónica —dice Mateo con una sonrisa bobalicona.

Al acercarse a ella un poco más para intentar de nuevo robarle un beso, se fija en el collar que lleva puesto.

—Ese collar... —espetta patidifuso.

Al momento, una sensación de ahogo se apodera de él. Le zumban los oídos.

—¿Qué te pasa Mateo? ¿No te gusta el collar?

—Sí, es muy bonito... ¿De dónde lo has sacado?

—Me lo regalaron.
—¿Un regalo?
—Pues sí.
—¿De quién?
—Una clienta.
—¿Una clienta? ¿Cómo se llama esa clienta?
—Pero bueno, Mateo... ¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?
—No, no. Perdona... —responde él mitigando su discurso—. Es que una vez vi una joya igual y hacía tiempo que no la veía...

Mateo comienza a sentir mucho calor y nota como se va encharcando en su propio sudor como si fuera un ataque de fiebre nocturno. Su frente brilla como una pista de hielo.

—Era un diamante de este color púrpura con forma ovalada y... —continúa—, parece el mismo. Me ha impactado...
—Ja, ja —se ríe ella a carcajadas—. Pero esto no es un diamante ni de broma.

Verónica toquetea la piedra con los dedos.

—Es bisutería.
—¿Estás segura? —dice él, muy serio.
—A ver, hay clientes que son generosos, pero no tanto... Y si te fijas, lo que está imitando al diamante está resquebrajado. Es falso.

Mateo se da cuenta de que está en lo cierto. Al fin, se relaja y su temperatura corporal vuelve a la normalidad.

La noche va pasando y entre copa y copa los dos se muestran cada vez más distendidos. Verónica le ha ido pidiendo pintas y más pintas. Él se las va bebiendo como al agua. Ella, en cambio, bebe más despacio. La lengua de Mateo empieza a parecerse a la de un esparadrapo.

—¿Sabes una cosa? —anuncia Mateo riéndose—. No se lo he dicho a nadie...
—Uy, uy, esto se pone interesante —responde Verónica siguiéndole el juego.
—Yo robé el collar de la familia de Mía...
—¿En serio? —responde con una carcajada ella.
—Sí... —suelta tronchándose él—. ¿Pero sabes lo peor de todo?
—No.
—Que yo no sabía el valor que tenía la jodida joya y lo vendí en una tienda por cuatro duros. Cuando me enteré de su coste, el día que viniste a cenar, me volví loco. Regresé a la tienda, pero ya lo habían vendido.
—Oh, ¡menuda faena! —suelta Verónica desternillándose de la risa.
—Sí... —Mateo agacha la cabeza algo afligido—. Ahora seríamos ricos.
—¿Cómo se llama la tienda? Igual podríamos ir un día juntos e investigar un poco...
—Era una tienda de antigüedades... —Mateo cavila mientras le pega otro sorbo a la cerveza—. Déjame pensar... Ah, ¡sí! Blau Storm.

Verónica choca su vaso contra el de él.

—¡Pues iremos a buscarlo juntos! Seremos Bonnie and Clyde.

—El collar, el de verdad, es como el que llevas... Por eso, antes, me ha venido un patatús. Qué casualidad, ¿verdad?

—Mucha casualidad...

Al adentraros un poco más os rodeáis del esplendoroso bosque mediterráneo; de pinos y encinas. Después de treinta y cinco minutos llegáis al destino. Te bajas del coche, con mucha curiosidad.

—¿Qué hay aquí? —le preguntas a Jon mirando por todas partes.

—Pues además de unas vistas preciosas, no hay nadie. Es más, la ermita hoy está cerrada.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que nos viene genial para la primera lección.

—¿Primera lección?

—Me dijiste que te enseñara a ser fuerte, ¿no?

—Sí... Pero...

—Primera lección: vaciar el depósito tóxico que llevas contigo, porque si rebosa, puede que luego no podamos con tanta ira. Solo hay que guardar la justa. Así que... ¡Grita!

—Es que yo... ahora... no puedo.

—¿Qué no puedes? ¿No te quemaba la garganta? —te increpa.

—No puedo —repites con un nudo en la garganta, sería.

—¿Te recuerdo todo lo que te está hiriendo? Tu padre, Mateo...

Te pones a llorar.

—El cáncer, Hanz...

—¡Para!

—Saúl...

Al instante, el grito que sale de ti es tan espectacular, tan profundo, que sientes como si tus pulmones se hubieran abierto como un libro y vaciaran como una gaita. Después de eso, encuentras un alivio indescriptible.

—Bien hecho —comenta Jon—. ¿Te sientes mejor?

—Sí... —respondes exhausta.

—Vale. Ahora va la segunda lección: comer.

Jon saca de su mochila negra unas hamburguesas y patatas.

—Me paré en un McDonald's antes de ir a tu casa. No es que sea muy saludable, pero hay

que comer, ¿no? Son las cuatro de la tarde y no hemos comido nada. Debe estar ya frío...

—La verdad es que me sorprendes. No pensaba que fueras tan organizado. Lo tienes todo pensado.

—Tengo una hija, ¿recuerdas?

—Sí, claro. ¿Dónde está ella ahora?

—Esta mañana, cuando me llamaste, la dejé con su abuela. Se la llevará de vacaciones fuera de Rabadas. Así, estará más segura.

—Bien hecho. Yo también he ordenado a mis amigos que se marchen par que estén más seguros y yo más tranquila, sin tener que pensar que les pueden hacer algo.

Las hamburguesas las coméis en apenas dos bocados. A pesar de que comer te ha sentado divinamente, un dolor sordo, esta vez en el abdomen, se vuelve a apoderar de ti. Sientes como el dolor se va expandiendo lentamente, como si fuera un torrente de lava.

Aunque has intentado disimularlo, tu cara es como un poema, imposible no percatarse. Jon también se ha dado cuenta.

—Y tercera lección de hoy: debes mantenerte lo más fuerte posible. ¿Cuándo harás la quimio?

—No la voy a hacer de momento, hasta que no cumpla mi objetivo.

—Pero es prioritario que te pongas bien.

—Sí, lo sé. No lo estoy dejando, lo estoy posponiendo. Si me someto ahora a esos tratamientos me dejarán muy débil, sin defensas. Ahora es prioritario rescatar a Saúl. Estamos hablando de asesinos sin escrúpulos. Me arde el estómago, solo de imaginar lo mal que lo debe estar pasando Saúl. Y solo pensar que lo pueden matar por mi culpa, uf... No me lo perdonaría...

—Entiendo lo que me dices... Pero hay dos cosas que tendrías que hacer: una, dejar de culpabilizarte por todo; y dos, empezar a consumir alguna droga que calme ese dolor que estás sintiendo hasta que accedas a los tratamientos.

—Pero ¿qué dices? No, nada de drogas.

—Ah, ¿si cambio entonces la palabra droga por medicamento te parece mejor?

—Sí.

—Pues la morfina, la codeína... no dejan de ser unas drogas. Hay gente también adicta a estos opiáceos.

—Pero está regulado, ¿no? Es decir, lo recetan los médicos.

—Mira, creo que al final todo es lo mismo... Hay drogas que se elaboran directamente de la planta, mientras que otras se crean en laboratorios donde los científicos utilizan la misma estructura química...

—¿Qué tratas de decirme?

—He visto morir gente tanto por sobredosis de morfina como de heroína... La diferencia es que la morfina te la recetan y la heroína no.

—Pero la heroína es mucho más peligrosa.

—Sí, cierto. Pero quizás si este tipo de drogas fueran legales no habría tantas mafias ni tantas muertes por sobredosis. Porque al final, lo que acaban consumiendo ni siquiera es la droga pura, sino un compuesto mezclado altamente tóxico.

—¿Te refieres a que ahora los médicos receten a la gente heroína o coca para ser un poco más felices?

—Me refiero a que todas estas hierbas tienen un elemento en común. Todos buscan lo mismo, sentir que no hay dolor, que son químicamente felices, evadirse, relajarse... Entonces, si

al final el objetivo es el mismo, tendría que haber una receta única ya accesible para todo el mundo. Así habría menos gente que muere por un exceso imprudente.

—Está bien... Cuando te presentes para presidente prometo que te votaré.

—Ni de broma.

Jon pone cara de asco.

—¿Político yo? ¡Puaj!

Los dos os reís.

—Esta noche te traeré alguna droga... Perdón, digo, medicamento. Hay que estar fuerte para la batalla que se nos viene encima.

—Gracias, Jon.

—Pero los controlaré yo. Seré tu médico personal.

Los dos os volvéis a reír.

Un mensaje de tu móvil irrumpe en el silencio del lugar. *«Es Verónica. Qué extraño que me escriba... ¿Qué querrá?»*.

«Mía, ¿Cómo estás? Me enteré hace poco de la muerte de Hanz. Lo siento mucho, sé que era una persona importante para ti. ¿Cuándo se celebrará el funeral? ¿O ya se ha celebrado?».

El recuerdo de Hanz se vuelve a instaurar en tu cabeza, como un tornado. Te angustia pensar en sus últimos momentos.

«No habrá funeral. Hanz donó su cuerpo a la ciencia, era su última voluntad», le contestas.

«Vale. No lo sabía. Quiero que sepas que siento mucho lo que ha pasado, ya no solo me refiero a Hanz. Lo digo por Mateo».

«Mejor no me hables de él...».

«Lo sé, lo sé. Yo tampoco quiero saber nada... No es una buena persona».

«Me alegra que te hayas dado cuenta de lo perverso que es Mateo. Aléjate de él, es lo mejor, créeme».

«Hay otra cosa que deberías saber...».

«Qué...».

«¿Recuerdas aquel collar que pertenecía a la familia de tu madre y que robaron?».

«Como para no recordarlo...».

«Pues fue Mateo quien lo robó...».

«¿Qué?».

«Sí... Pero ya no lo tiene. Lo vendió a una tienda de antigüedades, Blue Storm, por un precio insignificante, porque aún no sabía nada de su valor...».

«¿Por qué me cuentas esto ahora?».

«Porque creo que lo justo es que lo sepas. Y porque siento muchísimo todo el daño que te he hecho. No he sido una buena amiga. Espero que algún día puedas perdonarme...».

«Quizás algún día...», y decides acabar con la conversación. Buscas el infinito con los ojos, como buscando la paz interior y piensas en todo el daño que te ha hecho y te sigue haciendo Mateo.

—¿Estás bien? —te pregunta Jon rompiendo el hechizo de tu mirada.

—Sí —respondes sin entusiasmo.

—¿Quién era?

—Una vieja amiga...

El dinero enferma a la gente. Algunos venderían su alma a cambio de grandes cantidades de billetes. No te parece nada extraño que Mateo haya robado el collar. Siempre que hablaban de la joya se ponía tenso.

—Bueno, creo que deberíamos ir a mi nave —anuncia Jon—. Tenemos que montar un par de colchones y estar lo más cómodos posible, puesto que va a ser nuestro próximo campo base.

—De acuerdo. Vamos. Espero que empecemos a trazar ya un plan para liberar a Saúl.

—Es justo lo que vamos a hacer. Pero hay que hacerlo bien. En cuanto a esos cretinos... No dejaremos que ninguno se vaya de rositas. Van a ir pagando de uno en uno todo lo que te han hecho. Y te enseñaré cómo.

Ha oscurecido. En el cielo aparece una tímida luna que parece estar sujeta por un hilo invisible. Después de haber cargado con los colchones y las provisiones, la nave de Jon se asemeja a un campo militar. Un arsenal de armas y municiones se apilan por todo el recinto. Aunque no es un paisaje ideal, ni el esperado, ya no te horroriza. Has acabado comprendiendo que la revancha es el único medio.

Os tumbáis sobre uno de los colchones, algo exhaustos. Pero al momento te vuelves a incorporar para enseñarle las fotos a Jon.

—A Hanz lo mataron porque lo pillaron espiando —resoplas apenada—. El pobre trataba de explicarme lo que había descubierto: el inspector, que no me fiase... Y advertirme de que tenían a Saúl...

—En cuanto le vi la cara al madero ese, sabía que no era de fiar...

—Por eso cambiaron de paradero enseguida, porque Oliver se lo chivaba todo...

—Tranquila, le haremos justicia a Hanz. No habrá muerto en vano. Además, estas imágenes son unas pruebas excepcionales. Si las llevamos a cualquier periódico, serán una bomba.

—Estaría bien... Por cierto, ¿se te ocurre dónde pueden estar ubicados ahora?

—A ver...

Jon se fija bien en las fotos.

—Es una masía abandonada. Me suena... Aunque por esta zona hay unas cuantas...

—Sí, a mí también me suena. Pero fíjate bien que esta masía no es la única que parece abandonada. Mira a su alrededor... Se trata de un pueblo abandonado.

—El campanario está bastante bien conservado.

—¿Podría ser Puigmeló? No está muy lejos de aquí...

—Podría ser... Mañana por la mañana iremos a explorar la zona. Está a solo diez minutos de Rabadás.

—Bien —dices satisfecha.

—Bueno, creo que ya va siendo hora de que me enseñes a disparar.

—Claro, pero también te voy a enseñar a tener un cuerpo más fuerte... Y no me refiero a tener unos músculos...

—¿Cómo los tuyos? —le interrumpes.

—No todo son músculos... —responde con una mirada de reproche—. ¿Has visto alguna vez un combate de karate? Fíjate que el quid de la cuestión se basa en mente y cuerpo... No son los músculos los que determinan la fuerza o un combate... Es la técnica, el estiramiento, el equilibrio... y esto...

Jon te propina pequeños golpecitos con un dedo en la frente.

—Aun así, yo soy enclenque. No soy como la Jennifer López de las películas.

—Tú lo has dicho... Películas. Seguro que tienes más agallas que la actriz.

Te miras desde los pies hasta arriba con condescendencia, intentando ver algo de valentía en ti.

—Mira, voy a ir a buscarte los medicamentos para tus dolores. Mientras tanto, cámbiate. Ponte ropa de entreno. Luego, quiero que vayas calentando un poco: trota durante cinco minutos desde el mismo sitio, haz sentadillas y salta a cuerda...

—Con solo oírte ya me he cansado...

—Al principio no solo te vas a cansar, sino que notarás que todo tu cuerpo está dolorido... Pero después, serás como una pluma, ligera...

—¿Y qué hago después del calentamiento?

—Coges esos guantes —dice indicándote los guantes que están sobre la mesa—, cierras los puños y los colocas cerca de la barbilla. Luego, quiero que lances golpes con el brazo izquierdo, dando un pequeño paso con el mismo pie. Después, haz lo mismo con el brazo derecho y finalmente ve alternando los dos brazos.

—De acuerdo.

Mientras Jon se va a hacer los recados, tu rabia va in crescendo. El deseo de acabar con todos ellos cada vez es más intenso. Cada golpe que le das al saco es como enfrentarte a un fantasma. Notas como vas liberando una cantidad de energía negativa y como la rabia se transforma en fuerza. No te sientes vulnerable. Aprender a defenderte te hace más libre, más

independiente. Necesitas ganar la confianza que has ido perdiendo en ti.

«Soy fuerte. Soy muy fuerte, joder. Y nadie me va a parar. Soy imparable. Soy una guerrera. No he nacido con la piel de un soldado, pero lo voy a ser».

Estás tan concentrada en cada patada y porrazo que ni siquiera has oído llegar a Jon, que mueve afirmativamente la cabeza al ver desplegar tanta energía.

—Bien —te dice satisfecho por tu vigor—, pero ahora descansa un poco. No gastes toda la energía de golpe. Después de cenar te enseñaré a disparar con armas que tienen silenciador...

Al acabar de cenar una maravillosa sopa de fideos al estilo japonés, Jon te pone una pistola con silenciador en las manos.

—Sujétala firmemente, sin miedo. Mantén la pistola lo más arriba posible. Mantén tu dedo medio, anular y meñique alrededor de la base de la empuñadura, justo debajo de la protección del gatillo.

—¿Así? —preguntas tú con la seguridad de un portero de discoteca.

—Sí. Y ahora tu dedo índice —te dice mientras te lo coge con suavidad— extiéndelo contra el maro de la pistola, hasta el momento de disparar.

—¿Y ahora?

—Ahora solo debes quitar el seguro y tener una buena postura de tiro.

Al momento disparas sin pensártelo ni un segundo. Tu cerebro va acelerándose.

«Se acabó. No más miedo. No más amenazas. No soy una asesina, pero tampoco voy a quedarme de brazos cruzados, esperando que el lobo llame a mi puerta.

Han matado a mi padre, a Hanz, han hecho daño a personas que quiero y me han hecho daño a mí. Se acabó. Nunca más».

—Lo has hecho muy bien —dice Jon con la cara agriada—, pero acabas de darle a mi impresora. ¿No podías esperarte que te pusiera una lata vacía o algo así?

—Ups, perdona —le dices mientras muestras una mueca divertida.

Jon acaba arqueando una ceja mientras reprime una sonrisa.

Ha sido un día duro. Nada más poner la cabeza sobre la almohada, tus ojos se cierran como si te pesasen una tonelada. Hacía días que no conseguías dormir unas horas seguidas. Pero lamentablemente no dura mucho el sueño tranquilo. De madrugada recibes un mensaje de Mateo:

«Tengo a tu médico. Nos vemos mañana por la tarde a las seis de la tarde en nuestra casa. Ven sola. Ponte guapa. Te quiero. Te entregaré a Saúl si vuelves conmigo».

«Está bien», respondes tú.

—¿Qué pasa, Mía? —te pregunta Jon.

—Cambio de planes —le respondes—. No iremos a la masía... Iremos a mi antigua casa.

—¿Cómo?

—Mateo tiene a Saúl. Me ha dicho que vaya sola. Y que, si vuelvo con él, soltará a Saúl.

—¿En serio has accedido a ese chantaje?

—No me queda otra... Mataré a Mateo —dices con la mirada enojada y apretando la mandíbula.

—Pero es una trampa, no puedes ir sola. No estás preparada...

—Lo sé, pero tengo que hacerlo. Es un riesgo, sí, pero no ir puede suponer la muerte de Saúl.

Es cierto que no estás preparada para enfrentarte a él. Pero tampoco lo estabas cuando recibías sus golpes, cuando te atacaba por sorpresa o te insultaba, pero aun así, conseguiste levantarte. Tampoco estabas preparada para que tu madre te abandonara durante horas o te criticara delante de los demás. Y a pesar de todo, te mantuviste erguida, como una caña de bambú. Y qué decir de Flora, sus constantes humillaciones, su maldad personificada en mujer. Y volviste a enderezarte.

Es verdad que quisiste dejarlo todo. Morir. Porque cuando te golpean demasiadas veces en la misma herida, no puede cerrarse nunca y luego solo queda dolor y más dolor. Y por mucho que quisieras levantarte, hubo una época en la que era demasiado todo lo que tenías que soportar sobre tus hombros.

Pero algo ha cambiado. Una seguridad inminente se está adueñando de ti como aire fresco. *«Ya no temo ni a la muerte»*.

Jon y tú habéis estado planeando toda la mañana el encuentro de la tarde. Él está nervioso porque dice que aún no estás lista para lo que se te viene encima. Pero entiende que tengas que ir.

—No me gusta nada que te haya citado en vuestra casa.

—Bueno, conociendo lo cobarde que es, ha querido quedar en un sitio que conoce y que está cerrado, asegurándose así que me tiene controlada.

—Pero es peligroso. Y ni siquiera es cien por cien seguro que traiga consigo a tu novio. Tampoco sabemos si él mismo estará solo. No pienso dejar que vayas sola.

—Dijo que fuera sola. No voy a hacer nada que ponga en riesgo la vida de Saúl.

—Pues entonces estaré abajo en el coche y a la que pueda me colaré por el balcón...

—Pero es un cuarto piso...

—Lo sé, eso no es ningún problema para mí.

—Claro, me lo imagino. No sé ni por qué dudaba.

Lo miras con un gesto burlón.

Durante estas últimas horas, Jon te ha seguido enseñando más técnicas de combate, cómo defenderte y el manejo de armas. Has podido comprobar la agilidad que tiene y sobre todo la experiencia en el medio que hace que tu aprendizaje sea más rápido y certero.

—Te voy a dar esta arma pequeña —mientras te lo explica, te coloca una pistolera

ajustable de *nylon* en el tobillo izquierdo—, por si la tuvieras que hacer servir.

—¿Qué hago si Saúl no está?

—El plan es el mismo. Lo vas entreteniendo hasta que yo me cuele por el balcón y lo atrape. Luego, lo amenazaremos que si no nos da a Saúl lo mataremos allí mismo. O lo que es peor, lo torturaremos.

—Espero que salga bien el plan.

—Tendrá que salir bien.

Ya casi es la hora. Estás lista para abrir la puerta de tu antigua casa. La mano derecha te tiembla un poco. Las tienes sudorosas. Coges aire con la pretensión de que tus constantes vuelvan a reflejar un ritmo normal. Un mes atrás no esperabas para nada que al abrir esa puerta te encontrarías con un campo de batalla.

Te acuerdas de las últimas palabras de Jon:

«Domina el estrés y el miedo, no dejes que te quiten energía. Tú eres fuerte, tu oponente es mucho más débil que tú. Recuerda que una mente fuerte vale más que un cuerpo musculoso».

Entras con sigilo. No se oye ni un alma. De pie, esperándote con una sonrisa de depredador, está Mateo. En el sofá se encuentra Saúl, con muy mal aspecto. Se ve debilitado. Está atado de pies y muñecas y lleva un esparadrapo en la boca. Al percatarse de tu presencia se agita, parece querer decirte algo. Aún estás en la entrada, con la puerta abierta, fijándote en cada detalle del comedor.

—Ya me tienes aquí.

—Ya lo veo. ¿De qué vas vestida? —pregunta refiriéndose a las vendas de protección que llevas en las manos y a tu ropa deportiva roja.

—De diablo.

—Bien, me gusta —te responde dejando escapar una sonrisa aterradora.

—Dejémonos de juegos. Deja que Saúl se vaya ahora mismo.

Saúl niega con la cabeza. Está intranquilo. Mateo se acerca hacia ti. Tú también das un paso hacia delante. De repente, la puerta se cierra tras de ti. «¿Quién la ha cerrado?». Al girarte observas como Flora sale de detrás de la puerta, hecha una salvaje, se abalanza hacia ti con una sartén. Consigues frenar el golpe. Ella vuelve a intentarlo. Grita para darse más vigor a sí misma. Le das una patada que hace que se caiga en la superficie. Al girarte de nuevo hacia Mateo, sientes un golpe seco en la cabeza. No te ha dado tiempo a reaccionar. Te desplomas a sus pies.

Te sobrepones con un dolor terrible de cabeza. Estás todavía en el mismo lugar, en el suelo. Ni siquiera se han molestado en atarte a una silla o ponerte un esparadrapo. Supongo que siguen pensando que eres débil y no te tienen miedo. Aun así, Flora intenta intimidarte apuntándote con una pistola.

—¿Era necesario intentar desnucarme? —les reprochas indignada.

—Ojalá te hubieras desnucado —responde Flora, enfadada. Aún siente el dolor en su barriga, de la patada que le has dado.

—Nunca entendí tu rabia hacia mí, pero ahora empiezo a darme cuenta de cuánto vacío tienes dentro y lo mucho que necesitas alimentar tu ego, de los demás.

—No, en realidad no es rabia, es pena. Me pareces patética y una floja.

—Pues si quieres seguimos el combate y te demuestro lo floja que soy —le dices con una sonrisa desafiante indicándole con una mano que venga en tu dirección.

Ella, sin más preámbulos, se abalanza hacia ti con el torpe propósito de darte una patada en el estómago. Antes de que pueda ni siquiera rozarte, esquivas su pierna haciéndola caer en el pavimento. Vuelves a retarla para que venga a por ti.

—¿Ya te has rendido?

Dando un grito de guerra se levanta de nuevo e intenta golpearte ahora en la cara, con el mismo éxito que antes, puesto que tú consigues esquivarla. Te revuelves e intentas golpearla ahora tú, pero al intentarlo, ella te apunta con el arma.

—Qué cobarde eres, escondiéndote tras la pistola...

—Y tú quién te has creído, ¿*Kill Bill*?

—Dejadlo ya, chicas —advierte Mateo.

—Quedamos en que si volvía contigo dejarías en paz a Saúl —le reprochas.

Saúl te mira disgustado. Pareciera decirte que no sigas intentándolo, que te salves tú. Intentas tranquilizarlo con la mirada.

—¿Eso le dijiste? —te recrimina Flora, enfadada.

Mateo no sabe cómo esconderse de la pregunta.

—Era solo para convencerla de que viniese...

Mientras discuten, piensas en Jon. Te da mala espina que aún no haya aparecido en escena. «¿*Dónde estás Jon?*».

—Supongo que te preguntarás dónde está el machote ese que te acompañaba. Por cierto, ¿dónde lo has encontrado? El tío está buenísimo...

Mateo la mira con recelo. Tu cara, en cambio, es desangelada. «*Jon... no...*».

—Ah, no me mires así —te dice Flora—. El muchacho está bien... Digamos que ahora mismo está algo ocupado.

—¿Qué? Como le hayáis hecho algo, juro que...

Tensas los puños con rabia.

—Lo hemos asustado un poquito, ¿verdad Mateo? Explícaselo, vamos... Fue idea tuya.

Él desvía la mirada de nuevo con recelo hacia ella.

—Descubrimos el paradero donde esconde a su hija y ahora la tenemos en un lugar seguro... —dice a regañadientes—. Si él se porta bien y no interviene en nuestros asuntos, no le pasará nada.

—¿Qué?

Intentas levantarte y abalanzarte hacia ellos, pero Flora vuelve a apuntarte con el arma.

—Sois unos malnacidos.

—Siéntate otra vez en el suelo —te ordena ella.

—Bueno, ahora viene lo mejor —continúa Flora con una rebosante alegría—. Para que veas que no somos tan malos, hemos pensado que estaría bien que murierais juntos como Romeo y Julieta. ¿Verdad que es bonito?

Flora mira a Mateo para que reafirme sus frases.

—Muy bonito —dice Mateo.

Tú los miras con desprecio y llena de odio. La situación se está tornando complicada.

—Estáis enfermos... Y pensar que todos estos años me habéis hecho creer que la loca era yo.

—Querida Mía, hurgaste donde no deberías. Tú misma te pusiste en la boca del lobo. Te lo advertimos y no hiciste caso...

—¿Y mi padre que os hizo?

—Bueno, de eso no puedo responder —dice Flora, mirando a Mateo.

—Yo no quería matar a tu padre, créeme —espeta Mateo—, pero claro, querías ir a la policía y denunciarme. No tuve más remedio. Pero tranquila, fue fácil acabar con él. Lo ahogué contra un cojín. No sufrió nada.

Un dolor hueco y desgarrador te invade el estómago.

—Eres un asesino —dices furiosa, con los ojos encharcados en lágrimas.

—Hanz costó más... —suelta Flora—. Era un viejo duro de roer... Además, se ve que más de una persona iba tras él. A saber qué secretos escondía... Porque cuando lo dejamos en la habitación del hotel aún respiraba, no lo dejamos en una bañera. Y estaba todo impoluto. Sin embargo, en el informe policial pone que la habitación estaba revuelta y el resto ya lo sabes... En fin.

—Juro que os mataré...

La expresión de tu rostro irradia una profunda indignación e ira.

—Ay, Mía, no podrás matarnos —te advierte Flora, con la voz burlona—. Lo siento. ¿No ves que hoy es tu día? Tu día de morir. ¿No te parece genial saber cuándo vas a morir y hacerlo bien acompañada? Fue idea mía.

La idea de despedazarlos poco a poco y tirar sus restos al mar se te pasa por la mente. O un atropello de tren. O una bomba.

—Mateo, ve a por las garrafas.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntas a Mateo, suplicándole con la mirada.

—Lo rociaremos todo con gasolina y luego os prenderemos fuego —responde Flora—.

¡Chas! —Hace un gesto con los brazos, como si estuviera tirando confeti.

—Ya está todo preparado —dice Mateo—. He echado gasolina por todas las habitaciones.

—¿Vas a quemar nuestra casa? —le reprochas—. Pensaba que eras más inteligente. Menudo plan...

Mateo se encoge de hombros.

—No, no, este plan también es mío —responde orgullosa Flora—. Porque así no tendremos luego que limpiar. El fuego lo destruye todo. ¿No te parece que soy un genio?

La miras como al chalado que reparte panfletos delante de una iglesia.

—Poneos juntos en el sofá —te ordena Mateo.

Lo fulminas con la mirada. Aún no tienes claro cómo saldrás de esta, el tiempo se te acaba, pero tu sed de venganza es tan grande, que tu cerebro ya está maquinando un plan.

—¿Alguna petición antes de iros al otro barrio? —pregunta con ironía, Flora.

—¿Puedo desatarle las cuerdas a Saúl?

—No —refunfuña Mateo.

—Sí... Me parece bien. Así podréis morir abrazados —replica Flora, riendo burlona.

—Pero... —protesta Mateo.

—Pero nada —dice Flora imponiéndose—. Los dos los estamos apuntando con un arma. ¿Qué crees que pueden hacernos?

Tú le quitas con cuidado el cordel de las manos y los pies. Saúl te mira con ternura. El olor de gasolina os inunda la nariz. Los dos juntáis vuestras frentes mientras aguantáis las ganas de llorar. «No pienso dejar que nos maten». Le susurras.

Saúl suspira con hondura.

—¡Qué tierno! —exclama con asco, Mateo.

—Venga, empieza... —le ordena tu exjefa, con la mirada puesta sobre las garrafas de carburante.

Mateo destapa una de las botellas y empieza a rociar la superficie poco a poco, pero en un imprevisto se gira hacia su derecha y le tira el líquido a la cara a su compañera.

—¡Pero ¿qué haces, cabrón?!

—Estoy harto de que me trates como tu perrito faldero.

Forcejean un rato y entre gritos, reproches y patadas ella le pega un tiro. Él cae sobre una de las alfombras ibicencas, aunque solo le ha herido en un brazo. Flora parece olvidarse de vosotros e insiste en ir a por él.

Vosotros aprovecháis el momento para iros al balcón. Es la salida más próxima que tenéis. La puerta de entrada está demasiado lejos.

—Pedazo de cabrón inútil... —le suelta Flora, acercándose un poco más hacia él, que aún está tirado en el suelo, retorciéndose de dolor.

Flora se confía, se siente la reina de la pelea y al detenerse en frente de Mateo, se aproxima un poco más hacia él apuntándolo con la pistola. Este aprovecha entonces para darle una patada en la mano que lleva el arma, la cual se le cae dejándola desarmada. Ella intenta ir hacia la pistola de nuevo, pero él enciende un mechero que tiene en el bolsillo y le prende fuego a su cara. El fuego se ha avivado enseguida porque aún tenía restos de bencina por el rostro y el pelo. Ella grita como una rata e intenta ir corriendo hacia el baño para tirarse toda el agua que pueda.

Las chispas que han caído en la superficie se han prendido enseguida, Flora va dejando un rastro de fuego tras ella. La casa comienza a arder en llamas.

Mientras Flora y Mateo se peleaban, habéis conseguido liar dos sábanas que colgaban desde hace meses en el tenderete, y la habéis atado a la barandilla.

A lo lejos se oyen sirenas de bomberos. Le ordenas a Saúl que baje él primero, puesto que tú tienes un arma, la cual le muestras, y así podrás quedarte vigilando. Saúl obedece, sorprendido por tus habilidades y se incorpora tras la baranda asegurándose que esté bien atada y que aguante bien el peso. Intenta ir lo más rápido que puede. Mateo, que desde lejos ve vuestras intenciones, corre hacia vosotros como un búfalo.

—¡Si no te quedas conmigo, no vas a estar con nadie más! —te amenaza gritándote y haciendo un gesto frenético.

Le pega un tiro a Saúl y del impacto, él suelta las manos de la cuerda, lo que le hace caer de cuatro pisos.

Tú, llena de ira y odio, le pegas un tiro a tu exmarido, con la mala suerte de solo rozarle un hombro. No intenta encararse a ti. Sale huyendo entre las llamas. El fuego ruge por las paredes y por todas partes. No logras ver si ha podido escapar por la puerta. Bajas a toda prisa. Saúl yace en el suelo, malherido, envuelto en un gran charco de sangre, pero lo ves moverse. Sigue con vida, aunque no puedes ver la gravedad de las heridas que le ha podido ocasionar la caída.

Este lugar empieza ya a ser tu segunda casa. Un hogar temporal. Todo se reduce a una sola habitación.

Una emanación de productos de limpieza y desinfectantes ocupa toda la estancia.

Tú saliste indemne, apenas un rasguño. Pero Saúl salió peor parado de la situación. Está rodeado de un sinfín de cables y tubos. El monitor de su cabecera registra sus signos vitales. El tubo colocado por la boca le ayuda a respirar. Las bombas le van administrando una cantidad de medicación y sueros. Una máquina de diálisis le ayuda a trabajar el riñón.

Una pulsera identificativa rodea su delicada muñeca. Te lastima verlo así, tan frágil. Una de las doctoras entra en la habitación. Tú pones toda la esperanza en que las noticias que traiga sean buenas.

—Doctora, por favor, ¿podría decirme cómo está? ¿Se pondrá bien?

La doctora te examina de arriba abajo.

—¿Quién es usted?

—Su... mujer —es lo primero que te ha salido por la boca.

—A ver. La buena noticia es que no va a quedarse parapléjico. Ha tenido mucha suerte de que el toldo que había en el segundo piso amortiguase la caída.

—¿Pero saldrá del coma?

—Bueno, eso depende. El pronóstico no es malo. El daño cerebral es leve. Aunque está débil debido a sus lesiones: clavícula, brazo y pierna rotos. Va respondiendo bien a los medicamentos, eso es positivo. Es difícil predecir con precisión cuánto puede durar el coma. Con suerte, antes de un mes podría despertarse. A pesar de que hay personas que en su mismo caso han estado en coma durante años.

No sabes si alegrarte o echarte a llorar. Aunque el pronóstico en sí no parece tan malo como pensabas, que Saúl esté en ese estado, te parte el alma.

Acaricias con suavidad sus manos. Una lágrima se te escapa y corre solitaria deslizándose hacia el suelo. Oyes detrás de ti el chasquido de la cerradura. Alguien está entrando con sigilo. Tú miras la puerta con estupor. Tienes todas las alarmas puestas en tu cabeza.

—Uf, ¡por dios! —te quejas irritada—. ¿Se puede saber por qué has entrado así de despacio? Casi me matas del susto.

Es Jon. Tú ya estabas a punto de tirarte a la yugular de quien fuera como una loca.

—Es que estaba todo muy silencioso y no quería molestar... —dice hablando con cautela.

Jon te mira abrumado.

—Mía, ¿cómo estás? —te dice con la voz algo rota. Ya de por sí su voz suele ser grave, pero ahora es como si se le hubiera bajado dos tonos más.

—Bien... Ya te dije que yo solo tengo heridas superficiales... Por suerte.

Él hace un gesto con la cabeza alegrándose por ti. Se queda pensativo mientras mira con atención y pesar a Saúl.

—¿Qué te han dicho? —te pregunta, evitando tu mirada, refiriéndose al estado de Saúl.

—Pues que la lesión del cerebro, por suerte, no es grave y que puede que despierte del coma en breve o a saber cuándo...

Jon se encoge de hombros.

—Ojalá no me hubieran puesto en esa encrucijada —se maldice entre dientes.

Apenas se entiende lo que acaba de decir, pero tú sabes que lo que le fastidia es no haber podido defenderte, ya que te dio su palabra. Y es que es evidente que todavía siente un peso en el alma por no haberte podido ayudar, que no se esfumará, así como así.

Cierra los puños con rabia mientras su mirada se pierde en otro lugar.

—Jon... No es tu culpa. No podías hacer nada. Te tenían pillado. Si a mí me hubieran dicho que tenían a mi hija, hubiera salido volando para ir a por ella.

—Lo sé, pero esto no quedará así.... —dice tensando la mandíbula.

—¿Cómo está Celeste?

—Bien. Pero se asustó mucho cuando se la llevaron del parque donde estaba jugando y la encerraron en una furgoneta, sin darle ninguna explicación.

Tú ladeas la cabeza disgustada.

—Pobrecita... No quiero ni pensar el miedo que debió sentir.

Él resopla enervado.

—Ahora está a buen recaudo.

—¿Dónde está? —preguntas con curiosidad.

—Con el Lobo.

Produces una mueca de desagrado.

—Ah, tranquila —te responde en tono jocoso—, es mi padre. El abuelo de Celeste.

—¿Y por qué lo llamas Lobo?

—Todo el mundo lo llama así. Es un tipo que cuando está de buenas parece un cachorro, pero cuando alguien lo busca o le tocan su territorio es como una fiera salvaje.

—Caray. No me gustaría tenerlo cerca...

—Tranquila, no te haría nada. Le encantarías.

—¿Os lleváis bien?

—No.

—¿Y aun así dejas a tu hija con él?

—El mataría por ella, sin pestañear. Además, él también fue sicario y sabe cómo defenderse. ¿De quién crees que aprendí todo lo que sé? No hay lugar más seguro que ese.

Sus ojos le brillan como si estuviera a punto de llorar. Se hace un silencio embarazoso.

—¿Sabes? Me has ayudado mucho —interrumpes el incómodo momento—. Me sirvieron las técnicas de autodefensa que me enseñaste.

—Eres más fuerte de lo que crees. Pero tendría que haber estado. Era muy peligroso...

Te sulfuras. No sabes cómo convencerle de que no es su culpa de que os hayáis topado con dos psicópatas.

—Esta ya no es solo tu guerra, también es la mía. Van a pagar por lo de Celeste y por lo de Alina.

—¿Tu exmujer?

—Sí, he averiguado que estos cerdos son los mismos que le tendieron una trampa y por eso ahora está entre rejas. Así que estamos juntos en esto —dice estrechándote una mano.

—Cuando quieras, ya sabes dónde encontrarme. Tenemos mucho entreno que hacer... —sigue.

—Voy a estar un poco más aquí al lado de Saúl, pero al final de esta semana... —tu cara se vuelve huracanada y oscura—, volveremos al plan y al entreno.

Antes de irse te deja discretamente una bolsa con tu medicamento.

—No dejes de tomártelo, te irá bien.

Le sonríes complacida.

Hace una hora que se ha ido Jon. Saúl sigue sin mover ni una pestaña. En la habitación solo se oye el ruido de las máquinas conectadas con él.

Al instante, la puerta vuelve a abrirse, pero esta vez de golpe. La apertura es seca, directa. No tienes tiempo ni de reaccionar. Del otro lado aparece una mujer joven, atractiva, de pelo corto y negro como el carbón, a la que no habías visto nunca.

—Buenos días. ¿Es usted Mía Sanz?

—Sí.

—¿Cómo está? —dice tendiéndote la mano—. Soy la inspectora Erin Butler.

—Tanto gusto —respondes sorprendida—. ¿Y el inspector Oliver?

—Al inspector Oliver Marin lo han suspendido del caso. Pero no puedo darle más explicaciones sobre eso. «Bien, por fin algo de justicia».

—¿Puedo hacerle unas preguntas?
—Sí —contestas con poca motivación.

No te fías ni un pelo de ningún policía. Aunque esta parezca de las buenas. Ya has tenido suficiente. De todas las preguntas que te hace respondes las mínimas.

—¿Mateo Santiago es su marido?
—Lo era. Pero aún tenemos que tramitar el divorcio.
—¿Vio cómo provocó el incendio?
—No lo sé.

La mujer achina un poco los ojos, como si tuviera el superpoder de ver a través de tus pensamientos.

—¿No lo sabe? Alguien ha incendiado su casa y ayer usted y el señor Pacheco podrían haber muerto calcinados. ¿Le da igual?
—No, no me da igual. Pero yo no vi nada.
—¿Pero se encontraba con ustedes el señor Mateo o no?
—Si estaba, yo no lo vi.

La mujer vuelve a achinar los ojos.

—Hemos encontrado indicios que nos conducen a él como el responsable de lo sucedido, tanto del incendio como de... —señala a Saúl con la mano—. ¿Le cuadra?

Tú no respondes, aunque tu cara parece haber respondido por ti.

La mujer no insiste más. Prefieres no dar ningún dato que pudiera perjudicarte, y resolver esto a tu manera.

—A partir de ahora habrá dos agentes vigilando en la puerta. Hay que estar seguros de que el sospechoso de su marido... —rectifica con rapidez—, exmarido no aparezca por aquí. Y que, si lo intenta, Saúl esté bien protegido. También le podemos poner protección a usted.
—No hace falta, gracias. *«Demasiado tarde...»*.

En ningún momento nombra a Flora. Tú tampoco le comentas nada.

—De acuerdo.

La inspectora por fin se va con la tez seria y absorta en sus pensamientos.

—Ah, una cosa más. Tenga —te entrega una tarjeta con el teléfono de una asociación contra el maltrato a la mujer—. Aquí la pueden ayudar.

Los ojos de la inspectora parecen sinceros.

—Gracias.

«Tengo que decir que esta parece que hace bien su trabajo...».

Ha pasado ya un mes desde que Saúl ingresó en el hospital. Sigue en coma. Has estado yendo y viniendo cada día a verlo. Los agentes siguen ahí, en la puerta, vigilando a todo aquel que entra y sale. No te acaba de gustar que estén allí, pero te proporcionan seguridad, pues sabes que Mateo es capaz de ingeniárselas para colarse en la habitación. Esa inspectora te ha dado buenas vibraciones. Aun así, sigues sin confiar demasiado en las personas.

Estos días el entreno con Jon ha sido duro, pero satisfactorio. Nunca hubieras pensado que hubiera tanta fuerza y resistencia en ti. Solo te faltaba confianza para creer. Una confianza que tenías encerrada con mil candados en un lugar perdido. Así que, ahora que tienes confianza, ya nadie nunca más te la va a quitar. Porque ya no eres esa Mía que lloraba por las esquinas de casa, llena de moratones. No. Esa Mía se ha reinventado, ha hecho las paces con ella misma y ha entendido que el mundo no es de color de rosa. Que a veces hay gente que traiciona, se aprovecha de otros... En definitiva, son malos. Que nadie vendrá a rescatarte, pero tú no necesitas que te salven. Eres una luchadora y ahora ese miedo se va disipando como la estela que deja el vaho en un espejo.

«Golpe recto, golpe con el codo, puño trasero, patada rápida frontal, patada rápida lateral...».

Los dolores que te produce el tumor siguen haciendo presencia, creándote un gran malestar. Suerte que los opiáceos que te proporciona Jon hacen su efecto y te alivian.

Además, Jon también te ha estado ayudando, pues mientras estabas en el hospital cuidando de Saúl, el ex sicario se ha dedicado a buscar algún rastro de Mateo y Flora. Pero es como si la tierra los hubiera engullido. Los dos estáis mano a mano con los ordenadores buscando y buscando sus paraderos.

Habéis ido varias veces a Puigmeló, aquel sitio que visteis en las fotos que resulta ser el nuevo emplazamiento donde se han mudado estos delincuentes.

Puigmeló es uno de esos pueblos que la Guerra Civil derrumbó, como a tantos otros. Para llegar, necesitas dejar el coche a las afueras y andar diez minutos, hasta los trescientos metros de altitud de un núcleo rural al que nunca llegaron ni la luz, ni el agua corriente. Aunque ellos han montado un grupo electrógeno en una de esas masías para poder trabajar en sus cosas.

Hay una decena de casas en ruinas donde florecen en sus paredes y tejados hierba salvaje. También en su interior hay vegetación. Un campanario bien conservado surge de golpe, después de un camino repleto de diminutos excrementos de cabras. El sitio es bonito, pero lúgubre a la vez.

A la única persona que habéis visto allí todos los días es a aquella señora mayor que aparece en todas las fotografías. Pero ellos están desaparecidos.

La señora va dando órdenes a todo el mundo. Se la ve nerviosa. Todo aquel que pasa por

su lado se repliega a ella como un gusano. «¿Quién es esa mujer?». «¿Por qué parece que le tengan tanto miedo?».

Jon está que trina porque a pesar de tener una foto de ella, no encuentra sus datos por ninguna parte. No hay ninguna identidad. Nada. Como si fuera un fantasma.

—No sé... —dices tú—, quizás trabajaba para el gobierno como espía y luego tuvieron que borrarle la identidad.

Jon resopla.

—Lo que sé es que parece ser alguien importante o alguien con mucho dinero, porque ya has visto que tenía a un inspector comprado y más gente trabajando para ella.

—Sí. Parece ser el capo de todos.

—Lo es.

—Por cierto —comentas sin apartar la mirada del ordenador—, Mateo estaba herido en un brazo y un hombro... Pero no he encontrado su ficha en ningún hospital... Si hubiera sufrido heridas por quemaduras, también estaría en alguna clínica. Y en cuanto a Flora, debió sufrir quemaduras en la cara, eso seguro... Pero no la volví a ver más y si hubiera muerto, hubiesen encontrado su cuerpo calcinado, ¿no? Es extraño que no los pueda rastrear.

—Tranquila. Daré con ellos —responde con orgullo de pirata informático.

—No creo que estén juntos, por eso.

—¿No?

—No. Mateo le tiró gasolina sobre el rostro.

Jon hace un gesto de estupor con la cara.

—Quizás, con suerte, lo ha matado y ha enterrado su cadáver.

Una sonrisa disparatada trata de dibujarse en tu cara hasta que una mueca de horror hace presencia al acto.

—Ah —dices acordándote del inspector—, ¿sabes algo más de Oliver?

—Pues he averiguado que nuestro inspector favorito —dice con sorna—, efectivamente ha sido suspendido del caso, porque lo han pillado en todo el asunto de las drogas. Le han quitado todas sus credenciales y ahora se encuentra a disposición judicial.

Una sensación de alegría te recorre todo el cuerpo. Tus ojos expresan con sinceridad la buena noticia.

Al rato recibes un mensaje de voz de Verónica. Parece agotada. Su voz es poco estable:

«Mía, creo que te interesa saber esto. Sé que estás buscando a Mateo. Me llamó hace cosa de un mes porque estaba herido y no podía ir a un hospital... Yo lo ayudé por miedo. Llamé a un amigo mío que es veterinario, para que lo ayudara con las heridas... Y ahora está en un hotel...».

«¿En qué hotel?», le respondes.

«Te diré en qué hotel, si averiguas donde está el collar... Fui a la tienda de antigüedades

que te dije, pero no he averiguado nada... No tengo ningún rastro que seguir y estoy desesperada. No quiero el collar para mí. No puedo contarte por qué lo necesito. Pero sería importante que me echaras una mano. Y entonces te diré dónde está Mateo».

Notas un temblor en su voz.

Este último mensaje te deja una extraña sensación en el estómago. *«Pero ¿qué es todo este chantaje? ¿Por qué ahora, de repente, hay tanto interés con el dichoso collar?».*

«No entiendo nada, Verónica. Sé sincera. Dime dónde está Mateo y déjate de juegos».

«Lo siento.», dice en su último mensaje.

Jon, que ha estado escuchando los audios, arquea una ceja y ladea la cabeza con un gesto incrédulo.

—Mía, aquí hay gato encerrado. Esta chica está siendo amenazada por alguien. Tiene la voz rota, impostada. Se nota que está coaccionada.

—Es verdad. ¿Pero quién la amenaza? Yo solo quiero saber dónde está ese malnacido.

—Por eso no te preocupes. Lo averiguaré. Además, tengo buenas noticias —dice alegre—. He descubierto dónde está Flora.

—¿En serio?

Tus ojos se abren como platos y muestras una gran sonrisa en tu rostro.

—Gracias a mi ingenio y... cuando me has dicho que Flora estaba herida...

Jon sonríe de manera pícaro.

La venganza puede destrozarte completamente por dentro o convertirse en una pistola llena de munición, cargada hasta arriba.

La sociedad está corrupta. No existe ley alguna, por lo que tendrás que ser tu propia ley. Ya va siendo hora de ajustar cuentas.

—Explícame cómo has conseguido encontrar a esta harpía.

—Flora está escondida en una de las habitaciones de su hotel —te responde él satisfecho. Sientes como un ahogo contenido desde hace tiempo explota en tu interior.

—¡Será miserable...! —Tus ojos son puro fuego ahora mismo—. ¿Cómo te has enterado?

—Intercepté las cámaras del parking del hotel y durante todo el mes me estuve fijando en los coches que aparcaban a diario, los que entraban y salían, sus movimientos... Y en concreto, observé que hay un vehículo que siempre aparca a las once de la mañana y sale del hotel alrededor de las doce. Me entró curiosidad por saber quién era. Mi instinto me dijo que podía estar relacionado con Flora. Así que, después de rastrear la matrícula e investigar un poco, averigüé que se trataba de una enfermera, una tal Marta Vega.

—¿Y?

—Pues esta mañana, al hablar contigo y decirme que Flora estaba herida, se me encendieron todas las bombillas. «¿Una enfermera entra y sale cada día a la misma hora?». «¿Dónde irá?». «¿A quién irá a ver?».

—¿Irá a curar las heridas de Flora?

—¡Correcto!

—¿Estás seguro?

—Segurísimo —afirma con orgullo.

—¿En serio? —das un brinco de alegría y te amorras en el centro de su cabeza calva.

Te parece que no le ha hecho ni pizca de gracia que lo beses ahí, pero se ve que te lo ha dejado pasar por esta vez.

—También sé el número de habitación —Jon se para en seco haciéndote un gesto de stop con las manos—. Pero no vuelvas a besarme.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntas ignorando el comentario de antes.

—Muy fácil. Esta mañana llamé por teléfono al hotel, haciéndome pasar por un auxiliar del hospital y les dije si me podían dar el número de habitación de la señora Marta Vega, que era

una urgencia.

—¿Y te pusieron con ella?

—No, no. En cuanto me dieron el número les dije «Mire usted por dónde, nos está llamando ella ahora mismo. Gracias, igualmente por todo».

—Muy ingenioso.

Tu gesto se endurece, aparece una sombra en ti.

—Pues ahora que sé dónde está escondida esa rata, iré a por ella.

—No voy a dejar que vayas sola —dice Jon, muy serio.

—No me va a pasar nada. Esta vez estoy preparada. Me llevaré uno de esos micros ocultos que te encantan y podrás ir siguiendo mis pasos.

—No me parece buena idea. Mejor te acompaño.

—Está bien. Hagamos un trato. Tú te quedas en el coche, así también estás pendiente si ves alguna cosa sospechosa. Vas siguiendo la conversación que pueda tener con Flora, y si oyes algo alarmante vienes corriendo.

Jon se frota la barba con una mano, pensativo.

—Está bien.

—¿En serio? ¿Te parece bien?

—Por supuesto. Eres una mujer fuerte. Ya te lo dije. Simplemente me preocupo.

Le vuelves a dar un beso en la cabeza. Él te hace una mueca de desagrado y a ti te hace gracia.

—Mía... vete, antes de que cambie de opinión.

Llegáis al parking del hotel. Jon abre la guantera y te facilita un arma con silenciador. Te mira serio a los ojos y después te pregunta:

—¿Cuál es tu plan? ¿Qué vas a hacer?

—Matarla.

—Pero a ti esto no te va... Entiéndeme, que matar no es tan guay como se ve en las películas. Por eso quería estar contigo, no porque no puedas. Te va a pesar todo este tiempo en la conciencia y...

—Vamos a ver. ¿Es que eres ahora un sacerdote? ¿Me vas a decir lo que está bien ahora y lo que no?

—No, claro que no. Solo me preocupa tu conciencia.

—Mi conciencia estará bien si esa persona estará muerta para siempre.

—Okay —te responde asintiendo con la cabeza.

Pero tiene razón. Tu conciencia no está tranquila y hace días que tienes conflictos por eso mismo. «¿Matar o no matar?». «¿Ojo por ojo, diente por diente?».

Os despedís en el parking. No te cuesta mucho recordar por todo lo que te ha hecho pasar esta persona: humillaciones constantes, abuso de poder, mentiras, intento de asesinato... Motivos no te faltan para liquidarla.

Entras por la puerta del hotel, con sigilo, tratando de que no te vea la hermana de Mateo o alguien del personal que se pudiera acordar de ti y reconocerte. Va a ser difícil. Esperas el mejor momento para subir las escaleras. Entretanto, aguardas detrás de una de esas palmeras gigantes de plástico que hay en la entrada. Te has acordado de las habilidades detectivescas de Hanz y se te ha curvado la comisura de la boca.

Aprovechas un momento de salida de una gran aglomeración de gente, para camuflarte entre ellos y subir las escaleras sin ser vista.

Por fin, llegas a la planta tres. La habitación está delante de tus narices. Trescientos cuarenta y cinco. Tragas saliva. No le tienes miedo a Flora. Es de tu conciencia, de la que estás preocupada. «*¿Y si se me olvida cómo distinguir entre lo que es justo y lo que ya no lo es?*».

Entras con la máxima discreción.

Flora está echada sobre una cama, con los ojos cerrados. Su rostro está demacrado, lleno de ampollas. Parece tan endeble, tan poca cosa... Por un momento, hasta sientes pena por ella, pero tu memoria te obliga a recordar. Al abrir los ojos, ella quiere chillar, sin embargo, tú la apuntas con tu arma... Ella ahoga el grito. Luego, masculla algo que no logras entender.

—Si vas a matarme, hazlo ya —murmura.

—No. Demasiado fácil.

Te sacas de la mochila uno de los vestidos horteras que os hacían poner en vuestro día a día laboral y algunos productos de limpieza.

—¿Qué vas a hacer? —te observa perpleja, sin moverse.

No le contestas.

—Ponte esto —le ordenas.

Su cara esperpéntica hace una mueca de desagrado. Ella se pone el vestido sin rechistar, aunque poco incentivada.

—¿Y ahora qué?

—Ahora empieza el juego. Toca limpiar baños.

—Pero, pero... ¿Y los guantes?

—Pero nada. ¿Cuántas veces me has hecho limpiar sin guantes?

—Pero yo tengo alergia a la lejía.

—Oh, qué lástima. Yo tenía alergia a la gasolina y te dio igual —contestas con ironía.

—Ojalá te hubieras carbonizado. ¡Todos vosotros! —dice exasperada.

—¡Empieza! —le gritas indicando que coja los productos de limpieza.

Ella empieza a frotar con poco esmero y asqueada.

—¡Quiero que frotes más fuerte! ¡Tú puedes! —le vuelves a chillar mientras la apuntas con el arma.

A Flora se le empaña la mirada mientras rasca con fuerza, tal como le has ordenado. Notas como un manto de crueldad se deposita en ti. Puedes sentir como la venganza se impregna por todo tu cuerpo.

Al cabo de un rato, nace una tos en ella que no puede detener.

—Creo que voy a vomitar —espetea mientras expulsa una baba de su boca.

—Continúa limpiando —le ordenas sin piedad.

—No puedo —te implora ella.

Tiene los ojos llorosos y enrojecidos.

—¡Me arden los ojos!

—¡Quiero que sigas limpiando!

Flora se arrastra como una serpiente hasta el váter. A los pocos minutos empieza a vomitar sangre. Un llanto amargo y desgarrado se apodera de ella. De repente, una sensación de culpa te asalta con violencia.

—¡Vale! Déjalo ya —le dices agobiada.

Flora no para de toser. La apartas del baño y te la llevas al escritorio de la habitación. Le das agua.

—¡Estás loca! Siempre lo supe. ¿Por qué no me pegas un tiro y acabamos antes? —te recrimina todavía sacando algo de bilis por la boca.

—Quiero que experimentes lo que otras personas sentimos cuando nos tratabas mal.

—Vale, lo he entendido. ¿Qué quieres? ¿Que te pida perdón?

—Sé que no lo harás.

—Efectivamente... —te responde carraspeando—, pero podemos hacer un trato a cambio de no matarme. Te puedo ofrecer dinero...

—Sí que me vas a dar dinero, pero no a mí. Primero vas a firmar este documento.

Le enseñas el escrito:

«Yo, Flora Haro Alcalá, ordeno que, a partir de ya, las camareras de piso dejen de llevar el vestido actual y se cambie por un traje de camiseta y pantalón cómodo para trabajar. También pido mi dimisión y solicito que Brenda García sea la nueva gobernanta».

Flora firma el documento a regañadientes.

—Ya está.

—No, no está. Abre el ordenador.

Flora te mira con pavor.

—Vas a hacer una transferencia con todo el dinero sucio que has ganado, primero a esta ONG para el tratamiento y la prevención de las drogodependencias y luego a esta otra, para ayudar a niños inmigrantes. Esas personas que has estado usando como si no fueran personas te lo agradecerán.

Flora se muestra reticente.

—Todo, es mucho... —resopla Flora mientras hace una mueca de asco.

—Mejor, así ayudarás más a los que has utilizado en tu beneficio.

—¿Te has vuelto loca? ¡Son millones de euros!

—Ya te he dicho que mejor. Millones de euros que no son tuyos, que los has ganado a costa de la vida de otros. No mereces tenerlo.

—¡No lo voy a hacer! Me ha costado mucho ganarlos.

—Sí que lo vas a hacer —le dices empuñando de nuevo la pistola y apuntando a su cabeza.

—No tienes lo que hay que tener para dispararme. Eres solo una limpiadora de hotel.

—¿Me quieres poner a prueba? —la miras endureciendo tu mirada.

Flora parece entender que la Mía que tiene delante es otra Mía y que posiblemente será capaz de acabar con su vida. Resopla de nuevo y comienza el proceso de ir vaciando su cuenta con las indicaciones que le vas dando.

Después de una hora, la cuenta se queda a cero y decenas de organizaciones se van a llevar una sorpresa muy agradable, serán como unos Reyes anticipados.

—Bien hecho. Muy generosa —la felicitas al acabar con el proceso.

Ella te mira con rabia. Si pudiera arrancarte la piel a tiras, lo haría.

—¿Y ahora me dejarás de una vez en paz?

—Hanz no merecía morir —le reprochas, compungida.

—Ya te dije que yo no lo maté. Solo lo asustamos un poco.

—¿Y entonces quién lo hizo?

Ella niega con la cabeza.

—Me das un nombre o te vuelo los sesos —dices empuñando de nuevo el arma.

—La señora Lana.

—¿Y quién coño es esa mujer?

Flora se vuelve a callar. Parece estar muerta de miedo.

— ¡Habla!

—¡No puedo decírtelo!

Apoyas el cañón del arma en su barbilla.

—¡Habla ya!

—No sé mucho de ella... Solo sé que siempre viste muy elegante y no se le puede decir no a nada, porque si no, apareces en la esquela del periódico el día siguiente. Tiene mucho dinero y conoce a mucha gente importante. No sé más...

De repente, te viene a la cabeza aquella mujer de la foto. Esa que te hizo sentir escalofríos al verla.

—¿Y qué motivos tenía esa mujer para matarlo?

Le empuñas la boca de la pistola en la sien.

—Pues simplemente que era un estorbo. Y créeme, esa mujer no se anda con rodeos. Todo el mundo le tiene miedo.

Piensas por un momento si debes apretar el gatillo. Puedes oír la respiración entrecortada de ella. Al final, te apartas y guardas el arma.

—Está bien así —dice alguien en tu oído. Es Jon, que actúa como si fuera Pepito Grillo.

Te dispones a salir de la habitación, cuando de repente entra Ágata, nerviosa, con los ojos enturbiados. Te está apuntando con una pistola. Su cara atormentada da miedo.

—¡Oh! ¡Ya era hora! —le reprocha Flora—. ¿Dónde coño estabas?

Ágata no reacciona. Solo te mira algo turbada.

—¡Ágata! —le grita sulfurada—. ¡Serás inútil! ¡No te quedes ahí alelada! ¡Mata a esta zorra!

Pero algo en su interior explota como si fueran pequeñas ampollas cargadas de pus. Se gira lentamente hacia Flora.

—Me has estado utilizando. Primero me hiciste sentir especial, para así manipularme a tu antojo.

—Pero, ¿qué estás diciendo?

—Te crees que soy tan tonta que solo sirvo para obedecerte.

Flora le suplica con la mirada, pero ...

—Adiós, Flora.

Ágata dispara hacia el cuerpo de ella sin parar, hasta que la apartas con brusquedad para que suelte la pistola. Entonces deja caer el arma y cierra los brazos sobre su regazo mientras se balancea sobre sí misma con la mirada enajenada.

El cuerpo de Flora yace en el suelo en un gran charco de sangre.

—Tenemos que irnos —te dice Jon detrás de ti. Ni siquiera te habías dado cuenta de su

presencia—. Esto va a estar atestado de policías, en pocos minutos.

Es complicado saber lo que es bueno y lo que es malo. Bondad y maldad. Lo bueno es que una persona malévola como Flora ya no estará en la tierra. Lo malo es que alguien cargará con la culpa y será condenada. Pero tú no juzgas a Ágata por matar o tener odio. Ni a ti misma. Que cada cual elija qué es bueno o qué es malo, para sí mismo.

—¿Estás bien? —te pregunta Jon, mientras te ofrece una taza de té.

Te arrellanas en uno de los sillones del escritorio que hay en su nave. Tienes la mirada perdida. La luz del atardecer, rojiza y dorada, entra por los ventanales del sitio, proporcionando así un contraste de sombras exclusivo. Es el final de un día y el de una persona.

—Creo que sí.

—¿En qué piensas?

—En la muerte.

Te ha impresionado presenciar la muerte de alguien. Da igual si la persona se merecía morir o no. El cuerpo bañado en sangre. La no vida. Te habías preparado para ello, pero eso no quiere decir que estés lista para ver a alguien sin vida.

—La primera vez que maté a alguien estuve vomitando durante un buen rato. Me di cuenta de que le había quitado la vida a un ser humano. Estuve días sin dormir y pensé: «Se acabó. Dejo esto». Pero después estuve investigando a esa persona y era un violador de niños.

—Dios...

—Así que me convencí a mí mismo que le había hecho un favor al mundo.

—¿Te volviste una especie de castigador justiciero?

—Al principio sí. Luego, me volví insensible a la muerte. No tenía miedo de nada y aceptaba todo. Menos matar a mujeres o niños.

Siempre que habla contigo te impresiona su seguridad.

—Lo que quiero decir es que entiendo cómo te sientes, aunque yo no sea el mejor ejemplo. Ver un cuerpo sin vida, de repente, te hace ver lo frágiles que somos. Pero dile a tu conciencia que tú no apretaste el gatillo y que esa persona dejará de martirizar a otras.

—Ojalá fuera tan fácil.

Te gustaría creer que Jon tiene razón, pero algo te sigue quemando por dentro y no sabes

cuánto tiempo lo hará y si alguna vez lo dejará de hacer.

—Tengo una buena noticia para ti —rompe el silencio, Jon—. Creo que te gustará saber que uno de mis contactos me ha soplado donde se encuentra Mateo.

—¿Dónde? —tu expresión cambia por completo, tiñéndose en forma de desconcierto.

—En el hotel Big Rabadás. Habitación doscientos veintiuno.

—Bien. Pues, ¿a qué esperamos? Vamos allá.

Jon te mira por el rabillo del ojo.

—¿Por qué no vamos mañana por la mañana? Es mejor que ahora descanses un poco.

—No. Tiene que ser ahora —dices con la mirada puesta en un horizonte invisible.

—Está bien. Tú mandas.

—¿Sabes algo sobre lampistería? —le preguntas sonriendo.

Jon enarca una ceja. Parece confuso.

—Te lo explico en el coche.

Estáis delante del hotel espiando de forma discreta detrás de un gran poste que dice «Happy Holidays». Vuestro atuendo negro, botas militares y guantes protectores os hace parecer actores de una película de combate coreano. Se está haciendo de noche.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí?

—Ya te lo he explicado.

—No. Solo me has dicho que si sé quitar la electricidad de la habitación donde se hospeda Mateo. Luego hemos cargado el portamaletas de papel de embalar negro y no me has dicho nada más. ¿Me explicas ya tu idea?

—Enseguida lo verás. Primero vamos a ver si el capullo de mi exmarido se larga de una vez del hotel.

—¿Qué? ¿En serio vamos a esperar que el tipo este se vaya? ¿Y si no se puede mover? ¿O decide bajar mañana o pasado?

Sueltas un gran resoplido.

—Oh, qué poca paciencia. Confía en mí... Ya verás como en nada, sale de su habitación. Estuve conviviendo con este monstruo durante muchos años. Siempre sale a estas horas a comprar tabaco o se va al bar.

Minutos después veis salir a Mateo del hotel. Tiene uno de los brazos escayolados.

—¿Lo ves?

—Joder. Qué tío más previsible.

Os acercáis hacia la recepción del hotel.

—Tú espera aquí —ordenas a Jon.

—Pero tengo que ayudarte con todo esto, ¿no? —dice mostrando las manos cargadas de cosas.

—Sí, pero aún no puedes venir. Te llamaré en cuanto consiga una llave.

—¿Y cómo vas a conseguir la...?

Antes de que Jon pueda seguir replicando, lo dejas con la palabra en la boca.

En la recepción hay una chica y un chico, atendiendo a diferentes personas. El chico te parece que tiene cara de bonachón, así que esperas a que esté libre para meterte en el papel.

—Hola Patrick —le dices con tu mejor sonrisa mientras lees el nombre en su chaqueta—. Necesito que me hagas un favor enorme.

Patrick se muestra muy simpático.

—¿De qué se trata?

—Verás... Mi marido, Mateo Santiago, y yo, hacemos veinticinco años de casados y él está hospedado aquí por trabajo. He visto hace un momento que ha salido del hotel y me encantaría darle una sorpresa romántica cuando llegue —le insinúas de manera sexy mientras te desenredas un mechón de pelo con un dedo.

El chico asiente con la cabeza y te guiña un ojo.

—¿Quieres que uno de nuestros trabajadores prepare una botella de champán en la habitación y una bañera con pétalos de rosas?

—Ay, Patrick, eso sería fantástico... Pero la sorpresa soy yo —le dices arqueando una ceja—, y me gustaría que me encontrase en la cama, envuelta de esos pétalos.

—Ah —dice nervioso el chico—, pues en ese caso... no sé si puedo ayudarle.

—Sí que puedes Patrick... Déjame una llave.

—Pero es que... No puedo —te contesta Patrick susurrando mientras mira nervioso a su compañera, como si estuviera cometiendo un delito—. No tengo sus datos ni el permiso de él para dejarle una llave. Podría meterme en un lío.

—Patrick, mírame —le dices con una mirada sugerente—. Veinticinco años no se hacen todos los días. ¿No querrás que desperdicie este conjunto de encaje que llevo, ¿no?

Le enseñas una de las tiras negras al recepcionista que se pone rojo al instante.

—Está bien —te suelta de golpe con un gesto atrevido—, aquí tienes. En el amor tiene que haber momentos arriesgados.

—Esa es la actitud, Patrick —le dices guiñándole un ojo—. Te prometo que mañana te pondré cinco estrellas como el mejor recepcionista de este hotel.

Él sonríe agradecido.

—Ah, una cosita más...

—¿Sí?

—Si lo ves a aparecer de aquí en cinco minutos, entreténmelo un poco... Si no, no podré estar lista...

—Claro, claro... —te responde él, agitado, siguiéndote el juego.

Al fin, después de conseguir la llave, le envías un mensaje a Jon para que vaya subiendo

a la segunda planta. No tienes tiempo de explicarle cómo has conseguido la llave, pero él te dice que está asombrado con lo rápido que la has conseguido. Llegáis a la habitación doscientos veintiuno. Lo preparáis todo con rapidez. Tenéis que daros prisa.

—Ya veo por dónde va la cosa... Me encanta —a Jon se le dibuja una sonrisa pícaro en la cara—. Te estás vengando así en plan «Seven». ¿Cada uno va a pagar por lo que te ha hecho, a través de sus propios miedos? ¿Pagarán por sus pecados?

—Bueno, más o menos —dices y te hace reír—, pero sin llegar al punto de psicopatía que tiene el antagonista de la película.

—He de reconocer que eres muy creativa.

—Gracias —le respondes en un tono jocoso.

—Me quedo fuera como acordamos. Cuando se esté acercando te aviso.

—Sí —le dices mientras te colocas unas gafas de visión nocturna.

—Ah, una cosa más... —Lo miras expectante—. Recuerda que no es más fuerte que tú.

Asientes con la cabeza.

Te sientas en una de las sillas del escritorio a esperarlo. Todo está a oscuras. Tu campo de visión se ha convertido en una pantalla de fósforo.

No tendrás que esperar mucho, porque a pesar de que Patrick lo estará entreteniéndote un poco, después de tomarse un par de cervezas, seguro que vuelve al hotel.

—Se acerca —te avisa Jon desde el auricular inalámbrico.

Aunque estás preparada, sientes como el corazón te late desbocado. Oyes como se acercan sus pasos. Te colocas junto a la puerta mientras inspiras profundamente. Mateo abre la puerta. Al entrar, de forma instintiva, le da al interruptor de la entrada. Al ver que no se enciende, insiste varias veces. Antes de que pueda volver a abrir la puerta, la cierras velozmente con llave y te la guardas en un bolsillo.

—¿Qué? ¿Quién anda ahí? —pregunta con la voz entrecortada.

Hace el amago de coger el móvil para poder ver, pero se lo tiras de una patada. Intenta ir hacia otro interruptor, pero tampoco funciona la luz.

—¡No tiene ni puta gracia! ¿Seas quien seas, puedes encender la luz?

Puedes notar su miedo y su cara de pánico. Se arrastra hacia el lavabo y se agarra a la pared como si se fuera a caer. Intenta buscar otro interruptor.

—No te esfuerces... No hay electricidad —murmuras a escasos centímetros de su rostro.

—¿Mía?

Puedes notar su odio en su voz.

Abre los brazos intentando dar golpes en la oscuridad.

—Dime, cariño. Así que no quieres divorciarte de mí y crees que soy de tu propiedad, ¿eh?

—Déjate de juegos. No puedo respirar. Sabes que tengo fobia a la oscuridad —te responde, agazapado.

—Uy, pobrecito. Yo tampoco podía respirar cuando me incrustabas la cara contra la almohada de la cama.

Se levanta aturullado. Aparta las cortinas con brusquedad intentando buscar el resplandor de las farolas.

—Lo tienes jodido. Hemos sellado las ventanas con silicona y embalado cada cristal por fuera con papel negro.

Se va corriendo hacia la puerta corredera del balcón. Intenta abrir con la mano sana, con la máxima energía, pero es inútil.

—¡Socorro! —grita.

Le das un puntapié en el estómago para que se calle.

—¿En serio vas a gritar?

—Cuando enciendas la luz te vas a enterar —te amenaza y maldice entre dientes.

De un arrebato enciendes la luz de tu móvil y la dejas sobre el escritorio. La habitación queda envuelta por un pequeño halo de iluminación.

—¿Mejor así?

Oyes como Jon te dice al oído que vuelvas a apagar el móvil, pero tú decides hacer caso omiso. Tu sangre está ardiendo como si fuera fuego. Él se abalanza torpemente hacia ti y con la mano libre trata de darte un puñetazo. Tú lo apartas con facilidad. Te fulmina con la mirada. Durante el golpe se te ha caído el visor nocturno. Al tratar de recogerlo, él se gira y te suelta una patada en la espalda.

—¡Mierda! —maldices—. Te gusta atacarme cuando no estoy mirando, ¿eh? Venga... Ven ahora... ¡Vamos!

Lo retas con un simple gesto de manos. Él se lanza de nuevo hacia ti. Esta vez va directo hacia tu cuello, pero lo esquivas y le doblas uno de los brazos.

Se gira y te intenta dar una patada, pero la eludes con una agilidad asombrosa.

—¿Pero qué coño...? —dice sorprendido y con una sonrisa crispada—. ¿Te crees fuerte porque has aprendido un par de patadas?

Se ríe con voz cavernosa. Luego, hace ver que se va a lanzar a por ti, pero en vez de eso va hacia las gafas nocturnas. Se las pone y tira tu móvil lejos.

—No hay luz y me ha quitado las gafas —susurras para que te oiga Jon.

—Está bien. Estate tranquila.

Mateo te clava una patada en la espinilla, que te hace caer al momento. Después, antes de que puedas levantarte, se tumba sobre ti y con el brazo libre te aprieta el cuello. Notas como la

sangre te sube a la cabeza y como una oleada de pánico te sacude.

Intentas acordarte de como tenías que soltarte cuando te agarran del cuello, pero estás bloqueada.

—Siempre consigo lo que quiero y lo sabes. ¿No ves que tengo más fuerza que tú?

Sientes un zumbido en los oídos. Estás a punto de desvanecerte.

—Mía —te dice Jon—. Él no es más fuerte que tú. ¡No es más fuerte que tú!

Las palabras de Jon actúan como un resorte que provoca que te desblokees y que el pánico deje de paralizarte. Levantas uno de los brazos en un ángulo de noventa grados, tal y como te ha enseñado Jon, y lo cruzas por su brazo hasta tocar el suelo mediante un movimiento circular. Mateo, que no se lo espera, pierde la estabilidad y tú aprovechas para darle un golpe en el rostro con el codo. Respiras profundamente, llenando tus pulmones de agradable oxígeno.

Seguís a oscuras. Aunque Mateo tiene aún tus lentes.

—Estoy contigo —te anima Jon—. Vamos a ejecutar el plan que hemos estado entrenando durante tantos días.

Te concentras. Intentas oír la respiración de Mateo. Sus pasos son torpes. Oyes como se desplaza y como una de sus manos corta el aire cerca de ti. Consigues parar el golpe. Mateo se apresura de nuevo proyectando una patada hacia tu estómago, pero le coges la pierna y lo tiras hacia la superficie. Te colocas sobre él y le quitas las gafas. Lo paralizas fuertemente apretándole el cuello.

—Mi mente creía falsamente que yo no era fuerte, pero se acabó —le dices.

Coges la pistola que tienes en la pernera. Mateo intenta recobrar de nuevo el aliento. Te levantas y buscas el móvil. Enciendes la luz del aparato.

—No vas a tener valor para matarme —te espeta al darse cuenta de que tienes una pistola.

Le quitas el seguro y lo apuntas.

—Mírate —te dice con una irritante hilaridad—. ¿Crees que vas a engañarme porque has aprendido a luchar? —dice y se ríe—. ¿Sabes lo que más me gustaba cuando te pegaba?

Formas una mueca de asco y él continúa:

—Tus ojos suplicantes. Esos pobres ojos almendrados me miraban con lástima y yo... no podía parar —te dice con una mirada sádica y sigue intentando hacerte más daño aún—. Tu padre también tenía esos ojos... Y cuando le cogí la cara y...

Se va acercando a ti poco a poco.

—¡Se acabó! —le gritas con los ojos en lágrimas.

Tu cara muestra una tremenda ira y por un momento él retrocede, sintiéndose intimidado.

—No vas a volver a pegarme nunca más, maldito hijo de puta —le dices sin desviar la mirada—. Quiero que me mires y que sientas miedo. Porque esto va a ser lo último que veas. Levantas la pistola y apuntas a su cabeza, sin que te tiemble el pulso.

—Mía... ¡No! —grita, preso del pánico.

—Ahora sí que vas a entrar en la oscuridad para siempre.

Una única bala entra directa al cráneo. Su cuerpo cae inerte sobre el suelo frío.

«A tomar por saco la conciencia».

No se sabe nada de ella, solo que su imagen y voz inspiran terror. ¿Cómo una simple foto puede causarte ese repelús?

No se sabe por qué, o qué motiva a una mujer así estar en un negocio tan turbio como este.

Quizás, ella nació de la propia toxicidad de estas sustancias. La moldearon de ese veneno. Igual que si fuera un orco de *Mordor*. Es una mujer peligrosa.

Mientras miras al techo blanco de la nave, sigues pensando que te cuesta asimilar que hayas matado a Mateo. No por el hecho de que esté mal tu acción o porque lo vayas a echar de menos. Es porque pensabas que era un ser invencible, que siempre estarías atada a él como su sombra. Y que jamás podrías conseguir tu libertad.

Jon y tú estáis tirados cada uno sobre un colchón, en silencio. El cansancio se ha apoderado de vosotros. La noche os arroja como una fina sábana. Os habéis dicho pocas palabras, las justas. «Ya está hecho», te ha manifestado Jon, dándote un golpecito en el hombro. Tú le has respondido con un simple «Sí». Y luego, os habéis puesto a dormir.

Aunque esa tranquilidad no ha durado por mucho tiempo. A las seis de la mañana, la música de tu móvil irrumpe en vuestro sueño. Es Verónica.

—¿Has encontrado el collar? —te pregunta, nerviosa.

—No... No lo he encontrado porque no lo he buscado. Además, ya di con Mateo...

—¡Mierda! —se queja atormentada.

—Verónica.... ¿Por qué necesitas el collar? O, mejor dicho: ¿quién lo necesita?

—No puedo hablar... —se oye un gimoteo al otro lado del teléfono—. Tengo que colgar —susurra con miedo.

La llamada te ha dejado preocupada. Has notado el malestar de Verónica. Crees que está metida en problemas y te asalta un mal presagio en el estómago, convertido en un dolor sordo. Jon, que ya está en pie haciendo café, te pregunta qué pasa.

—Rastrearé su móvil —te responde después de explicarle la situación—. Con un poco de suerte, la encontraremos rápido.

Mientras, te duchas y dejas que el agua te acaricie suavemente para recolocar tus ideas. Al salir de la ducha, Jon te sobresalta cuando grita, contento:
—¡Lo tengo!

Sales, envuelta en una toalla y con el pelo chorreando. No puedes esperar oír la noticia.

—¿Dónde está?

—Adivina.

—¿En la masía?

Jon asiente con la cabeza. Te enmarañas el pelo mojado, de manera nerviosa.

—Pero, ¿qué hace allí Verónica? ¿Qué tiene que ver con toda esta gente? ¿Y cómo saben lo del collar?

—Habrá que ir a descubrirlo... Además, tengo muchas ganas de conocer a esa tal Lana y que me explique por qué cojones ordenó secuestrar a mi hija y por qué le tendieron una trampa a Alina.

—Y por qué mató a Hanz.

—Sí, aunque primero deberías escurrirte el pelo —dice haciendo una mueca y señalando las baldosas—. Estás dejándolo todo encharcado de agua.

Al cabo de un rato, os marcháis hacia Puigmeló. Aparcáis como siempre, a las afueras. Desde allí, con unos prismáticos, Jon observa que está plagado de matones. Dos permanecen inmóviles en la puerta de una de las masías donde realizan sus operaciones y los otros seis pululan por el recinto, vigilando cualquier movimiento o mirada indiscreta. Al cabo de unos minutos veis aparecer a Lana, que da algún tipo de indicación, pues gesticula mucho con las manos. Poco después, vuelve a entrar en la casa. Jon te informa de todo ello.

—Vale. Lana está en la casa. Puede que Verónica también esté allí. Yo me encargo de sus escualos y a la que te diga ya entras.

Os adentráis con cautela entre la maleza del camino. Una vez que llegáis a la parte frontal de la masía, Jon se abalanza con mucha rapidez hacia los gorilas que no tienen tiempo de reaccionar, al recibir cada uno un certero disparo con el revólver con silenciador. Se nota su arraigada experiencia militar.

—Ya —te ordena.

Entras con rapidez por las escaleras de piedra. Oyes a mucha gente hablando y el desagradable olor a sustancia química te inunda las fosas nasales. La masía es muy grande y tiene dos plantas. Los gruesos muros de piedra se siguen sustentando sin grandes grietas. En la planta baja están los trabajadores de Lana fabricando toda clase de estupefacientes. Arriba, sospechas que está ella. Debes andar con cuidado, porque no sabes si está sola.

Hay diversas habitaciones. Solo una de ellas conserva su puerta. Al pasar por una de las estancias, te fijas en que Verónica está sentada en un generoso alféizar de la ventana sin cristal. Está encorvada y se abraza con delicadeza las rodillas. Su rostro muestra tristeza y signos de violencia.

Ella se percata de tu presencia. Con los ojos trata de advertirte del peligro, pero ha sido en vano, porque alguien te golpea con algún objeto duro en la nuca y caes redonda al suelo.

Al despertar, ves el rostro de Verónica que te acaricia la cabeza y te pregunta si estás bien. La apartan de ti y le ordenan que se vuelva a sentar donde estaba. Estás sobre una de las baldosas de piedra y la cabeza te duele aún del fuerte golpe de antes. Te cuesta ver con claridad, las imágenes están algo borrosas y únicamente consigues ver las siluetas de cuatro personas. Solo oyes una voz. *«Esa voz... Esa voz me resulta familiar».*

—¿Mamá? —consigues decir.

«No, no puede ser. El golpe ha sido tremendamente fuerte... Creo que me han hecho polvo unas cuantas neuronas...».

De repente, se presenta ante ti una señora elegante, vestida con un traje de chaqueta y pantalón morado. Te ofrece una aspirina y una silla para sentarte.

Empiezas a ver un poco mejor. Tu sentido de la vista se agudiza. Te obsequia una bolsa con hielo para ponerte en la cabeza. Te levantas con torpeza y te sientas.

—¿Estás mejor, Mía? —te pregunta la señora. Verónica está sentada al lado de la ventana, junto a dos matones, mirándote con gran pesadumbre.

«Aún sigo oyendo la voz de mi madre. Definitivamente, me han jodido el cerebro o quizás me han puesto alguna droga...»

—No, no estoy mejor. ¿Me habéis dado alguna droga? ¿Quién eres?

—Creo que ya sabes quién soy.

«No, no, no es ella... No es ella». Tu cerebro está tan alterado que te está pidiendo a gritos unas vacaciones.

—¿Mamá? Pero tú... Tú estabas...

—¿Muerta?

—Estás muerta —contestas, perpleja—. Además, tu cara... No eres tú.

Todavía estás en shock.

—Bueno, eso es lo que os hice creer. Fingir mi muerte no fue tan difícil... Lo difícil fue cambiar mi rostro... Lo detesto... No me hicieron lo que quería. Parezco una muñeca hinchable... —se queja, mientras se toca la cara.

—¿Pero por qué? ¿Por qué lo hiciste? —le preguntas aún aturdida.

—Debía muchísimo dinero y maté a mi amante, porque el muy rastrero me iba a dejar... Y no solo eso, después le robé una gran suma de dinero y me quedé con documentos muy importantes que implican a gobernantes, policías, jueces... Gracias a este hecho, he conseguido montar un gran negocio y obtener casi de todo, con un simple chasquido de dedos. En fin, es largo de explicar y quizás no sea este el momento, tienes que saber que tenía que huir y cambiar definitivamente mi identidad. Mi vida, se iba a desmoronar en cuestión de segundos... La cárcel no es para mí. Y así fue como me convertí en la señora Lana, a la que tantos tienen miedo.

—Y vuestra vida te daba igual, ¿verdad?

—¿Vuestra vida? Ja, ja. Parecíaís estar mejor sin mí. Tu padre solo tenía ojos para ti,

pagándote cursos de cocina... ¿Y yo qué? Conmigo no se esmeraba tanto.

—¡Pero si te adoraba y se desvivía por ti! En cambio, tú solo te casaste con él porque era un hombre con dinero —le reprochas con rabia.

—Es que tú no sabes lo que es vivir en la miseria... Aguanté una infancia muy dura. Tenía muy claro que jamás viviría la vida de un pobre mendigo. No tenía ganas de pensar en el dinero, de tanto que quería tener.

—Papá era un buen hombre que te quería... Igual de bueno que Hanz... ¿Era necesario matarlo?

—Ese hombre nos estaba arruinando el negocio. Os metisteis donde no os llamaban.

Ya no queda nada de la persona que un día conociste como tu madre, si es que algún día lo fue. Tan solo es una cáscara vacía por dentro y corrompida en mente y cuerpo por la ambición del dinero. Incluso, su cara está deformada como le pasó a *Frankestein*.

—Eres peor de lo que recordaba. Durante un tiempo estuve a punto de perdonarte. De quedarme solo con algún recuerdo bueno y enterrar el rencor... Hasta ahora...

—Está bien, dejémonos de discursos baratos. ¿Dónde está el collar?

—¿El collar? Ya te habrá dicho Verónica que lo robó Mateo y lo vendió a un anticuario.

—Sí, sí... Ya sé que ese miserable robó mi collar. Por eso, los he estado espiando de cerca tanto a ella como a Flora. Pero aun así, no sabemos nada de su paradero... Así que he llegado a la conclusión de que tú tienes el collar y nos has hecho creer que lo vendieron por ahí.

—¿Qué? ¿Crees que si tuviera el collar hubiera estado trabajando en ese roñoso hotel tantos años?

—Quizás para aparentar... Cuando uno es rico, le pueden salir enemigos por todas partes.

—Y que lo digas... ¿Pero Verónica qué tiene que ver en todo este asunto?

—¡He sido una idiota! —grita a lo lejos ella, con la voz desgarrada—. Espero que puedas perdonarme algún día, Mía. Pensaba que yo le importaba a tu madre. Me hacía sentir especial, como si fuera una hija. Pero solo me manipuló a su antojo para conseguir el collar. Hizo que me acercara a Mateo. Así me enteré de que lo robó. Pero no he conseguido nada más y ya ves... Ahora ya no me necesita.

—Exacto, ya no te necesito.

Lana se gira y con un gesto de cabeza ordena que le peguen un tiro.

—¡No! —chillas, convulsa.

Pero tu grito no llega a tiempo y se confunde con el sonido de un disparo. El cuerpo de Verónica se desploma sobre las baldosas rugosas de la habitación en un gran baño de sangre.

Su expresión exánime neutraliza por unos momentos todos tus sentidos.

—¡Ah! ¡Por dios! Limpiad esto ahora mismo... —les manda hacer Lana a sus matones.

Le coge una pistola a uno de ellos y te apunta a poca distancia. En realidad, es tu pistola. Antes, al levantarte del suelo te diste cuenta de que te la quitaron. También te despojaron de las botas con punta de hierro. Pero tienes tus brazos, piensas. «Soy fuerte».

—Así que vas a matarme.

—Mía, no quiero matarte, pero no estás colaborando. ¿Dónde está el collar? Solo dímelo

y no apretaré el gatillo. Así de simple.

—Te he dicho que no tengo el collar.

—Una lástima —responde con soberbia—. Tendremos que limpiar la superficie de nuevo.

Se prepara para dispararte. Tú te colocas estratégicamente para patear la mano que lleva el arma. Lo malo será cómo esquivar las balas de sus hombres.

Sin embargo, un golpe de suerte se adueña de ti, porque Jon entra en escena y en un plis plas les pega un tiro a los esbirros de Lana. Aprovechas la confusión para recuperar el arma. Ella te mira, asustada, como si hubiera perdido toda la fuerza, de repente.

—Ay, pequeña... —te susurra mirándote con ternura, aunque tú sabes que solo está utilizando sus armas de persuasión—. Te has vuelto tan valiente y bonita...

Le apuntas con el arma. Ella continúa con su discurso teatral. Se pone a llorar.

—Me he equivocado. Perdóname, por favor, no me hagas daño.

Se pone de rodillas. *«Uf. He de reconocer que es muy buena manipuladora...»*.

Jon contempla la escena.

—Te juro que cambiaré... Eres todo lo que tengo, sangre de mi sangre...

Te tiembla la mano. Eres incapaz de sujetar el arma con firmeza.

—Trae. Lo haré yo... —te dice Jon.

—No.

Pero antes de que os podáis decidir, aparece Roy detrás de vosotros. Al principio te quedas paralizada, presa del pánico, hasta que te percatas de que no es a ti o a Jon a quien apunta con su pistola.

—Oh, mira a quién tenemos aquí... —suelta tu madre siguiendo con sus dotes de persuasión—. Hace poco quería hablar contigo porque me falta un hombre como tú en mi negocio: inteligente, valiente... y que sea un gran líder... y...

—¡Calla la puta boca! —le grita Roy.

—Pero, en serio... Mira, coge mi bolso que está allí en la mesa. Te daré ahora treinta mil euros y cuando el trabajo esté hecho, treinta mil más. ¿Qué te parece?

—Mi sobrino vale mucho más que tu sucio dinero. Y por tu culpa ya no podrá volver a tocar el piano.

Ella lo mira como si no supiera nada del asunto.

—Pero no sé de qué me hablas...

—¿Qué está pasando? —le susurras al oído a Jon.

—Luego te cuento...

—¿Quieres que te refresque la memoria? —sigue Roy—. Me enseñaste una foto de mi

sobrino y su mano mutilada.

—Pero no fui yo... Fue... Fue... Mateo —dice nerviosa.

—¡Y una mierda! Sé que fuiste tú, porque me describió tu cara de comadreja asquerosa. Solo tenía ocho años...

—¡Acompáñame! —le ordena a Lana—. Levanta el culo y ven.

—¿Qué va a hacer? —le preguntas a Jon al oído.

—Ni idea.

Le manda bajar las escaleras. Lana sigue soltando su lengua en un último intento de manipular a Roy y poder salvarse.

También lo intenta contigo:

—¿No vas a hacer nada, Mía? Sabes que te quiero.

—Tú nunca has querido a nadie —le recriminas con dolor.

Estáis en la planta de abajo. Los trabajadores se han ido ya a sus casas. Dentro hay un laboratorio grande desmontable donde fabrican metanfetamina y otras sustancias.

—Entra —le dice Roy.

—Pero tengo que llevar una mascarilla. Los vapores del speed son extremadamente tóxicos y peligrosos. Solo su inhalación podría causarme un edema pulmonar u otro problema respiratorio. Y guantes... Porque el contacto con la piel puede causar serias quemaduras.

—Gracias por la teoría. Pero te has dejado una cosa... —le responde él—. Todas estas sustancias químicas además son extremadamente inflamables.

—Pero no irás...

Roy la empuja de una patada hacia dentro. Cuando está a punto de encender un mechero, ella se pone a gritar como una rata.

—¡No! ¡Basta! —le suplica.

Jon, que percibe tu sufrimiento, te hace salir de allí.

—Ve hacia el coche.

—Sí —asientes con un peso en la mirada.

—¡Mía! No irás a dejarme aquí, ¿no? ¡Mía! ¡Mía!

Avanzas algunos pasos escuchando de fondo el grito ahogado de tu madre pronunciando tu nombre. No puedes soportarlo más. Sientes una opresión en el pecho. Das media vuelta y corres hacia ella.

—¡Basta! —les gritas.

Ellos siguen dentro de la estancia con ella. Lana sonrío al verte.

—No, no... Así no. Hay que parar —les dices con los ojos acuosos.

—Ni hablar —te dice Roy fulminándote con la mirada.

—Deja el encendedor inmediatamente y aléjate de ella —le ordenas a Roy apuntándole con tu pistola. Jon te mira atónito.

—Entiendo que quieras proteger a tu madre, pero no se puede considerar ni un ser humano —te replica Roy.

—¡Tira el encendedor y aléjate!, te he dicho.

Te lanza el mechero y se aleja maldiciéndote entre dientes. Te aproximas hacia Lana. Ella sigue sonriéndote.

Jon se acerca hacia ti y te dice:

—¿Seguro que sabes lo que haces?

—Sí. Tiene que pagar por todo lo que ha hecho, pero no así. Si no pudriéndose en la cárcel.

—Está bien —te dice Jon, confiando en ti.

Ellos se alejan del habitáculo dejándoos solas.

—Sabía que vendrías a por mí —te dice ella complaciente.

—No, no te equivoques. Quiero que te pudras en la cárcel durante muchos y muchos años.

Al instante, a tu madre le cambia la expresión de la cara por un rostro sombrío. De repente, te tira uno de los cubos metálicos vacíos que hay sobre una de las mesas y se pone a correr por todo el laboratorio.

—¿Qué haces? —preguntas, desconcertada—. No hay ninguna salida más.

—Sí que la hay. Morir es la salida. Y si yo muero, tú también mueres.

Tropiezas antes de poder alcanzarla. A lo lejos, desde el suelo, puedes ver como Lana tira un líquido sobre un compuesto químico que hay preparado. En pocos segundos se oye un fuerte estruendo. Todo está saltando por los aires, también tu madre, aunque en realidad ya estaba muerta. Solo recuerdas a Jon cogiéndote en brazos y el fuerte olor a sustancias químicas.

Al cabo de unos diez minutos, que te han parecido una eternidad, vuelves a recuperar la conciencia. Jon te está dando pequeños golpes en la cara para despertarte.

—¿Qué ha pasado? —preguntas, confundida.

—Mira... —te dice Jon señalándote la masía.

La casa está ardiendo. Intentas levantarte, pero sientes un dolor torácico muy profundo, que te impide respirar con normalidad.

—No te muevas, Mía. Descansa. Te ha ido de un pelo que tu madre no acabara contigo... —te suelta compungido Jon—. Ahora te llevaré a un hospital.

«Una madre es una mujer con carácter protector y afectivo. Me pregunto en qué momento mi madre dejó de ser madre... Me pregunto cómo alguien puede albergar tanto odio en su interior».

Al rato, aparece Roy por el camino de piedras. Viene con el semblante muy serio. Os

mira de reojo. Le hace un gesto con la cabeza a Jon y se mete en su coche.

—¿Por qué Roy no ha intentado matarnos? —le preguntas sorprendida.

—Pues porque le di la dirección de Lana y ahora, por fin, estamos en paz.

Al día siguiente recibes una llamada de teléfono... Es la inspectora Erin Butler.

—La llamaba para informarla sobre la muerte de Mateo Santiago. Parece que ha habido un ajuste de cuentas y entre los cuerpos ha aparecido el de su exmarido. Ya no tendrá nada más que temer. Si necesita nuestra ayuda, solo tiene que llamarme.

Seis meses después

Antes de entrar al local, lo contemplas desde la esquina, un instante. Tus ojos resiguen poco a poco las suaves letras del rótulo. No puedes creer que por fin estés consiguiendo tu sueño.

—Va, Mía... ¿A qué esperas? Abre ya. Me estoy muriendo de frío —se queja Míriam, que está sentada en el poyete de la puerta.

Acaban de llegar Saúl, Míriam y Laia. Pero aún faltan más amigos para celebrar juntos la inauguración de la pastelería. Tu pastelería.

Saúl te obsequia con un beso tierno en los labios. Os abrazáis con ansia, como si hiciera mucho que no os hubierais visto. Pero en realidad tan solo hace diez minutos que habéis estado juntos. Mientras buscabas parking para el coche, él ha ido a esperar junto a tus amigas.

Hace cinco meses que Saúl salió del coma. Como estabas en el mismo hospital que él, durante tus pruebas, estuvisteis casi todo el rato juntos.

—Oh, ¡por Dios! Qué empalagosos... —dice con un tintineo de dientes, Míriam—. ¡Tenéis todo el tiempo del mundo para comeros a besos! ¡Abre ya la puerta!

Saúl y tú os reís a carcajadas sin dejar de miraros. Te coloca bien el pañuelo de color azul que llevas sobre la cabeza.

Abres, con nervios. Le das a un pequeño interruptor que tienes a mano izquierda y el letrero de fuera se ilumina con una luz cálida y refinada. «Pastelería El callejón dulce».

Hasta las cuatro de la tarde no abriréis para el público, pero has querido venir dos horas antes, para celebrarlo con tus amigos y para dejarlo todo a punto.

Las vitrinas de cristal de la entrada son espectaculares. Las estáis llenando de *muffins* y pasteles. El aparador tiene el mismo tono pastel que los *macarons*.

El precioso suelo de mosaico a vuestros pies, con tonos blancos y marrones, le da un aire parisino y vintage al lugar.

Se oye el tintineo de la campana de la puerta de entrada. Es Jon y se le ve alegre. Va acompañado de su hija.

Desde que estuvisteis en Puigmeló, no lo habías vuelto a ver.

—Guau. ¡Qué bonito! —dice Celeste fijándose en el elegante papel pintado de la pared.

—Me alegra que te guste —le sonrías.
—¿Por qué no tiene cejas? —le susurra a su padre, inocentemente.
—Bueno, si te fijas bien, sí que tengo algo de vello... —le dices, con una sonrisa. Ella, que no sabía que la habías oído, se sonroja.

Jon te hace una mueca a modo de disculpa. Tú haces un ademán con la mano, para quitarle importancia.

—¿Cómo va el tratamiento? —te pregunta.
—Mejor de lo que me esperaba.

Después de la explosión en la masía, te sometiste a una histerectomía radical y a una extirpación de ganglios linfáticos pélvicos con quimioterapia, además de radioterapia dirigida a la pelvis.

Ha habido momentos duros y seguirá habiéndolos, ya que tu cuerpo está decaído y cansado, pero tendrás ayuda y, por suerte, podrás tirar con todo el negocio hacia adelante.

Después de contemplar cada rincón, os sentáis en una de las mesas con estilogas sillas blancas y les das a probar los primeros cupcakes a tus amigos. Solo queda una hora y media para la apertura de puertas. Descorchas una botella de cava.

—Uf —dice Iago que acaba de llegar—. Esto está increíble...
—Enhorabuena —te dicen los demás—. Tus clientes van a alucinar.
—Aún me falta el sofá de terciopelo blanco y algunas mesas y sillas —les dices señalando un espacio libre junto a las ventanas, pero el dinero ya no me daba para más...
—Bueno, quizás eso ya no será un problema —interrumpe un señor mayor con la voz ronca, que aparece por la puerta.

Todos reaccionáis con curiosidad, observando al individuo de arriba a abajo, especialmente Jon, que pareciera levantar las orejas como hacen los perros vigilando hasta el último detalle. Es como un viejo sabueso, no se fía ni un pelo.

—Tú debes ser Mía... —te dice el hombre, con amabilidad, extendiéndote la mano.

El señor viste elegante, con pantalón y chaqueta americana gris. Su pelo canoso está bien peinado con una raya hacia un lado. Su acento alemán te recuerda irremediable y nostálgicamente a Hanz.

—Sí, ¿quién es usted?
—Puedes llamarme de tú. Permíteme que me presente: Mi nombre es Alexander Meyer. Soy... Bueno, era amigo de Hanz —responde lamentándose y aclarándose la voz.

Antes de que puedas decir algo, continúa hablando.

—Me ha costado muchísimo encontrarte. He estado haciendo un poco de detective.
—Oh, sin duda eres amigo de Hanz —se te escapa, con una sonrisa.
—Fui a la dirección de tus padres, pero no encontré a nadie. También a tu antiguo trabajo, restaurantes cercanos... y nada. Hasta que, por fin, preguntando por aquí y por allá, me

enteré de que habías comprado este local. Hanz estaría superfeliz por ti...

—Siéntate, por favor —le ofreces una silla a tu lado.

—Muchas gracias. Sí, creo que necesitaremos sentarnos un ratito, para explicarte toda la documentación que he venido a entregarte.

—¿Documentación?

—Sí, verás, soy notario.

Tu cara de sorpresa se extiende hacia los demás.

—Hace unos meses, Hanz quiso dejar un testamento donde expresa la voluntad de que tú —dice leyendo uno de los documentos—, Mía Sanz Bravo, seas la propietaria de todos sus bienes, o sea, los del fallecido Hanz Braun Schneider.

—¿Qué?

Te quedas boquiabierta, sin poder articular palabra. Tus amigos están alucinando igual o más que tú.

—¿Pero por qué me lo ha dejado todo a mí? —consigues al fin preguntar.

—Quizás la carta que te dejó te acabe de aclarar tus dudas. Lo que yo sé es que eras una persona muy importante para él.

Los ojos se te encharcan de lágrimas. Coges la carta como si fuera un gran tesoro, tocándola con sumo cuidado. La letra escrita a mano por tu amigo te entristece.

«Querida Mía,

Si recibes esta carta es que ya no estoy.

Creo que durante todos estos años te he conocido lo suficiente para saber cómo te debes sentir ahora mismo. Seguro que te estás preguntando por qué diablos te he dejado toda mi fortuna, como si no te la merecieras.

Mía, eres la hija que jamás pudimos tener, Martha y yo. Ya lo sabes. Eres una de las mejores personas que he conocido jamás.

Eres frágil, sí, los diamantes también lo son. Y también son únicos y bellos como tú. Pero ser frágil no te hace más débil.

Y deja ya de decir que estás loca. Siempre habrá gente en el camino que te hará desfallecer. Querrán hacerte sentir culpable para así manipularte. Te harán creer que todo es culpa tuya y que no vales nada. Dirán que estás loca por pensar demasiado. Pero ¿acaso es de locos cuestionarse las cosas? ¿Sentir más que los demás? ¿O ser curioso? Aunque sinceramente, si eres capaz de cuestionarte si estás loca, es que no lo estás.

Quiero que disfrutes con todos estos bienes, que seas feliz, que tengas la pastelería de tus sueños.

Y no dejes que jamás, nunca, nunca, nunca, te digan que no vales.

Hace tiempo te dije: Incluso una gallina ciega a veces encuentra un grano de maíz.

Me miraste con cara ingenua y a la par divertida. ¿Entiendes ahora el refrán?

Aprovecha esta oportunidad y vuela alto, amiga. Ya tienes tu grano de maíz».

Tus lágrimas no pueden dejar de brotar sin parar... *«Ojalá estuvieses aquí para compartir estos momentos contigo y oír tu risa».*

—Queda una cosa más... —te interrumpe Alexander—. Sé que quería dártelo personalmente, el día de tu cumpleaños... Pero no pudo ser.

Te entrega otra nota escrita por Hanz, junto a una pequeña caja de madera tallada. La coges con delicadeza, tocando cada detalle con suavidad. Abres la nota y empiezas a leer de nuevo:

«Esto te pertenece. Feliz cumpleaños. No sabes lo entretenido que me ha resultado recuperar el dichoso collar... Y digo dichoso porque no fue fácil encontrarlo. Ha ido pasando de mano en mano como un naufrago sin barco. Primero en una tienda de antigüedades, luego a un coleccionista... Le fui siguiendo la pista hasta que lo compré en el mercado de una feria por un módico precio. Si hubieran sabido su valor real, hubiera sido imposible encontrarlo. Y ahora, por fin, ya puedo devolverlo a su dueña».

Abres la caja, con perplejidad... Se te vuelve a empañar la mirada.

—No puedo creerlo... —dices con los ojos abiertos de par en par—. Parece increíble que vuelva a tener el collar.

«Me da miedo cuando me pasan cosas buenas».

Todos te miran con sorpresa y alegría a su vez. Lo vuelves a guardar en la caja y la dejas sobre la mesa. Los demás te abrazan y brindáis por el momento.

Solo queda media hora para abrir y estás de los nervios. Saúl está poniendo una música suave para acompañar la ocasión y relajar el ambiente. Jon está fumando un cigarro afuera.

La euforia del momento, junto a las últimas noticias presentadas, se cuece en el aire. Te vas hacia el lavabo para refrescarte un poco la cara. Iago está delante de la pica, de espaldas, encorvado, rebuscando en uno de los bolsillos del pantalón.

—¿Estás bien, Iago?

—Sí, sí, claro... —se endereza y gira, nervioso.

Un objeto cae del mueble de baño hacia las baldosas de porcelana. Es la caja de madera, la del collar. Se ha abierto y está vacía. Iago se toca el abultado bolsillo intranquilo.

—Pero, Iago... —dices con el pecho encogido—¿Qué estás haciendo?

—Por fin es mío —te responde con la mirada perdida.

Un pensamiento reverbera en tu interior. *«No, no puede ser...»*

Saca el collar del bolsillo y una pistola de la cintura. Le tiembla el pulso.

—¿Por qué haces esto?

—Tu madre intentó comprarme, pero yo fui más listo que ella...

Das un paso hacia él.

—Iago... —lo miras con lástima, como si no lo reconocieras—. Nos conocemos desde que éramos pequeños. Baja el arma.

—¡Atrás! ¡No te acerques! —te grita alterado apuntándote con el arma.

En ese momento entra Míriam, y él, como un acto reflejo, dispara y la hiere en un brazo.

—¡No! —chillas...

Él se muestra frenético. Nunca lo habías visto así.

—¿Vosotros sabéis lo que es ser pobre como una rata? ¿O vivir a la sombra de los demás?

—Iago, no hagas esto, por favor —le suplicas con los ojos llorosos.

Míriam se retuerce del dolor en el suelo. Jon aparece y lo mira impávido.

—Deja ahora el arma, Iago —le ordena.

—Ni hablar...

Iago levanta a Míriam de la superficie y le rodea el cuello con un brazo para utilizarla de escudo.

—¡Déjala! ¡Está herida! —implora Laia.

—¡Quitaos de en medio! Si no me dejáis el pasillo libre para poder salir por la puerta, os juro que la mato.

De golpe, un único disparo se oye a lo lejos atravesando el pasillo que va hacia el lavabo y que se adentra de una manera precisa y perfecta en la frente de Iago, el cual cae redondo sobre las baldosas.

En ese momento nadie entiende lo que ha pasado, hasta que se oye una profunda y grave voz hablar:

—Dónde va Celeste voy yo... —anuncia el Lobo, el padre de Jon, con el arma aún caliente apuntando hacia el lavabo.

Todo el mundo se queda petrificado. Al cabo de unos minutos, por fin, reaccionas.

—No puedo creer que Iago...

Saúl te coge de la mano para animarte. Laia está saliendo por la puerta con Míriam, para llevarla a un hospital.

—Tranquila —oyes que le dice Jon a Míriam—, te pondrás bien. La bala solo te ha rozado el brazo.

Le vuelves a dar el collar al notario y le dices que con el dinero que saque, que será mucho, lo done a una ONG, que no quieres saber nada de él. Parece maldito.

Jon se acerca hacia ti para recomfortarte.

—No podemos abrir... —le dices atónita—. Quedan solo quince minutos para la apertura y mira qué desastre.

—Por supuesto que vamos a abrir —dice Jon convencido, y empieza a ordenar a todo el mundo lo que tiene que hacer...

Ves como Lobo se encarga del cadáver de Iago, mientras Celeste vuelve a colocar las cosas tiradas por el lavabo. Nunca habías visto tan activos a Saúl y Jon limpiando la tienda a conciencia y con esmero. Te colocas el delantal y rezas para que no pase nada más inesperado. La tienda ha quedado reluciente.

—¡Buenas tardes! —dice el primer cliente.

Le sonríes, con los nervios aún puestos en el estómago, mientras piensas en la fragilidad de las personas y en cómo cada una decide conducir su vida:

«Nada ni nadie es lo que parece. Las apariencias engañan. Las cosas no siempre son como parecen. Esta lección la aprenderé para siempre. Habrá obstáculos y zancadillas por el camino, pero eso no me detendrá. Seguiré levantándome cada día, aunque traten de quitarme las fuerzas. Me enfrentaré a todas las adversidades que estén por venir, porque, pese a todo, la vida es bella».

Fin.

Nota de autora

De donde he sacado la inspiración

La primera página de la novela está inspirada en el relato corto "Detente" que escribí en mayo del 2023. Lo podéis encontrar en el post de mi Instagram o también en el libro de relatos ["El vals del cuervo atormentado"](#).

He de decir que, sobre todo, la primera parte de la novela me ha influenciado mucho Amélie Nothomb, una escritora que me fascina.

El pueblo ficticio de Rabadás está inspirado en el pueblo de Sitges. Hay más lugares basados en este enclave como, por ejemplo, el parque acuático abandonado o el cine donde trabajaba Mía cuando conoció a Mateo.

El pueblo ficticio de Puigmeló lo basé en Marmellar, en el municipio de Montmell, un pueblo abandonado del Baix Penedès (Tarragona).

Pequeña reflexión y agradecimientos

Después de escribir la novela me hizo reflexionar el tipo de trabajos que existen y que algunos son más duros que otros... Yo nunca he trabajado en el sector de hostelería, pero sé de buena tinta que es un departamento duro y no muy bien remunerado, así que no nos os olvidéis de tratar bien a todo el personal que trabaja en este sector.

Por otro lado, creo que todos tenemos a algún amigo, conocido o familiar que padece o ha padecido algún tipo de cáncer como en el que la novela hago referencia. Por eso, quería dar un mensaje de ánimo y fuerza a todas las personas que hayan pasado o estén pasando por algún tipo de cáncer.

Yo no lo he padecido en mi propia piel y para ello me he tenido que documentar y también escuchar diferentes historias de personas que me rodean en mi vida.

Este libro, aparte de mis padres, también está dedicado a mis dos amores: Muriel y David, que son el timón de mi vida. A David como siempre agradecerle todos sus esfuerzos para que la novela tenga una edición magnífica y por todo el marketing que me ayuda a hacer.

A Enrique de la Cruz, porque además de un gran escritor, es un gran lector que me ayuda a mejorar con su crítica constructiva. ¡Gracias!

A Estrella le agradezco que saque tiempo para leerme (y eso que siempre va a tope). Ya sabes que te quiero *a lot*.

A Carme por compartir su tiempo (e infusiones) conmigo y darme un abrazo cada vez que me ve y por lo que tú ya sabes. «Solo se ve bien con el corazón; lo esencial es invisible a los ojos».

Gracias a mi familia por apoyarme siempre.

Un agradecimiento especial a Sara y Lluís por apoyarme siempre y estar ahí. A este último también por la preciosa portada que ha elaborado y que capta la esencia de la novela. ¡Muchas gracias!

Y a ti lector, por comprar este libro y leer cada línea con paciencia, con ganas de saber cómo acabará la protagonista o qué les pasará a los demás personajes. Gracias, gracias y gracias por leerme y seguir leyéndome. Ya sabes que sin ti mis escritos seguirían durmiendo en un cajón.

Tu opinión es importante

¡Tu opinión es muy importante para mí!

Si te apetece, te agradecería que dejaras tu valoración o un comentario en Amazon sobre la lectura, sobre todo si te ha gustado.

Ese pequeño gesto no sabes lo que me ayuda. Parece que no tenga importancia un comentario más o menos, pero su conjunto da mucha visibilidad a la novela y provoca que otros lectores puedan llegar a ella. Te lo agradezco de antemano.

Mis libros



SUEÑO SIAMÉS

Una novela de suspense, inquietante
y cautivadora

Dos destinos entrelazados por un hilo invisible se entrecruzan en una trama llena de misterio y secretos insondables. Fiona y Érica, dos jóvenes abandonadas en la puerta de un convento por su madre adicta a la heroína, crecen en mundos paralelos sin saber de la existencia de la otra. Sienten que algo falta en sus vidas, una conexión perdida que las elude.

Pero la vida tiene una forma curiosa de reunir a las almas destinadas. A medida que estas dos mujeres se adentran en la adultez, un deseo ardiente por descubrir la verdad las consume. La pregunta persistente de si existe un lazo oculto entre ellas las impulsa a una búsqueda desesperada de respuestas. ¿Quién soy yo? ¿Qué es lo que me ocultan?

A lo largo de su travesía, se toparán con innumerables obstáculos y conflictos que amenazarán con separarlas para siempre.

Una cautivadora historia de dos almas en busca de la verdad, una historia llena de giros inesperados y emociones intensas que te mantendrán en vilo hasta la última página. Prepárate para un viaje emocional lleno de intriga y acción mientras estas dos mujeres se embarcan en la búsqueda de una conexión que trasciende el tiempo y el espacio.

¿Lograrán Fiona y Érica finalmente cruzar sus caminos? ¿Podrán resolver los misterios que rodean su pasado y desentrañar los secretos que las mantienen separadas durante tanto tiempo?

[HAZTE CON ELLA AQUÍ](#)



MARLON BRANDO, POCAHONTAS Y YO

Un thriller romántico e inquietante

Olivia, una misteriosa niña, tiene que lidiar con una pesada carga que casi acabará con su vida. Cuando Daniel la salva de la muerte, se produce un estallido emocional entre ellos.

De repente, Olivia desaparece... dejando a Daniel sin respuestas.

Diez años después, la muerte del abuelo de Daniel lo obligará a regresar al pueblo donde compartió aquellos momentos con Olivia. Y allí se encontrarán de nuevo.

Ahora son adultos y vuelven a aflorar los sentimientos aparcados, así como las preguntas sobre la desaparición de Olivia. Pero una tercera persona se cruzará en sus vidas poniéndolos a prueba y los obligará a embarcarse en una carrera a contrarreloj con algo más que su relación en juego.

¿Lograrán Daniel y Olivia salvar todos los obstáculos que se irán encontrando para poder estar juntos? ¿Podrán las obsesiones destruir a Olivia y Daniel e incluso poner sus vidas en peligro?

Lo que ninguno de los dos sabe, es que su reencuentro cambiará el rumbo de sus vidas.

[HAZTE CON ELLA AQUÍ](#)



EL VALS DEL CUERVO ATORMENTADO

Ocho relatos impactantes

LIBRO GRATIS

Los ocho relatos que conforman este libro son auténticos y genuinos a su vez por ser tan diferentes entre sí.

Escritos en diferente persona, cada relato trata temas tan diversos como la desesperación, la injusticia, el miedo, el desencanto, el bullying...

Los personajes se enfrentan a múltiples vicisitudes: una estrella del rock al borde de la desesperación; una niña que tiene que afrontar el acoso lo mejor que puede; un acordeón que ha viajado por los campos nazis; un chico que quiere ser invisible; una extraña silueta que guía a unos chicos hasta el horizonte; una chica que quiere cambiar un inminente y pésimo futuro; unos niños que tienen que atravesar la peligrosa sabana para ir al colegio y un cuervo atormentado al que nunca le satisface nada.

Unas historias que te impactarán y donde en algunas de ellas podrás encontrar una historia escondida que tiene algo que ver con la vida real, o como se suele decir, inspirado en hechos reales.

[HAZTE CON TU LIBRO GRATIS](#)

Sobre mí

Soy una autora catalana que estudió Magisterio y se especializó en música. Actualmente, trabajo de maestra y lo combino con la escritura.

Desde muy joven sentí la pasión por escribir. Comencé con poemas y relatos cortos que iba apuntando en las múltiples libretas que iba guardando en casa. Luego fueron letras de canciones que acompañaban a mis composiciones. Toqué en algunas bandas hasta que decidí crear Filthy Sally, etiqueta con la que me subí a los escenarios para cantar mis creaciones. Podéis disfrutar algunas de ellas en Bandcamp.

Me atreví con algunas novelas cortas, pero no fue hasta 2021 cuando publiqué mi primera novela: “Marlon Brando, Pocahontas”.

Tuvo que pasar algo más de dos años para volver a publicar, “Sueño siamés” es mi segunda novela, que salió en marzo de 2024. Tuvo una muy buena acogida, tanto que me animé a recopilar algunos relatos y a crear otros para publicarlos en abril de ese mismo año con el título de “El vals del cuervo atormentado”. Es una colección que regalo a los nuevos miembros de mi lista de correo. Luego te explico cómo la puedes conseguir en el apartado de contacto.

En diciembre de 2024, como has podido comprobar, y espero que disfrutar, he publicado mi tercera novela, “La fragilidad de los locos”.

En 2025 llegarán nuevas historias.

¿Cómo seguirme?

Tenéis varias opciones de seguirme. Podéis escoger una de ellas o todas, pues publico cosas diferentes en todas ellas.

La principal es mi lista de correo. Es la forma más cercana que tengo de estar cerca de vosotros. Suelo escribir un correo al mes donde te cuento cosas sobre mí, cosas que me interesan, u os pongo al tanto de las promociones de mis libros o de un nuevo lanzamiento. Al suscribirse a ella os lleváis un libro de regalo.

[SUSCRIBIRTE A MI LISTA DE CORREO](#)

Luego tienes dos opciones más, mi Instagram, donde suele estar más activa, pero también tengo mi página de Facebook por si es tu red preferida.

[SEGUIR MI INSTAGRAM](#)

[SEGUIR MI FACEBOOK](#)